





AÑO VI

NÚM. LXIII

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE ESPAÑA

Director propietario: J. LÁZARO



MARZO 1894

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ESPAÑA EN LA BIBLIA

TARTESIA Y TARSCHISCH

I



Hay en los libros del Antiguo Testamento un nombre geográfico, de significación dudosa para los traductores griegos, á partir de los Setenta, para los traductores latinos, desde las versiones itálicas á nuestros días, y para todos los expositores sagrados, por lo menos desde el tiempo de San Cirilo hasta la época presente. Ese nombre es *Tarschisch*.

Nuestra Vulgata dió á esta palabra interpretaciones diferentes. En el cap. XXIII de Isaías la traduce por *mar*, escribiendo, *naves maris, transite maria y filia maris*, donde el texto hebreo dice: *naves Tarschisch, fugite Tarschisch, y filia Tarschisch*; por lo cual, y por fiarse de la opinión de algunos hebreos, quienes afirmaban que el mar se llamaba *tarschisch* en siríaco, San Jerónimo escribió que la discutida palabra significaba el mar en general, ó una región de la India, ó también una piedra preciosa de color marino.

La misma Vulgata, en el cap. XXVII, v. 12 del profeta Ezequiel, traduce el vocablo *Tarschisch* por cartagineses, y dice *Carthaginenses negotiatores tui*, por *Tarschisch negotiatores tui*. Prescindiendo de los casos citados, la traducción dada en el citado texto á la palabra *Tarschisch*, es siempre *Thar-*

sis. Hay, por consiguiente, tres versiones diferentes: mar, Cartago y Tharsis, con la circunstancia, digna de notarse, de que esta última se halla en siete lugares diferentes de Ezequiel, Jeremías, los Reyes, Isaías, Judith, los Salmos y Jonás (1).

No tenemos para qué detenernos en otras acepciones que pudiéramos entresacar de los Targumin, ni de antiguas versiones bíblicas. La Vulgata es versión oficial, y aunque su interpretación del vocablo *Tarschisch* no sea constantemente la misma, basta á nuestro intento haber consignado esta circunstancia, y la mayor persistencia en traducirla por Tharsis.

¿Dónde estaba Tharsis?

La mayor parte de los expositores, tanto judíos como cristianos, generalizando una interpretación dada por tres antiguas versiones, la griega, la siríaca y la vulgata al texto del cap. II, v. 13 de Judith, habían creído que *Tarschisch*, y por lo mismo Tharsis, era Tarso de Cilicia, hasta que apareció Bochart, pertrechado de cuantas armas facilita hoy la etnografía, la geografía y la historia, y echó por tierra esa opinión completamente infundada. No insertaremos aquí una disertación árida y pesada, para demostrar que Tarso se escribía en arameo, bajo los Aqueménides, *Tarz*, con ceta, letra desconocida de los egipcios, y que dió, por consiguiente, origen á la inscripción *Tarsch-ka*, para designar esa ciudad en los monumentos jeroglíficos del reino de Râ-mes-su III, y para confundir á Tarso con Tharsis. Quien desee profundizar esta cuestión, puede consultar el interesante estudio de F. Lenormant, *Tarschisch, étude d'éthnographie et de géographie bibliques*, publicado en la *Revue des Questions historiques*, Julio de 1882, é incorporado más tarde, con ligeras adiciones, en su notabilísima obra *Les Origines de l'histoire d'après la Bible*, edición 2.^a, tomo II parte segunda, pág. 86 á 142.

Bochart no parte precisamente de la crítica filológica

(1) El *Tharsis* del Génesis no cabe en este estudio.

para afirmar que Tharsis no es el Tarso de Cilicia, sino de consideraciones históricas y geográficas, según las cuales, resucitando la antigua opinión de Eusebio, de que Tharsis era un pueblo ibero, sostiene que *Tarschisch* es la forma fenicio-hebraica del nombre griego *Tartesos*, que designa la parte meridional de España. Y esta opinión ha logrado fortuna tal, que hoy está adoptada por todos los exégetas bíblicos. Baste citar, por el momento, al P. Knabenbauer, uno de los ilustres comentadores que vienen publicando en casa de Lethielleux el grandioso *Cursus Scripturae Sacrae*. Dice así: «Es opinión común de los modernos, sostenida por argumentos muy atendibles, que se ha de entender (Tharsis) por Tartesia en la España meridional. El nombre corresponde plenamente, máxime si se tiene en cuenta la pronunciación aramea de *Tarschisch*. Además, en las divinas letras esa palabra designa una región apartada, de la cual los fenicios extraían plata, hierro, estaño y plomo, lo cual conviene perfectamente á la España meridional, donde los fenicios tenían un emporio y una colonia (1).»

Los antiguos historiadores convienen generalmente en ponderar la importancia comercial de Tartesia, región marítima de la España del Mediodía. Hemos de ser parcos en citas, pero no omitiremos dos de Herodoto de Halicarnaso. «Los focenses, dice este historiador, son los primeros de entre los griegos que usaron buques largos y mostraron el camino del mar Adriático, de Toscana, de España y de Tartesia, y no se valían de barcos curvos, sino de galeras. Llegados á Tartesia, se hicieron grandes amigos del rey de aquella región, llamado Argantonio, el cual reinó ochenta años y vivió ciento veinte (*Six vingts*, dice la hermosa traducción de Saliat). Los focenses trabaron tan grande amistad con este rey, que les permitió, abandonando previamente la Jonia, habitar en la parte de su reino que más les placiese, á lo cual

(1) *Comm. in Jonam*, cap. 1.

no pudo inducirlos (1).» Y en otro lugar: Los samios «se hicieron á la vela con gran deseo de llegar á Egipto; pero el viento griego (*el Este*) los empujó de tal manera, que dieron contra las Columnas de Hércules, y como impelidos por fuerza superior, fondearon en Tartesia; porque en este tiempo florecía allí el comercio y el tráfico se hacía con gran franquía. Por cuya causa se encontraron haber ganado más que todos los griegos de quienes tenemos conocimiento desde Sóstrates, Eginetes, hijo de Polidamas, con el cual nadie puede compararse (2).»

Más adelante haremos referencia á estos dos textos, que parece haber confundido nuestro historiador Lafuente, haciendo una sola expedición de las dos expediciones de focenses y de samios (3).

Con estos antecedentes es ya fácil seguir á F. Lenormant, y poner después en claro las referencias que la Biblia hace de nuestra patria y la clase de relaciones que judíos y fenicios tuvieron en la antigüedad con nuestros ascendientes.

Seis siglos antes de Jesucristo, los tartesios ocupaban las orillas de un río que llevaba su propio nombre, y fué llamado más tarde el Bætis, el Guadalquivir de nuestros días. Ocupaban, sin duda, el Norte del estrecho de Gibraltar, Calpe, la columna europea de Hércules, y se extendieron desde un principio, dice Lenormant, hasta el río llamado *Theodorus* por Festus Avienus, *Tadir* por Plinio, y *Terebos* por Ptolomeo; es decir, hasta el río Segura, que corre al Norte de Cartagena. El citado Festus Avienus, da á los tartesios el epíteto de ricos y les atribuye una marina propia, que habría frecuentado las islas *Æstryrnides*, ó sea, las Cassitérides, cuya población se creía de origen ibérico. Según Solin, habían colonizado la isla de Cerdeña.

Remontándonos más atrás aún, y siempre siguiendo á Le-

(1) Herodoto: *Histoires*, pág. 85, edición de 1864.

(2) Idem, pág. 339.

(3) Lafuente: *Historia general de España*, lib. II, cap. II.

normant, tendremos que los descendientes de los tartesios, en tiempo de Strabón, poseían una literatura nacional versificada, que pretendían antigua de seis mil años. En el año 1100 antes de nuestra era, arribaron los tirios á una isla, sobre la costa de los tartesios, con el objeto de fundar la ciudad de *Gadir* ó *Aggadir* (Cádiz), y encontraron allí, según una tradición cartaginesa, una fortaleza rodeada de sólidas murallas, que no pudieron expugnar sin recurrir al ariete, inventado en aquella ocasión, al sentir de Vitruvio. Allí fundaron los fenicios sus grandes establecimientos comerciales y coloniales de la Bética, erigiendo en el litoral ciudades puramente fenicias, como Gadir (Cádiz), Seks (Sixos, Sex), Abderath (Adra), Malacha (Málaga) y Melqarthiya (Carteya), é implantando un elemento cananeo considerable en todas las ciudades del interior de las tierras en la cuenca del Bætis. Del cruce de los indígenas y de los colonos libio-fenicios traídos de Africa resultó un pueblo mixto, los bástulos ó blastofenicios, que dividió en dos al pueblo de los tartesios, separando de ellos á los mastianos (más tarde *bastetani*), que formaron pueblo distinto ocupando la parte oriental. A consecuencia de nuevas vicisitudes, de que se hará mérito más abajo, los tartesios de la cuenca del Bætis (Tartessos), que en el siglo VI antes de nuestra era habían tenido reyes famosos por sus riquezas, según afirma Strabón, fueron vencidos y sometidos definitivamente á Cartago por A'himelqarth Barqa (Hamílcar Barcas). Hasta el nombre de tartesios cae en olvido y en desuso en tiempo de Polibio, ó sea en la primera mitad del siglo II antes de la era cristiana, sin que en adelante tenga significación étnica, ni otra importancia que la de un recuerdo literario, según la atinada observación de D'Arbois de Jubainville; el pueblo que había llevado tan glorioso nombre queda dividido en turdetanos y túrdulos, á quienes Tito Livio presenta desprovistos de toda energía guerrera. Un siglo y medio más, y nos dirá Strabón que no hay entre esos pueblos diferencia notable; que constituyen realmente un solo pueblo.

Las antiguas relaciones de los viajes de samios y focenses en el siglo VI anterior á nuestra era, cual la de Herodoto que hemos citado más atrás, hablan de una plaza mercantil, *emporion*, indígena, llamada Tartessos como el mismo país, situada en una isla formada por la bifurcación del río Tartessos, en su desembocadura en la mar. Así lo afirman Strabón y Pausanias, y tal noticia fué causa de algunas inexactitudes en escritores que, como Larousse, redujeron la Tartesia á esa ciudad marítima. De todas maneras Tartessos desapareció muy pronto, hasta el punto de que en tiempo de los romanos era tan vaga la memoria que de esa ciudad se tenía, que algunos la suponían fenicia, y otros la identificaban erróneamente con Cádiz ó con Carteya (1).

II

Veamos de qué manera concuerdan con la región de España, llamada Tartesia, los textos bíblicos en que se encuentra el vocablo *Tarschisch*, para comprender cuán acertado estuvo Bochart resucitando la casi olvidada opinión del padre de la Historia eclesiástica, Eusebio de Cesarea, y cuán acertadamente siguen al ilustre exégeta los exégetas modernos, entre ellos F. Lenormant, cuya nutrida exposición nos proponemos vulgarizar.

Tarschisch es indudablemente una región del Mediterráneo, toda vez que los navíos que á ella se dirigen desde Palestina, ó parten de Yâphô (Jafa), ó en este puerto recalán yendo y viniendo de Fenicia. Quiere Jonás partir para Tarschisch, y

(1) Carteya estuvo situada en la bahía de Algeciras, entre San Roque y Puente Mayorga, donde hoy yacen sus ruinas.

con ese fin se dirigió á Yâphô para encontrar una nave(1). Es además un país de los más apartados que entonces se conocían, toda vez que el citado Yônâh en él quiere refugiarse para huir de la orden de Yahveh, que le mandaba ir á predicar la penitencia á Ninvêh (Nínive). Está, finalmente, situado al extremo Oeste, como se deduce claramente del *Salmo LXXI: Los reyes de Tarschisch y de la isla ofrecerán regalos: los reyes de Arabia y de Sabá traerán presentes*; donde aparece Tarschisch contrapuesto á Schebâ y Sebâ, que son los litorales árabe y africano del golfo Avalítico, representando, por decirlo así, los dos confines del mundo conocido, el Noroeste y el Sudeste. Igual oposición se encuentra en *Ezequiel*, cap. XXXVIII: *Saba y Dedân y los mercaderes de Tarschisch y todos sus leones*. Tarschisch, por otra parte, y se ve por el Salmo que acabamos de citar, figura como uno de los países más ricos del universo y uno de los puntos de más comercio habitual con Çôr (Tiro), con cuya ciudad siempre aparecen relacionadas en Isaías y en los Salmos las naves de aquella región.

La navegación á Tarschisch es por excelencia la navegación de alta mar de los kenaneos marítimos, hasta el punto de que la expresión naves de Tarschisch se empleaba para significar un tipo particular de barcos, especialmente destinados á los largos viajes comerciales, sobre cualquier mar y hacia cualquier puerto que se encaminaran. Eran aquellos barcos de los cuales afirmaba Ezequiel, dirigiéndose á Tiro: *Tus naves ocupaban el primer lugar en el comercio marítimo, y fuiste populosa y opulentísima en medio del mar* (2). En el mismo sentido cuenta el libro de los Reyes: *El rey tenía en la mar una NAVE DE TARSCHISCH* (como si dijéramos, una nave de alto bordo), *con la nave de Hirâm; y venía cada tres años de Tarschisch, cargada de oro, de plata, de marfil, de monas y de pavos* (3). Y añade aún el texto hebreo: *Yehôschâphât* (Josafat)

(1) *Jonae*, I, 3.

(2) *Ezequiel*, XXVII, 25.

(3) *III Regum*, X, 22.

mandó construir NAVES DE TARSCHISCH para hacer el viaje á Ofir en busca de oro (1).

Detalles son éstos que convienen á España, sin dirimir la controversia, toda vez que pueden igualmente aplicarse á otros países situados en la parte occidental del Mediterráneo, más acá del estrecho de Mesina, término natural de la región de las islas, *iyîm* del texto hebreo, que designa los mares de Grecia. Por eso es indispensable detallar otras circunstancias que circunscriban más y más la región de Tarschisch, hasta señalárnosla, si posible es, con el dedo. He aquí un texto en extremo significativo: *Tarschisch, que comerciaba contigo (con Tiro), henchía tus mercados con gran copia de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo* (2). El mejor comentario que puede aplicarse á esta afirmación de Ezequiel es copiar á continuación las siguientes palabras de Plinio: *Metallis plumbi, ferri, aeris, argenti, auri tota ferme Hispania scatet* (3). Tarschisch era por excelencia el país de la plata: *Tráese de Tarschisch la plata en planchas arrolladas*, nos dice Jeremías (4); y sigue Plinio: *Argentum reperitur in Hispania pulcherrimum: id quoque in sterili solo, atque etiam in montibus* (5). Conforme en un todo Diodoro de Sicilia, afirma que España era el territorio que daba más plata y de la mejor calidad; que los fenicios, y después de ellos los cartagineses, habían sacado inmenso provecho del beneficio de este metal en la Península, y habían establecido allí colonias para esa explotación en una época en que los indígenas ignoraban aún el arte de trabajar las minas. Y de toda España, la región de Tartesia era particularmente famosa por su abundancia de plata; así, dice el Pseudo-Aristóteles: «Los primeros fenicios que desembarcaron en Tartessia sacaron de ella tanta

(1) III *Regum*, xxii, 49.

(2) *Ezequiel*, xxvii, 12.

(3) Plinio: *Historia natural*, iii, 4.

(4) *Hierem.*, x, 9.

(5) Plinio: *Historia natural*, xxxiii, 31.

plata, en cambio de aceite y otras mercancías de escaso valor, que sus navíos no podían contener cuanto habían recibido, y se vieron obligados, en el acto de hacerse á la vela, á reemplazar todos sus útiles y utensilios, hasta las áncoras, por otros hechos de plata (1).» Confirma ese aserto lo que cuenta Strabón que aconteció á A'himelqarth Barqa (Hámlcar Barcas) en su conquista de los turdetanos, que eran los mismos tartesios: «encontró—dice—que fabricaban de plata los pesebres de sus ganados y las grandes tinajas para conservar los líquidos.»

Aún es más decisiva la mención del estaño, *bedil*, como mercancía de Tarschisch. Nadie ignora cuán reducidos son los criaderos de este metal y cuán contados, de manera que lo mismo hoy que en la antigüedad, su comercio se halla localizado en determinados puntos de los cuales dependen los demás mercados del mundo civilizado; por lo que hace á la cuenca occidental del Mediterráneo, el estaño sólo se encuentra en España. Tenemos hoy criaderos en Asturias, Galicia y Zamora, y aunque carezcamos de datos para afirmar que hayan existido antiguamente en el Mediodía de la Península, nos consta por los brillantes estudios de Dufrené, que precisamente en la época de los profetas, toda el Asia anterior se proveía de estaño en esa parte de España, ora lo adquiriese en los emporios tartesianos indígenas, ora en las ciudades fenicias, y que los tirios y demás fenicios surtían de ese metal español á todas las demás naciones (2). Ya hemos dicho que Tartesia era una vasta región, con diferentes puertos de mar; era como una especie de depósito general, donde en espera de los barcos de Oriente, se almacenaba el estaño español, procedente de las minas de Galicia y Portugal, del cual hablan los escritores antiguos, y el estaño de las islas británicas, que los mismos tartesios, según hemos visto en Festus

(1) *Mirabil. auscult.*, 147.

(2) Dufrené: *Etude sur l'histoire de la production et du commerce de l'étain*, 1881.

Avienus, iban á buscar á las islas *Æstrymnides* ó *Cassitérides* en sus propios barcos, hasta que los fenicios de Gadir les hicieron la competencia de ese tráfico. No cabe encontrar en otra parte que en el Mediodía de España, esa gran cantidad de estaño de *Tarschisch*, del cual se hace mención en el capítulo xxvii de la profecía de *Yéhezqêl* (Ezequiel).

Cierto es que en las *Inscripciones cuneiformes del Oeste de Asia* se mencionan dos criaderos de estaño, *anaku*, cuyos nombres no han sido hasta la fecha identificados; pero aparece demostrado, que si el estaño de los asirios no procedía de Tiro, y, por consiguiente, de España, se veían precisados á ir á buscarlo al Cáucaso ó al *Hindokusch*, localidades que en manera alguna pueden conciliarse con la navegación de *Tarschisch*, necesariamente mediterránea.

El comercio del estaño es, por consiguiente, una prueba más de que el *Tarschisch* bíblico es la *Tartesia* española.

III

Pasemos á otro orden de indicaciones que no parecen menos comprobantes de la opinión hasta aquí expuesta.

Hay en el cap. xxiii de *Isaiás* una profecía que anuncia la ruina de Tiro por los asirios, y su postración por espacio de setenta años, pasados los cuales florecerá nuevamente la mercantil ciudad. Ya indicamos más arriba que, en este capítulo, la *Vulgata* tradujo la palabra *Tarschisch* por la palabra *mar*, caso único en toda esa acreditada versión. El profeta, ante la inminencia del peligro, exhorta á los fenicios á que se pongan en salvo (vers. 6) y á algo más todavía: á que, una vez refugiados en tierra segura, sacudan el yugo de la metró-

poli, asolada por Scharru-kinu el asirio, y sometida á su imperio (vers. 10). Diceles, en una palabra, que practiquen lo que harán más tarde ante el sitio de Alejandro: enviar á Cartago las bocas inútiles, los ancianos, las mujeres y los niños.

¿En qué sitio aconseja Yescha'-yâhû á Çôr que ponga en salvo á sus habitantes? La Vulgata, por lo que hemos manifestado, dice: *Pasad los mares*; mientras que el texto hebreo intima: *Pasad hacia Tarschisch: 'ibrû Tarschischâh*. Tarschisch, para responder á los designios del profeta de salvar á los habitantes de Tiro, debía reunir dos condiciones: primera, la de ser un país bastante apartado, á fin de que el invasor asirio, que carecía de marina propia, no pudiera atacar en él á los fenicios prófugos; y segunda, la de ser una posesión territorial ó colonia de Tiro, ya porque solamente así podrían hallar en ella refugio los ciudadanos de Çôr, y ya porque de otra manera no se explica la excitación á la independencia, que se les hace en el vers. 10. Esas dos condiciones reunía Qarth-'hadaschth ó Cartago, cuando el sitio de Alejandro.

Ahora bien; en la época que nos ocupa, los tirios, más allá de las islas del mar griego, llamadas *iyîm* en el texto hebreo, y mencionadas en el mismo versículo que analizamos, y fuera de la costa septentrional de Africa, no tenían otras posesiones de este género que el país de Tartesia, ó sea los establecimientos del Mediodía de España: en los demás puntos adonde se extendía su tráfico, habíanse limitado á establecer depósitos, corresponsales ó emporios. «Antes de la época de Homero, dice Strabón, los fenicios se habían hecho dueños de la más rica porción de la Iberia.» Y en otro lugar añade: «Los turdetanos (son los mismos tartesios) fueron sometidos por los fenicios á duro yugo, y por eso se encuentra hoy un elemento fenicio en las ciudades de Turdetania y lugares vecinos (1).» El mismo Strabón, de acuerdo con Plinio y con Varrón, nos hace saber que esa do-

(1) Strabón: III, páginas 149 y 150.

minación fenicia de una parte considerable de España, ejercida por los tirios, fué anterior á la entrada de los celtas en la Península.

Hay, pues, razones plausibles para creer que el versículo 6 del capítulo XXIII de Isaías se refiere á España, y que el profeta aconsejaba á los tirios á refugiarse en esta colonia suya: razones reforzadas, como se verá, por el versículo 10, y por el cumplimiento de la excitación á la independencia que allí hace Yescha'yahû en nombre y con la autoridad de Jahveh (Jehová).

Dice la Vulgata: *Atraviesa corriendo tu tierra como un río, ¡oh tú, hija del mar!; ya no tienes ceñidor.* La traducción literal del hebreo es: *Recorre libremente tu tierra, como el río, hija de Tarschisch. ¡No más grillos!* F. Lenormant ve en esa excitación una alusión manifiesta al mismo río Tartesos que regaba la célebre colonia.

* Sea de esta última apreciación lo que se quiera, ocurre preguntar: si á consecuencia de la caída de la populosa y rica Tiro en poder de los asirios ocurrió algo en España, en sus colonias de Tartesia, que por su concordancia con la excitación del profeta Isaías, sea un argumento más para creer que Tarchisch estaba en nuestra Península. Hemos notado más atrás, que Tiro, ó Çôr, se levantaría pasados setenta años después de haber sido tomada por el asirio Scharru-kinu. Han transcurrido, no setenta años, sino algo más de un siglo: Tiro es de nuevo la metrópoli del comercio marítimo de metales; ha recuperado su antigua prosperidad, pero ha reincidido igualmente en sus antiguos vicios, agravados esta vez por la complacencia que le causó la ruina de Jerusalén. Decreta Dios entregar la arrogante ciudad en manos de Nabucodonosor (Nabu-kudurri-uçur), y el profeta Yéhezqêl (Ezequiel), encargado de anunciar ese acontecimiento memorable, enumera detenidamente las comarcas con las cuales Tiro sostenía relaciones comerciales, para que al lado del esplendor resalte más el espantoso castigo.

Y dice en el capítulo XXVII, 12: *Tarschisch, que comercia contigo, henchía tus mercados con gran copia de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.* El comercio entre Tiro y Tarschisch es el mismo en tiempo de Ezequiel y de Isaías, el mismo en la víspera de la destrucción de Çor por Scharru-kinu, y en la víspera de su destrucción por Nubu-Kudurri-uçur, lo mismo siete siglos que seis siglos antes de Jesucristo. ¿Eran las mismas sus relaciones políticas? Por de pronto observa Movers, que de los mismos términos de que usa Ezequiel se deduce que esas relaciones habían cambiado en el intervalo que separa esas dos épocas. Para Isaías, Tarschisch era una posesión de Tiro; Ezequiel, por el contrario, habla de Tarschisch respecto de la ciudad fenicia, como habla de otros países que jamás dependieron de ella, que eran pueblos independientes, sin más relaciones con la Fenicia que las puramente mercantiles. Para cerciorarse de la justeza de esta afirmación basta comparar el citado versículo 12 con los versículos 16, 18 y 21 del mismo capítulo. Lo mismo se habla de Tarschisch, que de Siria, Damasco y Arabia, que no eran colonias de Tiro: *Tarschisch sô'hartêch; Arâm sô'hartech; Dam-meseq; sô' hartêch; Arab vechat-neschiyê Qêdâr hêmmâh sô'harê yâdêch.* O volviendo al texto de la Vulgata, menos para la primera palabra, que por excepción única traduce aquí por cartagineses, tendremos: *Tarschisch negotiatores tui; Syrus negotiator tuus; Damascenus negotiator tuus; Arabia, et universi principes Cedar ipsi negotiatores manus tue.* Comercio y nada más que comercio, lo mismo con Tarschisch que con otros pueblos.

Y es que Tartesia, que para nosotros es Tarschisch, había escuchado la voz de Isaías: *¡No más grillos!*; y á consecuencia del gran desastre sufrido por Çor (Tiro) en la invasión asiria, y á consecuencia tal vez igualmente de la aparición en la Península de un nuevo elemento étnico, los ligures, que penetraron en España por aquel tiempo y adquirieron gran supremacía entre los indígenas; Tartesia, repetimos, la cuenca del

Bætis, el imperio colonial de Tiro, se había emancipado de su metrópoli. Ezequiel deja sobreentender que Farschisch no era colonia de Tiro; la historia afirma lo propio respecto de Tartesia; más de un siglo antes había anunciado Isaías ese desenlace.

Dejando á un lado el largo reinado de Argantonio, del cual habla Herodoto, y más atrás hemos copiado sus palabras, y omitiendo por lo mismo el argumento filológico ingenioso que hace D'Arbois de Jubainville para probar que aquel nombre es de origen ariaco, y prueba la presencia de los ligures en nuestra patria, y explica la amistad que aquel rey trabó con sus afines los griegos, según afirma el mismo Herodoto; dejando á un lado todo esto, mentaremos de pasada lo que dice Macrobio de la existencia en España, por estos tiempos, de un rey procedente del Norte, que se llamaba Thêrôn. Pudiera muy bien ser el jefe de los ligures, venidos del Septentrión, que hubieran emancipado á los españoles del yugo de los fenicios y dado origen á la leyenda del sitio de Gadir y del empeño de los sitiadores de destruir el templo de Melqarth (Hércules), lo que hubieran hecho si el falso dios no hubiera protegido con un milagro á los sitiadores fenicios.

Una cosa está, sin embargo, fuera de toda duda: que en el siglo VI antes de nuestra era, época á la cual ser remontaban los documentos utilizados por Festus Avienus, gran número de ciudades edificadas por los fenicios en las costas de los bástulos habían sido abandonadas, arruinadas, y que sus lugares estaban desiertos:

*Porro in isto littore
Stetere crebrae civitates antea
Phœnixque multus habuit hos pridem locos,
Inhospitales nunc arenas porrigit
Deserta tellus, orba cunctorum sola
Squalent jacentque (1).*

(1) *Ora maritima*, v. 438-443.

Lo propio sucedía con otros establecimientos que habían creado los fenicios hacia la embocadura del *Theodorus* (Segura), límite en otro tiempo del territorio de los tartesios, que, circunscritos más tarde á la cuenca del Bætis, habían recobrado su libertad después de haber sufrido la pesada coyunda de los tirios, dice Strabón. Que estos pueblos formasen nación independiente, con reyes propios, hacia los años 640 y 630 antes de Jesucristo, se deduce claramente del texto ya citado de Herodoto, no solamente porque nombra á Argantonio como rey, sino porque declara que los samios fueron muy bien recibidos en aquel emporio virgen de Tartesia, lo cual no habría sucedido si allí dominaran los fenicios, enemigos de toda rivalidad y competencia.

Colaios, que conducía la expedición de los samios, y sus compañeros de navegación, de tal manera excitaron la imaginación y la codicia de los griegos de Jonia, ponderándoles la fertilidad de la cuenca del Bætis, la prosperidad comercial de Gadir y los tesoros de las ruinas de la España meridional, que el país de Tartesia se convirtió ante sus ojos en una especie de Potosí, objeto predilecto de sus ulteriores navegaciones. Así, en el año 600 antes de nuestra Era, hacia el tiempo en que Euxenio fundaba á Massalia, como una etapa en el camino marítimo de España, los focenses, de quienes habla Herodoto en el primero de los textos copiados al principio de este escrito, trababan amistad con Argantonio, famoso por su longevidad de ciento veinte años, y este rey, ganoso sin duda de suscitar concurrentes á los fenicios, les abría los mercados de Tartesia. Algunos años más tarde, los hijos de la Hélada fundan en España la ciudad griega de Mainaca (Vélez Málaga), muy cerca de la ciudad fenicia Melqarthiya ó Carteia.

Estos hechos, anteriores á la toma y saco de Tiro por Nabucodonosor, que ocurrió hacia 576 ó 573 antes de Jesucristo, prueban cuán decadentes estaban en Tartesia los establecimientos de los fenicios, que suponemos emancipados de la me-

trópoli á consecuencia del otro saco anterior de la ciudad, llevado á cabo un siglo antes por Scharru-kinu, y á consecuencia igualmente de la excitación que con tal motivo les dirigiera el profeta Isaías. Esa decadencia debió marcarse más después de la ruina de la madre patria y de la intrusión en España del elemento griego. En tales angustias, y reducidos los fenicios á algunas ciudades fuertes, como Gadir, donde aún se veían sitiados frecuentemente por los indígenas, como se deduce de la leyenda de Thêrôn, dirigieron un llamamiento desesperado á sus compatriotas los cartagineses, para que acudieran á su auxilio. Los cartagineses, en España como en Sicilia, se apresuraron á tomar sobre sus hombros las grandes dificultades que ofrecía la empresa, excitados por el provecho inmenso que obtendrían al constituirse herederos del imperio colonial de Çôr, su metrópoli. «Los gaditanos, dice Justino, proceden de Tiro, como los cartagineses, y trajeron de allí, para colocarla en España, la estatua de Hércules, obedeciendo á un sueño.

»Edificaron una ciudad, y como las ciudades vecinas de España, envidiosas de su prosperidad, atacasen á los gaditanos, éstos pidieron auxilios á sus afines los cartagineses, quienes los vengaron felizmente, sometiendo á su imperio la mayor parte de la provincia.» Sucedió esto hacia la mitad del siglo VI, unos treinta años después de haberse rendido Çôr (Tiro) á los golpes del rey de Babilonia, que fué precisamente en el tiempo de los primeros combates entre cartagineses y focenses, para excluirse unos á otros de los mares de España. Al principio—dicen Tucídides y Pausanias—triunfaron los griegos, mas en 536 los cartagineses concertaron una alianza con los etruscos, poseedores de poderosa marina, y batieron y derrotaron completamente á los focenses delante de Alalia, en la isla de Córcega. Herodoto cuenta esta acción con su acostumbrada sal ática. Había cinco años que los focenses estaban en Córcega, viviendo en paz con todo el mundo y edificando templos, «cuando los toscanos (los etrus-

cos) vinieron á hacerles la guerra. Vinieron también los cartagineses, y tenía cada pueblo sesenta velas. Otras sesenta solamente tenían los focenses y con ellas afrontaron la batalla de las dos escuadras aliadas, en plena mar de Cerdeña. Trabado el combate, los focenses ganaron la batalla, pero fué una *victoria cadmiana* (contra el que la gana), porque no les costó menos que á los enemigos; perdieron cuarenta buques y los otros veinte quedaron fuera de combate por tener las proas quebradas (1)». Observa el clásico historiador que cuando se dió esta batalla, que dejó á los focenses sin marina, hacía ya años (quizá treinta) que había muerto el longevo rey Argantonio.

Victoriosos los cartagineses, destruyeron la ciudad focense de Mainaca (Vélez Málaga), y libres de competidores, restablecieron el comercio de la España meridional, que constituyó por algún tiempo un monopolio en sus manos. No fueron más afortunados los fenicios españoles: Gadir (Cádiz), Abderath (Adra), Malacha (Málaga) y demás ciudades fenicias dependieron de Qarth-'hadaschth (Cartago), en las mismas condiciones con que antes habían dependido de Çôr, y los tartesios quedaron hechos tributarios y colocados bajo la influencia del comercio cartaginés, esperando el día en que 'Ahimelqarth Barqa (Hamílcar Barcas), consume la obra y los someta plenamente á un dominio directo, del cual se habían emancipado durante algunos siglos.

IV

Los hechos históricos se enlazan y traban como las verdades en la lógica, y nos explicamos fácilmente, en vista de lo expuesto, por qué los Setenta, en el cap. XXVII, 12 de Ezequiel,

(1) Herodoto: *Histoires*, edición citada, páginas 86 y 87.

tradujeron Tarschisch por *Karjedon* y *karjedonios*, nombre con los cuales designaban los griegos á Cartago y á los cartagineses. En la época de esa traducción no había aún Roma expulsado de España á los fenicios africanos, y nuestra antigua Tartesia era ciertamente una provincia sometida á Cartago: los tartesios eran políticamente cartagineses. Tal es, por otra parte, aunque no den esta explicación, el pensamiento de Rossenmuller, de Michaelis y de Bredow, citados en una nota de la nueva edición de A. Lapede, en sus comentarios de Ezequiel.

El P. Knabenbauer ni siquiera pone en tela de juicio que la palabra *carthaginenses* de la Vulgata, y *karjedonioi* de los Setenta deba traducirse por tartesos ó tartesianos, es decir, por los habitantes de la España meridional. Dice el sabio expositor, que para mejor comprensión del castigo que iba á sufrir Tiro, se pondera la grandeza de aquel emporio y añade: «Comienza el profeta por la parte última de Occidente, por Tarschisch, Tartesia, y recorridas todas las regiones septentrionales, orientales y meridionales, vuelve á Tartesia, para demostrar que el comercio de todas las naciones se dirigía á Tiro, y que los tirios comerciaban con todo el mundo (1).» Y luego añade: «Que con la voz Tarschisch se designa la región de los tartesios en la España bética parece cierto: *Carthaginenses negotiatores tui a multitudini cunctarum divitiarum, argento, ferro, stanno, plumboque repleverunt nundinas tuas*; quiere decir: Los tartesios comerciaban contigo á causa de la abundancia de toda suerte de bienes; que la España era rica en metales lo afirman todos los antiguos: con la plata, el hierro, el estaño y el plomo compraban los españoles las mercancías de los tirios, y por eso aquellos metales iban á parar al mercado de Tiro (2).»

Explicado suficientemente, que tanto el *Tarschisch* hebreo, como el *Karjedon* griego de los Setenta significan la antigua

(1) Knabenbauer: *Com. in Ezequielem*, xxvii, 12.

(2) *Ibidem*.

Tartesia hispana, resta indagar si esta última región fué alguna vez, fuera de la Biblia Vulgata, llamada *Tharsis*, palabra frecuente en esta última versión al traducir *Tarschisch*. Oigamos á F. Lenormant: «De que los cartagineses, señores de España, daban el antiguo nombre de *Tarschisch* á los tartesios, tenemos un indicio serio en el extracto que hace Polibio de la inscripción greco-púnica dedicada por 'Hanniba'al (Anníbal) en el templo de Hera Lacinia cerca de Crotona, inscripción en la cual el gran capitán daba los detalles de todos sus hechos bélicos. Al hablar de las tropas que 'Hanniba'al en su marcha hacia Italia, había hecho pasar de España á Africa, leemos: Ἦσαν δὲ οἱ διαβάντες Θερσίται, Μαστιανοί, πρὸς δὲ τούτοις Ορεῖται Ἰβήρες καὶ Ολκαδεῖς. Los thersites, cuyo nombre no se encuentra en ninguna otra parte, puestos al lado de los mastianos, ocupan el lugar de los tartesios ó turdetanos, cuya omisión es inexplicable. De manera que todos los críticos admiten que este nuevo nombre designa el mismo pueblo, y Θερσίται, es manifiestamente la forma helenizada de un púnico *Terschisch*, ó *Tharschisch* (1).» Tiene razón el ilustre crítico: Aníbal enumera las tropas españolas compuestas de thersitas, mastianos (*bastetani*), oretanos é iberos; no aparecen los tartesios, vecinos de los mastianos, y sólo á ellos, ó á los turdetanos, que son la misma cosa, puede aplicarse el nombre de thersitas. Es indicio claro de una traducción algo alterada de la palabra hebrea *Tarschisch* y más aún de la griega *Tharsis*.

«La correspondencia de las formas *Tarschisch* y *Tartessos*, continúa F. Lenormant, puede justificarse filológicamente de una manera muy suficiente. No es posible, sin embargo, admitir la explicación propuesta por Bochart y por Gesenius. *Tarschisch* no es ciertamente nombre de formación fenicia, derivado de la raíz *râschasch*. El griego *Tartêss-os* no fué tomado de ese *Tarschisch*, transformado en *Tarthisch* por un arameísmo que no pertenece á la fonética de la lengua feni-

(1) Lenormant: *Les Origines de l'histoire*, etc., II, segunda parte, páginas 112-113.

cia. Las dos formas son independientes y paralelas, tomadas cada una separadamente del nombre indígena que los tartesios se daban á sí mismos; nombre cuya radical ofrecía, en realidad, la letra dental que el griego conservó exactamente, mientras que el fenicio la transformó en silbante, según la tendencia que la lingüística afirma ser constante en este idioma. En efecto, si se comparan entre sí las diferentes apelaciones sucesivas de los habitantes del valle de Bætis, y de sus divisiones, las cuales no se distinguen sino por un cambio de sufijos,

Tart-êss-ioi,
Turt-ytan-oi,
Turd-êtan-oi,
Tud-ul-oi,

se ve claramente desprenderse de ellas la radical que las formas *Turt-a* y *Turt-oi* nos ofrecen después sin sufijo. La *t* final del radical *tart*, *turt*, se cambia en *sch* en *Tarsch-îsch*; hecho que las tendencias fonéticas del fenicio explican suficientemente. Sin embargo, y notémoslo de pasada, se daría uno mejor cuenta de todo esto en la suposición de que el vocablo *Tarschisch* hubiese sido formado originariamente sobre otro tipo que el de *Tartessos*: sobre un nombre que admitiese la silbante como tercera consonante, y solamente aplicado más tarde á los tartesios en virtud de una asonancia más ó menos exacta (1).»

Podemos dar por terminado este estudio. Partiendo de una autoridad que identifica el *Tarschisch* bíblico con la antigua Tartesia española, hemos hecho una descripción de esa parte de nuestra Península, basada en los documentos de la antigüedad; hemos dado á conocer las riquezas metalúrgicas de su suelo, y hemos seguido su historia, hasta la desaparición del apelativo tartesios, ocasionada por la inmigración de nuevos

(1) Lenormant, *Ibidem*.

elementos étnicos y por la fusión de sus razas. Se ha visto que hay concordancia completa en todo cuanto los libros santos refieren sobre la geografía y situación de Tarschisch, su comercio, sus metales, y particularmente los de plata y estaño, y lo que cuentan los antiguos historiadores de la riqueza y producción de la España meridional. Hay en este terreno concordancias que son exclusivas de nuestra patria. Los hechos históricos y políticos corroboran y derraman luz vivísima sobre las anteriores deducciones, y presentan á Tartesia evolucionando de conformidad con cuanto Isaías y Ezequiel habían profetizado de Tarschisch; la España meridional se emancipa de Tiro después de la primera invasión de los asirios en Fenicia; sálvanse, no obstante, las relaciones comerciales de Tiro con sus emancipadas colonias, hasta que, debilitados los fenicios por la concurrencia de los griegos en la misma Península, imploran el auxilio de sus afines los cartagineses, quienes al lanzar de España á los helenos, imponen su dominación en nuestra patria á indígenas y extranjeros. Los tartesios, desde esta fecha hasta el predominio de Roma, fueron verdaderamente cartagineses, políticamente considerados, como reza un pasaje de la versión de los Setenta, seguido por nuestra Vulgata.

No cabe duda racional ante los datos y los hechos aquí agrupados y examinados, de que el Tarschisch de los profetas es la antigua Tartesia, es decir, la España meridional.

¿Abrazaba Tarschisch, en el lenguaje bíblico, toda la España y solamente la España?

He aquí una cuestión, cuya respuesta ofrece grandes dificultades en el estado actual de nuestros conocimientos. Por lo que se refiere á la primera parte, hay motivos para una afirmación probable en vista de que Tartesia aparece en los Salmos como una vasta región, comparable y opuesta á la Arabia meridional (Schebâ), y á la costa africana de Somalis (Sebâ). No era necesario que los hebreos y fenicios hubieran explorado toda la Península para que la designaran con un

nombre común; y es casi seguro que conocían todos sus puertos del Mediterráneo y del Atlántico, á consecuencia de la navegación que, primero los tartesios y más tarde los fenicios, hacían desde España á las islas *Æstryrnides* ó *Cassitérides*.

Respecto á la segunda parte, sólo pueden aducirse argumentos negativos. Así los tirios como los demás habitantes de la Palestina, á juzgar por los datos que nos suministra la Biblia, parece que distinguían los pueblos de las costas del Mediterráneo en dos grupos: las islas *Iyim*, que comprendían el Mar Griego, hasta Sicilia ó estrecho de Mesina, y las demás regiones que designaban con nombres diferentes. Partiendo de este principio, encontramos: *Loùd* y *Tûbal*, que expresan el Asia Menor; *Yâvân*, que indica la Grecia europea y asiática y las islas adyacentes, y *Pâl*, que se supone sea la Italia meridional. Como Francia no aparece expresamente señalada en esas demarcaciones geográficas, y no sea de creer que los audaces tirios la hayan olvidado en sus exploraciones mercantiles, quiere Lenormant que Tarschisch, designando positivamente la España meridional y las posesiones que en ella tenían los tirios, se extienda además, hasta comprender en su significado todas las costas del Oeste del Mediterráneo, á la manera — dice — que la palabra Indias Occidentales comprendió durante tres siglos todo el continente americano.

FR. R. MARTÍNEZ VIGIL, O. P.

Obispo de Oviedo.

CABEZA Y CORAZÓN

~~~~~  
DOLORA  
—

A Blanca Quiroga y Pardo Bazán.

## I

Un Angel y el Demonio, á Eva un día  
contemplan con amor.  
«Y ¿qué opináis, decid, de esa obra mía?»  
les preguntó el Señor.

## II

Mirando de Eva la gentil cabeza,  
dijo el Demonio así:  
—«¡La mujer! A pesar de su belleza  
es inferior á mí.»  
«¡Sentir sin comprender! ¡Perpetua ilusa  
que goza en delirar!  
¡Que tiene, sin razón, la ciencia infusa  
del arte de engañar!»  
Uniendo la inconstancia á la hermosura,  
el Demonio añadió:  
«Creedme, Señor, vuestra mejor hechura  
vale menos que yo.»

## III

—«La mujer, siguió el Angel, de tal modo  
desafía al dolor,  
que, aunque débil su fe, se arriesga á todo  
por servir al amor.»

«De la santa piedad hija querida,  
ni piensa, ni hace el mal,  
y, próspera, transmite con la vida  
la sed de lo ideal.»

«La mujer es tan buena» (enardecido  
el Angel concluyó),

«que, aunque soy en el cielo un elegido,  
ella es mejor que yo.»

## IV

Tú, dotada de espíritu sublime  
y de gran corazón,  
Blanca, entre el Angel y el Demonio, dime:  
¿quién tiene más razón?

CAMPOAMOR.

# LA EDUCACIÓN DEL REY

## I

**N**o creo que á nadie le parezca el asunto de este estudio cosa baladí é indigna de la reflexión del ciudadano, piense éste de cosas de política como quiera, con tal de que realmente le preocupen y las tome en serio. Después de todo, para hablar hoy de la educación del rey ó de cosas de Estado, no es preciso empezar haciendo profesión de fe de ninguna clase, ni escribir encomiásticas dedicatorias en que se disculpe el raro atrevimiento que supone el que «un simple particular ose discurrir del gobierno de los príncipes y darles reglas» (1). Los tiempos de los Maquiavelo y los Saavedra Fajardo han pasado, y con el transcurso de los siglos han cambiado mucho, tanto la idea que las gentes se formaban del príncipe, cuanto el concepto que los príncipes podían tener de los súbditos.

Sin ir más lejos, ¿quien se conceptúa hoy, en buena lógica política, *súbdito* de ningún rey constitucional? ¿Quién puede pensar que sea osadía, ni nada por el estilo, el que un ciudadano discurra como Dios le dé á entender acerca de cómo se debe gobernar un país, y de cómo se debe educar al que las circunstancias han colocado, por ley de herencia, en el puesto que las gentes conceptúan *más alto* dentro del gobierno del Estado?

(1) Maquiavelo: *El Príncipe*, dedicatoria á Lorenzo de Médicis.

Por otra parte, ese cambio mismo de situación de las cosas, ocasionado por aquel cambio más hondo en las ideas, hace que la educación del rey sea un asunto *libre*, tan libre y tan... *objetivo*, si vale la palabra, como el *déficit* ó como las inmunidades parlamentarias.

Pero observo que, sin querer, quizá estoy haciendo algo parecido á lo que Maquiavelo hacía al dedicarle el *Príncipe* á Lorenzo de Médicis, ó nuestro Saavedra Fajardo, al explicarle al serenísimo señor y al lector el por qué de sus *Empresas políticas*... Estoy, en efecto, dando á mi manera, explicaciones. Pero ¡por qué! ¿porque signifique osadía mi intento? No. ¿Porque dedique yo estas líneas á D. Alfonso XIII? Tampoco. Ni creo osado hablar de cómo me parece á mí que debiera educarse al rey; pues si digo acerca del caso tonterías, en el pecado llevo la penitencia, ni se me ha pasado por las mientes lo de la dedicatoria.

Las explicaciones son de otro alcance y van dirigidas en otro sentido. Para decirlo claro y sin ambages: las explicaciones encaminanse á sentar que el asunto de la educación del rey es asunto que nos debe importar *mucho á todos* los españoles, aunque el interés que en ello tengamos sea distinto; y se dirigen á los que acaso piensen que no se puede hablar de cosas que al rey se refieran é interesen, sin ser monárquico más ó menos auténtico.

## II

Verdaderamente, lo de la *educación del rey moderno*, de un rey constitucional, de un rey en una sociedad democrática como la sociedad de nuestros tiempos, es una cuestión difícil, no ya de resolver, sino hasta de plantear.

El caso es, desde el punto de vista de la pedagogía, excepcional como pocos.

En efecto, la pedagogía, lo primero que supone, es que todos los niños son iguales: son gérmenes de futuros hombres, en quienes se manifiestan con diversa intensidad y proporción las facultades humanas, que mediante el crecimiento espontáneo, provocado y ayudado por la acción educativa, se perfeccionan y especifican hasta llegar á su plenitud. La pedagogía general, es decir, la pedagogía de la escuela de párvulos y de la escuela primaria, y aun de la segunda enseñanza, no atiende, ni puede atender, á la futura *misión* personal que el niño ó el joven pueda cumplir en su día; no debe atender á eso, sino de un modo muy mediato é indirecto, y sólo en razón de la diversa condición social de los niños que se educan. Puede decirse que nadie va á la escuela con ánimo de que le enseñen á ser... diputado á Cortes, obispo, médico, ebanista... Mas, una tendencia hoy muy acentuada en la pedagogía, la cual responde quizá en parte á la gran tendencia democrática de nuestras sociedades, es la que proclama el carácter *integral* de la enseñanza en las escuelas primarias la que le imprime una forma *cíclica*, y que atiende á condicionar la espontánea producción de las aptitudes personales del niño primero, y luego del joven. El planteamiento en las escuelas de los trabajos manuales y la crisis porque pasa la educación secundaria, demuestran eso evidentemente, como lo demuestra de igual modo el carácter educativo que en todas partes, hasta en España mismo, en algunos escasísimos centros universitarios, se da á la enseñanza superior.

Ahora bien; el rey es de una condición excepcional. El rey *nace*. Se es rey desde la cuna: no puede decirse... hasta el sepulcro, ni esto importa; lo que importa es recordar que, contra lo que sucede con las demás funciones sociales, la de rey se trae á la vida por los azares del nacimiento. Se puede ser rey... hasta en el claustro materno.

Y ¿cómo educar á un rey? O más concretamente, ¿cómo

educar á un rey constitucional? Porque, en mi opinión, un rey absoluto, por lo mismo que entraña menos *tiquis miquis* su función política y es más propio de tiempos atrasados—relativamente atrasados—es más fácil de educar. Como que desde que nace se le debe hacer ver que es rey. Ahí está nuestro Saavedra Fajardo, que habla hasta de las condiciones especiales que convienen á la nodriza del príncipe (1). Por supuesto, lo de la facilidad de educar á un rey absoluto no se interpretará en el sentido de que la condición de la realeza, entendida al modo antiguo, hiciera al rey más fácilmente educable. Nada de eso. ¿Qué hombre más distinguido y más admirable que el gran Bossuet para dominar y dirigir el corazón de un príncipe? Y, sin embargo, si el Delfin no se muere, no parece que el insigne orador sagrado hubiera podido envanecerse de su obra. Lo de la facilidad se refiere á la concepción general del sistema educativo.

En efecto: las funciones, la representación, el papel social, el carácter personalísimo del atributo de la soberanía, la significación política del rey absoluto, rey verdad, rey sin ficción alguna, hacían que su vida y su posición fueran perfectamente definidas y claras. Un rey absoluto supone súbditos. La antinomia de soberano y súbdito no existe propiamente; dado el rey absoluto que *manda*, de suyo implica un pueblo que *obedece*. Por todo lo cual se comprende que la educación de un rey de tal naturaleza, aun cuando prácticamente ofreciera y pueda ofrecer todo género de dificultades pedagógicas, es, hasta cierto punto, fácil de concebir. Hay que educarle para mandar. Así se explica cómo hablan los que, en los tiempos de las monarquías puras, escriben para educar á los reyes. La dedicatoria al serenísimo Señor Delphin, del gran Bossuet, de su *Discurso sobre la Historia Universal*, es un modelo clásico en el género (2). Como que es necesario

(1) *Idea de un príncipe político-cristiano*, primera empresa.

(2) «Aun cuando, dice Bossuet, fuese inútil la historia á los demás hombres, sería necesario hacérsela leer á los príncipes; porque no hay

partir siempre del supuesto del rey absoluto, que por su posición preeminente y *central* debe ver las cosas de manera distinta que los demás mortales.

Ahora bien, un rey constitucional es una institución muy complicada. Verdaderamente es una gran ficción política cuya naturaleza no siempre resulta clara y apreciable; pudiera definirse como un *si es no es* una porción de cosas. Si alguna vez la historia natural, auxiliada por las investigaciones de la geología, llegase á encontrar, en alguno de esos yacimientos... prehistóricos, los restos del ser *intermedio* entre el antropoide más elevado y el hombre, el estudio de su estructura física y de la reconstitución ideal de su mente serían, por lo complejo é indefinido, muy semejante al de la estructura de esta institución política moderna que llamamos rey constitucional; ese rey que reina y no gobierna; algo así como una línea que no es ni recta ni curva.

### III

Pero dejando ya estas disquisiciones, la gran dificultad para poder primero plantear y luego resolver el problema de la educación del rey, estriba en que por las condiciones especiales de la función política y de la representación social, que son características de un rey moderno, no sé de qué manera se podrá conseguir que su persona se *transforme real y positivamente* por dentro, al compás mismo que se ha transformado su institución.

Me explicaré... si puedo.

El rey, en las monarquías constitucionales, es una sombra

---

mejor medio para descubrirles lo que pueden las desordenadas pasiones, los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos...»

de lo que era en las monarquías absolutas. Casi todos los atributos que se le asignan son... honorarias, ficción pura. El rey, en la vida efectiva del Estado, no es el centro y origen del Poder. Con todos los distingos que se quieran, el rey es, hoy por hoy, un funcionario representativo cuya misión, análoga en un todo á la de un Carnot, en nada se parece á la que desempeñaban los ungidos del Señor de otros tiempos. Por otra parte, aun cuando la monarquía, como tal, sea, según decía Bagehot, una institución *imponente*, todo rey constitucional, en las desgracias propias ó á la vista de las ajenas, ha tenido que humanizarse, y ya no puede prescindir de conocer y vivir la vida moderna, democrática é igualitaria de suyo. Sólo pueden vivir, decía uno de los interesados, monarquías de la *izquierda*.

Ahora bien, la cuestión para mí está en esto. Dado un hombre (un niño) que el azar predestina, sin que él sepa de ello ni una palabra, á ser rey constitucional, pero rey al cabo, ¿cómo se le educa de modo que se penetre bien del papel representativo que tiene que llenar?

Hay para ello gravísimas dificultades. Unas... *subjetivas* (mejor, personales), y *objetivas* ó del medio otras. Las *subjetivas* radican en que el rey niño no puede, ni es posible que se de cuenta, ni se explique eso de ser rey y no serlo á un mismo tiempo, que supone el rey constitucional. Los niños, esos pequeños salvajes, no conciben sino reyes completos. Y si eso pasa en los niños que no son reyes, no digo nada de lo que pasará en el niño que á la vez sea rey.

Y la cosa es de altísima trascendencia. La idea que de sí mismo, de su posición social, de la consideración y respeto que debe á los demás y que los demás le deben, se forma el niño, es en él de una importancia capital por lo que esto labra para el porvenir. Admirara, en verdad, lo poco que las gentes se fijan en esto. Y aquí está una de las grandes dificultades que he llamado *objetivas*. Ese aire de humildes, de pequeños, ese arquear de espaldas de las gentes palaciegas y no palaciegas ante el rey que es todavía un niño, nadie sabe lo que en la for-

mación del carácter de ese niño puede influir seguramente para desgracia de todos. ¡Qué idea no se formará de los hombres!

Acaso sea esto en lo que más atrasada anda, y tiene que andar, la educación de los reyes. Los Hohenzollern, que en tantas otras cosas deben ser sinceramente aplaudidos, nos dan de ello el ejemplo. Cuando el noble Federico III vino al mundo, el día de su bautismo parece ser que gritó mucho y muy alto, y fué esto causa de gran regocijo para los asistentes, que á la una predijeron á su padre que el niño aquel tendría á su tiempo una buena *voz de mando*. A los nueve años se le dió por director á un coronel; á los diez se le nombraba oficial de un regimiento. Verdad es que á pesar del siglo en que vivimos, los Hohenzollern son una dinastía esencialmente militar, y conservan como pocas dinastías el antiguo carácter absoluto y majestático.

En mi opinión, nada puede sugerir en el rey niño una idea inadecuada del papel, necesariamente *civil*, del rey constitucional, como eso de que á los nueve ó diez años ande de jefe militar y entre militares que, por ley natural de su disciplina, no podrán prescindir de ver en el teniente, ó lo que sea, el rey de mañana.

Creo sinceramente que la dirección educativa del rey, si lo es ya, ó del que haya de serlo algún día, debe tomar en su infancia y en su primera juventud una marcha completamente distinta. Extremando quizá mi idea, para que se vea bien clara, creo que si se quiere hacer del niño, primero un hombre, que á su tiempo sepa ser rey, tal como pueden sufrirlo nuestras sociedades de tendencias nada monárquicas, debe ponérsele en un medio educativo en el cual el niño advierta lo menos posible que es rey, ni cosa que se le parezca. Por lo mismo que el rey, á causa del medio en que vive y de las funciones representativas que ha de desempeñar, no podrá prescindir del brillo militar y de ser algo militar siempre, no conviene que desde sus primeros años lo sea y viva especialmente entre militares. Tienen las armas grandes atractivos

para un niño y para un joven, y las sugerencias que han de provocar en el que siendo niño es además rey, no son las más adecuadas para ser en su día el rey pacífico, civil, humilde, sometido y hasta cachazudo que debe de ser un rey... como la reina de Inglaterra.

Por esta y otras muchas razones, que de tener espacio suficiente podríamos exponer, paréceme que el rey constitucional que los pueblos tienen derecho á pedir, para que no sea un obstáculo á la pacífica transformación de las instituciones políticas, debiera educarse, á ser posible, como se educan los hijos de las demás personas bien nacidas, y cuyos padres se preocupan seriamente de su educación. Mucho cariño en el hogar, mucha intimidad en la familia; que ni por un momento puede ocurrírsele al niño que es rey... como él puede concebir serlo, esto es, rey absoluto, á quien le están permitidos los abusos censurables de un Luis XIV, al tratar á sus súbditos, ó las libertades que suelen tomarse aun los reyes constitucionales no bien educados, que se permiten creer que con ellos no rezan las más elementales leyes del respeto debido á las personas en el trato social.

La afirmación que acabo de hacer de la necesidad de que el rey se eduque como cualquier hijo de familia honrada y culta, trae como consecuencia que el rey niño, y luego el joven, no debe ser educado en el aislamiento. Sobre ser una crueldad que no hay derecho á cometer ni con un rey, es de perniciosos resultados para la formación del carácter. El hombre, se dice constantemente, no ha nacido para vivir solo, ni puede formarse como la sociedad lo quiere, en el aislamiento, aunque sea relativo. Pues bien, esto pide que desde los primeros años el niño se relacione con los de su edad, y bajo el imperio de esa democracia *orgánica* que tan admirablemente entienden y practican los niños, forme su personalidad y se *pula*, perdiendo aquellas esquinas que acaso trae por la herencia el carácter, con el roce constante de sus semejantes.

No se me ocultan las gravísimas dificultades prácticas que

en países un tanto atrasados y *misoneístas*, se ofrecen para educar un rey de ese modo. Se concibe mejor en este punto la designación de un preceptor. No sobra éste, ó por lo menos no sobra la designación de una persona seria, honrada y muy culta, que sea como el director más inmediato del niño y del joven, sobre todo cuando el padre (1) ó no lo hay, ó aunque lo haya, no pueda ocuparse en esto. El que luego fué emperador de Alemania, Federico III, tuvo en tal concepto al célebre Ernesto Curtius. Pero desde luego se comprenderá que eso no basta, y aun cuando se ofrezcan todas las dificultades imaginables para humanizar al rey de modo que... vaya á la escuela, no tanto para aprender á leer y escribir, cuanto por las exigencias de carácter educativo ya indicadas, creo que deben vencerse hasta donde quepa.

Más es, no conceptúo esas dificultades insuperables, aun en esos países á que aludo, y eso que pudiera ocurrir que de tal modo anduviese en ellos la enseñanza primaria, que fuera gravísimo el problema de aconsejar á qué centros de educación debiera ir el rey niño. Unos, acaso no podrían recomendarse por malos, reconocidamente desde el punto de vista pedagógico; otros, los jesuitas, por ejemplo, porque sin ser buenos ni mucho menos para el caso, no sería prudente confiar en el desinterés con que una orden tan batalladora, educase al rey; otros, que quizá pudieran representar en esos países lo que ciertos centros educativos muy modestos representan en España: la reforma pedagógica desinteresada y el intento de formar una educación nacional, sería inútil elegirlos. Fuerzas insuperables, de esas que imperan y dominan por todos los medios imaginables en las sociedades, hipócritas y descreídas, se opondrían y vencerían de seguro.

Pero no sería necesario acudir á la escuela. Sería más fá-

---

(1) Cuando el padre puede y sabe, mejor él que nadie. El ejemplo del príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, educando á su hija la viuda hoy del emperador Federico III de Alemania, es digno de estudio.

cil y mejor hacer una escuela especial, á que el rey asistiese como uno de tantos niños.

Verdaderamente, si se tomaran las cosas con la seriedad que merecen, podría ser esta una de las obras de regeneración social más fundamentales que una dinastía intentase en un pueblo. Con los medios económicos de que un rey dispone, y con el cuidado y atención que la educación de un niño que debe ser rey pide, ¡qué escuela modelo más hermosa, más completa, más admirable, no podría hacerse! Además, no debe olvidarse que una de las leyes que rige más indefectiblemente la vida social, es la de la *imitación*, según demostró de modo cumplido M. Gabriel Tarde. Pues bien; esta imitación es más dominante y se impone de una manera más fija, cuando la invención es obra de la clase social más eminente. Calcúlense ahora los beneficios que mediante esa *imitación moda* no podría reportar á la vida social, una escuela del rey en la que se aplicaran los más recomendables y excelentes procedimientos pedagógicos.

#### IV

Si creo que la educación del rey debe revestir ese carácter cuando el rey es niño, si me parece natural que á este niño no se le debe, por ser rey, privar de la compañía de los demás niños, y que conviene á la formación plena y completa de sus facultades el roce social constante con sus iguales... en edad, ya se comprenderá cuál será mi opinión respecto de la educación del rey en cuanto empiece á dejar de ser niño. La vida exterior, de relación, el comercio con los jóvenes, es indispensable á los reyes como á todos los mortales.

Aquí ya podemos argumentar con ejemplos no sospechosos. En este punto, nada mejor que imitar hasta donde sea

posible, y con ciertas rectificaciones, las costumbres de los Hohenzollern. La educación de los dos últimos emperadores, Federico III y Guillermo II, es digna de ser conocida y es digna de ser adoptada en principio, para hacer que el niño que no debe saber casi que es rey, se forme como todo hombre, y en la vida común con los demás hombres de su edad y en el trato con los de su tiempo, llegue á vislumbrar y poco á poco á formar el cabal concepto del extraño y excepcional papel que el destino le reserva.

Ya queda dicho que Federico III tuvo por director de sus estudios y educación al profesor Ernesto Curtius. Pues bien, este noble cuan desgraciado príncipe, aprendió el oficio de ebanista, porque es principio consagrado entre los Hohenzollern, que todos deben aprender un oficio con el cual pueda un hombre, en todo evento, ganarse honradamente la vida. Por fin, el citado Federico fué estudiante en Bonn durante algunos años.

El hijo de este emperador, hoy Guillermo II, que también hizo sus pinitos infantiles en la milicia, tuvo por preceptor á Hinzpeter, hombre culto y de espíritu abierto y serio. En 1874, esto es, á los quince años de edad, después de sufrir el examen correspondiente, ingresó en el *Lyceum Fridericianum* de Cassel, en compañía de su hermano Enrique. Conviene citar, á título de documento curioso y muy para tenido en cuenta en estos países que se creen democráticos, la comunicación dirigida por el director del gimnasio de Cassel al entonces Kronprinz: «esperaba, decía dicho señor, que los dos futuros discípulos se someterían á los mismos deberes que los demás escolares, respetando como ellos la disciplina, supuesto que él (el director) no podía hacer distinción alguna entre discípulo y discípulo». El futuro emperador parece ser que fué un estudiante bastante aplicado, desempeñando bien su obligación. Cuando sufrió el examen de salida, tres años después, ocupó tan sólo el número *diez y siete*, recibiendo en cambio una de las tres medallas destinadas á los tres alumnos más distinguidos

en... *Retórica*. El porvenir ha venido á confirmar la justicia de la adjudicación de este premio; porque el alumno de Cassel resultó, en efecto, bastante *retórico*, como emperador aficionado á hacer discursos. Poco después de salir del Liceo indicado, Guillermo pasó á la Universidad de Bonn, en donde siguió sus cursos bajo la dirección de los grandes maestros de aquella célebre escuela, y en relación con los demás estudiantes, de Filosofía, Física, Química, Historia, Literatura, Arte, Derecho Romano, Derecho Público, Economía y Hacienda Pública. Y no sólo esto: para iniciarse en la administración civil, el futuro emperador de Alemania trabajó durante un invierno al lado del presidente de la provincia de Brandeburgo. Allí estudió los asuntos municipales y provinciales, asistió á las sesiones de la Dieta del círculo y de la provincial, completando luego su preparación, pasando otro año en los ministerios y siguiendo un curso especial de ciencias políticas.

## V

He dicho que se debe aceptar esta manera de preparar los futuros reyes que los Hohenzollern usan con las oportunas rectificaciones. La principal de éstas va implícita en cuanto queda expuesto acerca de la infancia del príncipe y de su alejamiento necesario de la vida militar; de ella resultan las demás.

En efecto, esos príncipes alemanes que ganan premios de retórica y traducen á Horacio, que son admitidos con la señalada advertencia en un Liceo y hacen vida de estudiantes en Bonn, han pasado su infancia en un medio nocivo é impropio, bastante adecuado para hacer acaso ineficaz en parte, el influjo del Liceo y de la Universidad. Puede ocurrir sin duda que el

temperamento suave y honrado, pacífico y filósofo, hagan que el príncipe, á pesar de haber sido oficial á los diez años, resulte un emperador, como si no hubiese muerto lo hubiera sido Federico III, sobre todo cuando el azar de la vida le depara una amistad como la del príncipe Alberto y una esposa del temple de la princesa Victoria; pero es esto excepcional: lo natural es que el niño, convencido de su superioridad natural, obre y viva como dicen que vivía y obraba el alumno del liceo de Cassel, luego estudiante en Bonn. ¿Quién, por lo demás, podrá sostener que el emperador Guillermo II sea el prototipo del rey, no ya parlamentario, sino meramente constitucional?

Es preciso decirlo muy claro. La educación del rey, que en su infancia no debe advertir que lo es, debe completarse de la manera que lo hacen los príncipes alemanes, yendo á vivir la vida misma que vive la juventud de la patria, haciendo lo que ella hace, sintiendo como ella siente, apreciando sus cualidades y defectos, enterándose de lo que es la vida nacional fuera de los elevados muros de su palacio, y sin el espectáculo casi diario de los espinazos que se arquean y de las sonrisas que piden la misericordia de una mirada.

¡Ah! ¡Qué distinta sería quizá la suerte política de los pueblos á quienes una tradición impone una monarquía, si el rey pudiera serlo de modo que apenas se notara! Porque todo el *quid* de esa educación que debe recibir un monarca está ahí. Ser rey haciéndose acreedor á ello por sus virtudes personales, por la seriedad y honradez de su vida, el amor al pueblo, el empuje y el aliento en el desempeño de su cargo. Un rey que, en su infancia, recibiera el influjo bienhechor del roce con los niños, que tratase á todo el mundo de igual á igual; un rey que pasara luego su juventud en medio de los jóvenes de su edad y de todas las condiciones sociales en un instituto adecuado, que asistiera luego en una universidad ó en varias á sus cátedras, viendo en ellas cómo las desigualdades humanas no son siempre cosa del nacimiento, sino obra del

mérito personal y resultado del trabajo; un rey que estudiase su oficio, que viajara mucho, hasta por los países donde sin reyes viven las gentes honrada y pacíficamente...; un rey así podría ser, ante todo, un buen ciudadano que llevara en el alma la íntima convicción de que sus elevadas funciones, aun cuando llegaron á él por obra y milagro de la herencia, son funciones que deben desempeñarse en bien de la sociedad ó del Estado, á quien, en definitiva, corresponde disponer de ellas.

Por otra parte, rey de condiciones tales no tendría motivos racionales para abrigar el temor de figurar un día en cualquier novela como la célebre y conocidísima del ilustre escritor A. Daudet.

ADOLFO POSADA.

*Prof. de Derecho político en la Universidad de Oviedo.*

# LO VERDE

---

Á D. AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

**M**uy amigo y dueño mío:  
En la *Noticia del precioso códice de la Biblioteca Colombina* que, gracias á la diligencia y erudición de Vm., podemos saborear en letras de molde, estampa Vm. el siguiente axioma:

En la novedad y encanto al describir galas, vestidos..., sitios y lugares... nadie aventajó á Cervantes...

Estas palabras de su buen escrito de Vm. engendraron la presente mala epístola; ellas llamaron é hicieron fijar mi atención en una pequeñez: en la marcada predilección de Cervantes al color VERDE. Vamos por partes, á modo de alegato forense, que Vm. será bueno bastante para no llevar á mal estos verdinegros y avinagrados renglones.

## I

*Gratiam, et speciem desiderabit oculos tuus,  
et super haec VIRIDES sationes. — (Ecclesiasticus, cap. XL, vers. 22.)*

Empezando por el *Viaje del Parnaso*, hallamos lo siguiente:

Azules visos por el *verde llano*  
.....  
Del siempre *verde lauro* una corona  
.....

A la sombra de un mirto al *verde* amparo  
 .....  
 Pues en las *verdes* hojas de sus días  
 .....  
 De *verde*, azul y plata era el vestido  
 .....  
 De raro ingenio, en *verdes* años cano  
 .....  
 Campean juntas por el *verde* prado  
 .....  
 Del árbol siempre *verde* coronadas, etc.  
 .....

Pasemos á las *Novelas ejemplares* y á los *Entremeses*.

El vestido de la cautiva era una almalafa de raso *verde*  
 (*Amante liberal.*)

Traía Rinconete montera *verde*, de cazador. La Graciosa  
 empezó á cantar diciendo:

Por un morenico de color *verde*,  
 ¿Cuál es la fogosa que no se pierde?

(*Rinconete y Cortadillo.*)

Vistieron á Isabela con una saya entera de raso *verde* acu-  
 chillada. (*Española inglesa.*)

Los ojos son *verdes*, que no parece sino que son esmeral-  
 das. (*Celoso extremeño.*)

Las secas arenas de Zahara le parecían á Carriazo más  
 frescas y *verdes* que los campos elíseos.

El vestido de Constanza era una saya y corpiños de paño  
*verde*, con unos ribetes del mismo paño. (*Ilustre fregona.*)

El de Marco Antonio era también *verde*, con un sombrero  
 de la misma color, que resultaba muy bizarro. Aquel de lo  
*verde* es Marco Antonio, dijo Leocadia; porque él era (pro-  
 sigue Cervantes) el mancebo de lo *verde* que se ha dicho.  
 (*Dos doncellas.*)

Vestía Doña Clementa Bueso de raso *verde*, prensado...,  
 capotillo de lo mismo..., sombrero con plumas *verdes*, blan-  
 cas y encarnadas. (*Casamiento engañoso.*)

Siempre quedaba como un jinjo *verde*. (*Rufián viudo*.)

El mozo vestía una ropa *verde*, como estos que piden limosna para alguna imagen. (*La Guarda cuidadosa*.)

Es *verde* como un jinjo. (*El Viejo celoso*.)

De *verdes* santos hay una espesura.

Dejarme á mí con mis ojos azules ó *verdes*. (*Hospital de los podridos*.)—(En esta pieza es *Villaverde* el nombre de uno de los interlocutores.)

Todas las citas de la *Galatea* y del *Persiles*, análogas á las anteriores, ocuparían muchos pliegos. Tomaré algunas al azar de cada una de dichas obras.

#### *Galatea*.—

Los ojos de Silveria eran *verdes*.

La plaza parecía una *verde* floresta.

Al pie de un *verde* sauce estaba una pastora, y sus cabellos cogidos con una *verde* guirnalda.

En pocos renglones hallamos á la tierra vestida de mil *verdes* ornamentos; los laureles *verdes* y los acopados mirtos; los *verdes* y apacibles collados de la ribera del famoso Tajo, y los frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas corriendo por entre la *verde* y menuda hierba.

De *verde* y delicado cendal vestía la ninfa; en la cabeza una guirnalda de *verde* laurel, y en la mano el ramo de *verde* y pacífica oliva, etc., etc.

#### *Persiles*.—

*Verdes* y hojosos árboles.

Tálamo cubierto de *verde* juncia.

Palio de tafetán *verde*.

Periandro llevaba casaca y calzones de terciopelo *verde*.

Los *verdes* é infinitos árboles de Aranjuez eran tan *verdes*, que les hacían parecer de finisimas esmeraldas.

*Verdes* y crecidos juncos, etc., etc.

Salgamos, amigo mío, del desierto y caluroso arenal para

entrar en el prado cubierto de *verde* y menuda hierba; cambiemos la galera de rechinantes ruedas por el blando coche del ferrocarril; dejemos el vino de *Moguer* para saborear el delicioso néctar jerezano; entremos, en fin, en el *real y suntuoso palacio* del *Quijote*. (Yo tengo por cierto que si Cervantes no hubiese escrito este libro, la fama y renombre del Manco de Lepanto correría parejas con la que hoy goza Cristóbal de Acosta, por ejemplo, por su *Tratado en loor de las mujeres*.)

En el discurso de la edad de oro se mencionan los *verdes* lampazos.

Terminada la aventura de los encamisados, se tendieron Don Quijote y Sancho sobre la *verde* hierba, y á los pocos renglones se repite que dicha hierba era *verde* y menuda.

Antes de la jamás vista aventura de los batanes, aconsejó Sancho á su amo que durmiese un poco sobre la *verde* hierba.

Cardenio, para referir su historia, llevó á sus oyentes á un *verde* pradecillo.

El sitio escogido por el de la Triste Figura para hacer su penitencia, fué un prado tan *verde* y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban.

Arboles, hierbas y plantas  
Que en aqueste sitio estáis,  
Tan altos, *verdes* y tantas,  
Si de mi mal no os holgáis,  
Escuchad mis quejas santas,

decía Don Quijote en aquellos versos acomodados á su tristeza, que se pudieron hallar enteros y leer.

El lugar de descanso, cuando llevaban encantado á Don Quijote, era *verde* y apacible, y su frescura convidaba á quererla gozar; formaron mesa de una alfombra y de la *verde* hierba del prado.

Recordando Don Quijote á Sancho los versos de Garcilaso, dice que las ninfas del Tajo se sentaron en el *verde* prado

á labrar las ricas telas (*verdes* también por cierto) que el poeta describe en una de sus églogas.

Para celebrar las bodas de Camacho se había enramado el sitio de tal suerte, que el sol se había de ver en trabajo para visitar las hierbas *verdes* de que estaba cubierto el suelo.

Tendida la arpillera del primo sobre la *verde* hierba, mendaron y cenaron Don Quijote y sus compañeros á la salida de la cueva de Montesinos.

Los cuatro salvajes que traían á Clavileño venían cubiertos de *verde* hiedra, y de *verde* laurel eran las guirnaldas de las doncellas que en el *verde* prado formaban la nueva y pastoril Arcadia.

Al encomiar Don Quijote las aventuras y escenas caballescascas, habla de la satisfacción que causa una apacible floresta de *verdes* y frondosos árboles, que alegran la vista con su *verdura*.

Poco antes del encuentro con el carro de las Cortes de la Muerte, soltó Don Quijote las riendas de Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, se detenía á cada paso á pacer la *verde* hierba de que aquellos campos abundaban.

Acabada la famosa aventura del barco encantado, tendió Don Quijote la vista por un *verde* prado, y vió á unas gentes que, llegándose cerca, conoció que eran cazadores de alta-nería.

Partes son esas (dijo el escudero del de los Espejos hablando de la hija de Sancho Panza) no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del *verde* bosque.

Los que llevaban las imágenes de relieve y entalladura, comían, tendidas sus capas, sobre la hierba de un pradillo *verde*.

Después de atropellado Don Quijote por los toros, le aconseja Sancho que coma y duerma un poco sobre los colchones *verdes* de las hierbas.

Sancho y Tosilos se sentaron á comer sobre la hierba *verde*, y allí despabilaron el repuesto de las alforjas.

Hidalgo y escudero, yendo camino de su aldea, se tendieron sobre la *verde* hierba y cenaron del repuesto de Sancho.

Por estas citas notará Vm., no sólo la preferencia de Cervantes para calificar á la hierba con el adjetivo *verde*, olvidando los de frondosa, amena, suave, fresca, lozana, etc., sino también su tacto de gastrónomo para realzar esas frugales comidas, á las que sirven de mesa el rico manto que cubre á la tierra, y de *irritamenta gulae* el apetito de los convidados.

Pasemos á los vestidos. Tengo observado que desde el lienzo de las *Bodas de Caná* (para mi gusto el rey de los cuadros) hasta la pintura del más desdichado Orbaneja, los vestidos de color *verde* han repugnado á los pintores. Por cada veinte ropajes azules, rojos ó purpúreos, apenas hallará Vm. uno *verde*. Nuestro Cervantes, que pintaba con la pluma, no creo que faltó á las conveniencias establecidas por la gente de pincel, y aunque el refrán confirma que

Quien se viste de *verde*,  
A su hermosura se atreve,

este no fué obstáculo para que en la singular paleta del autor del *Quijote* se mezclasen frecuentemente el *azul* con el *amarillo*. Prueba al canto:

El vestido que la ventera puso al cura tenía unos corpiños de terciopelo *verde*.

Dorotea sacó de su almohada una mantellina de vistosa tela *verde*, y se adornó de manera que una rica y gran señora parecía.

Cuando el cura y el barbero visitaron á Don Quijote, lo hallaron sentado en la cama y vestida una almilla de bayeta *verde*.

Las hermosísimas doncellas que danzaron en las bodas de Camacho iban vestidas todas de palmilla *verde*; de cáñamo teñido de dicho color, y de hiedra, se cubrían los salvajes que tiraban del castillo Buen Recato, y la palmilla *verde* de Cuen-

ca, con que debió vestirse Quiteria, fué terciopelo de treinta pelos. (Parece que, en opinión de Panza, la palmilla *verde* de Cuenca era la de más mérito; el *Diccionario de la lengua castellana* asegura que la mejor era la azul.) Sancho juró que la novia resultaba ser una chapada moza, y que podía pasar por los bancos de Flandes.

Montesinos ceñía sus hombros y pecho con una beca de colegial, de raso *verde*.

Maese Pedro, el titiritero, traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán *verde*.

Sobre una hacanea blanquísima, adornada de guarniciones *verdes*, se presentó la Duquesa asimismo vestida de *verde* tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella.

Dos monteras usó Don Quijote en el palacio de los Duques: de raso la una y de terciopelo la otra, pero ambas de color *verde*.

El vestido de monte para Sancho era *verde*, de finísimo paño. Ahí te envío—le decía á su mujer Teresa, en carta de 20 de Julio de 1614—un vestido *verde*, de cazador, que me dió mi señora la Duquesa; acomódale de modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija.

(Que no fué arbitraria la elección del *verde* para el vestido de cazador, lo justifica Fernández de Oviedo en su *Libro de la Cámara Real*, al mencionar repetidamente las piezas de buen paño *verde* para capuces, tabardos y libreas de los cazadores.)

Al hallarse Sancho enganchado en la encina, gritando y pidiendo socorro, repite Cervantes que el *verde* sayo se le rasgaba.

Cuando se le soltaron á Don Quijote las dos docenas de puntos de una media, afligióse en extremo, y diera él una onza de plata por tener allí un adarme de seda *verde*; digo seda *verde*, porque las medias eran *verdes*. (Tres veces en dos renglones se escribe el adjetivo del color, y entiendo que con una *bastaba*.)

Aquella moza de diez y seis años que halló Sancho cuando rondaba la ínsula, y que pareció bien á todos, llevaba recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda *verde*, y vestía gregüescos y ropilla también *verdes*, de tela de oro.

Claudia Jerónima, la que admiró Roque Guinart por la gallardía, bizarría y buen talle, traía toda su ropa de damasco *verde* con pasamanos de oro.

Otra prueba de la marcada predilección de nuestro escritor al abundoso color de las hierbas es la siguiente: He considerado siempre que la figura más hidalga, más noble y más digna del *Quijote*, es la del galán de rostro aguileño y vista entre alegre y grave; la de aquel caballero que en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Don Diego de Miranda y su familia fueron las únicas personas de la novela que desinteresadamente atendieron, obsequiaron y regalaron al Caballero de los Leones; ni á D. Diego ni á los de su casa les ocurrió siquiera, como á Vivaldo, á los Duques ó á D. Antonio Moreno, holgarse y divertirse (ni aun á lo honesto y afable) sacando á plaza las locuras de un miserable. Hasta los que una sola vez han leído la célebre novela, saben que el de Miranda venía caballero sobre una hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino *verde*, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de leonado y *verde*; y traía un alfanje morisco, pendiente de un ancho tahalí de *verde* y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz *verde*, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fuesen de oro puro. ¿Será necedad presumir que Cervantes empapó en el color de toda su afición á la persona más distinguida de su gran libro? ¿Será debilidad de juicio deducir del barniz de las espuelas que en ciertas ocasiones el *Soldado de Lepanto* colocaba el oro por debajo del espléndido color de los árboles y de las hierbas?—Hasta el nombre de—Caballero del *Verde*

Gabán—dado al discreto manchego, forma en mi entender la síntesis de cuanto llevo apuntado en la presente carta. Y aun cuando ella sea formada con puros disparates, la paciencia de Vm. no se agotará porque yo prosiga en mi sendero. Paciencia y leer.

Dirá Vm. (y dirá muy bien) que nada hay de extraño, ni de raro, ni de nuevo, en llamar *verdes* á los árboles y prados, y que si muchos personajes del *Quijote* aparecen vestidos de *verde*, otros se hallan con ropas azules, negras, purpúreas ó leonadas. Es verdad; pero también tengo por cierto que en mil ocasiones en que ni era preciso ni se hubiera reparado siquiera la falta de designación de la tintura, Cervantes aplica la *verde*: cuando se ve obligado á señalar varios matices, comienza su relación por el de la cruz de Alcántara; parece que en su memoria y en su pluma iba siempre el sinople á la vanguardia.

¿De qué color eran las cintas que sujetaban con ñudos la celada del Hidalgo Manchego, y que en ninguna manera quiso él consentir que se cortaran? *Verdes*. ¿De qué color era la seda con que los hidalgos escuderiles tomaban los puntos de sus medias negras? *Verdes*.

La gran cantidad de plumas que volaban sobre la celada del Caballero de los Espejos eran *verdes*, amarillas y blancas.

¿De qué lienzo era el portamanteo de Corchuelo? De bocací *verde*.

¿Cuántos y de qué color serían los perros que había de parir la perrilla de falda de aquella dama que consultó al señor judicial? Tres: el uno *verde*, el otro encarnado y el otro de mezcla.

¿De qué esmaltes eran las armas del siempre vencedor y jamás vencido D. Timonel de Carcajona, príncipe de Nueva Vizcaya? Azules, *verdes*, blancos y amarillos.

¿Cómo juzgaba Don Quijote que debían ser los ojos de Dulcinea? De *verdes* esmeraldas.

Hallóse Don Quijote enredado entre unas redes de hilo

*verde*.... Pues si como son hechas de hilo *verde* fueran de durísimos diamantes.... (Este segundo *verde* bien se pudiera excusar.)

Aunque tonto, eres *verídico*, dijo Don Quijote. No soy *verde*, sino moreno, replicó Sancho.

Cuáles fueron los colores con que Sancho pintó á las Siete Cabrillas? Dos *verdes*, dos encarnadas, dos azules y una de mezcla.

¿De dónde pendía aquel pergamino liso y blanco, escrito con grandes letras de oro, que apareció después de la aventura de Clavileño? De dos cordones de seda *verde*; etc., etc.

## II

Yo no conozco ni á fondo ni á superficie la literatura española. Ignoro, por consiguiente, si los escritores contemporáneos de Cervantes *verdeaban* sus obras del modo que lo hacía el autor del *Quijote*. Entre los libros que de épocas anteriores ó posteriores he tenido á la mano, uno ha sido el *Gil Blas de Santillana*, que como Vm. sabe, apenas se fija en los colores de las vestimentas. El vanidoso *D. Diego Duque de Estrada*, á pesar de su prolijidad en la descripción de trajes y de su elegancia en el vestir, nunca, si no me equivoco, se cubrió de *verde*. Ni en *Barrantes Maldonado*, ni en las *Reinas Católicas*, encuentro libreas ó ropillas de color de esmeralda. La crónica de *Miguel Lucas de Iranzo* dice sólo (en medio de tanta reseña de lujosos arreos) que cierta escuadra de máscaras vestía de *paño fino MUY MUCHO MENOS QUE VERDE*. Parece que apunta con miedo el color, á semejanza de aquel gallego que creyendo pagar menos portazgo, contestó cuando le preguntaron su nombre, que *apenas se llamaba Pedru*. En los libros

que señalo y en algunos otros he notado muchas ropillas, jubones, gregüescos, mantos, calzas y tabardos, blancos, amarillos, noguerados, purpúreos, carmesíes, azules, negros, etc. El *verde* siempre en carencia absoluta ó en notable poquedad.

A la vista tengo las cartas de dote (Medina Sidonia, 1573-1606) de las hidalgas y ricas damas Doña Catalina de la Serna y Doña María Arroyo Sidón, en las cuales consta que entre las preseas que llevaron á sus matrimonios se contaban sayas, corpiños, jubones y almohadas de raso y de terciopelo *verde*. ¿Sería el color de moda en los tiempos de Cervantes?

Caso afirmativo, sospecho que tal tintura no pasó á los vestidos del sexo masculino. Por eso es de notar que el *Quijote* nos pinte mujeres equipadas de *verde* con ropas propias de hombre, como habrá Vm. reparado en los disfraces de las hijas de Simón Forte y de Pedro Pérez Mazorca.

Sea de esto lo que quiera, tengo por casi seguro que, á pesar de ser el *verde* color propio de gente culta y civilizada (pues el rojo y el amarillo son los que más cautivan á los salvajes y al vulgo), su uso se halla en relativa escasez, comparado con cada uno de los restantes que produce el espectro solar.

En las armerías es raro el campo *verde*; apenas se hallará en el blasón de alguna casa reinante de Europa. Los mismos vegetales se representan comúnmente en metal y no en sinople. *Cardos* de oro en gules, ó *laureles* de plata en sable, son signos harto comunes en heráldica.

El *verde*, aplicado á las persianas, celosías, cortinas, vidrios de espejuelos, paños de billar, tapetes de juego, etc., se funda únicamente en una razón de óptica ó en el fin de hacer inofensiva la intensidad de la luz. Aplicado á las condecoraciones, garnachas, banderas, faros, billetes de banco, láminas de deudas, sellos de correo y cosas análogas, sirve sólo, por su contraste con los demás colores, para apreciar al primer golpe de vista la categoría, profesión, nacionalidad, seña, valor, etc., de la persona ú objeto.

Creo que el que en España usaba la Inquisición era el *verde*, y en tono de burla la llamaban Vms. *Señora de la vela verde*.

Oficialmente tienen los ingleses el *Green-Wax*, el cual nombre (por el color del sello) dan á las sentencias remitidas por el Exchequer á los sheriffs, y *Green-Cloth* (por ser *verde* el tapete de la mesa) nombran al tribunal que, según entiendo, corresponde al llamado *Bureo* en España.

En los curiosos *Recuerdos marroquíes* de D. José María de Murga (Bilbao, 1868), se consigna que el *verde* es sagrado en los países mahometanos, y que solamente pueden usarlo los descendientes del Profeta.

La Iglesia católica, exceptuando los sombreros de los Obispos y las borlas de algunas dignidades, ha sido poco partidaria del *verde*: sólo tres ó cuatro veces al año puede vestir de dicho color. Los tratados de química aplicada á las artes vituperan los dulces, los sobres de cartas y aun la aplicación á la boca de los objetos teñidos con *verde*.

### III

Existe, pues, una especie de repulsión al color que nos ocupa, y á pesar de eso Cervantes lo prefería á otros colores.

¿En qué se fundaba este amor? Si el cautivo de Argel hubiese picado de linajudo ó de aristócrata, pudiera quizá decirse que así como éstos dan á sus coches, libreas y reposteros el color de su escudo, Cervantes daba á sus preseas literarias los esmaltes de su propio blasón.

DOS CIERVAS DE ORO EN SINOPLE señalan al apellido *Cervantes* los más afamados heráldicos.

Permitame Vm. algunas indicaciones sobre el *oro*, aunque ellas no sirvan más que para dorar un poco el verdor de la presente pildora.

En la *Adjunta al Parnaso* permite Apolo que todo buen poeta pueda disponer de los rayos del sol para trasladarlos y aplicarlos á los cabellos de su dama. — ¿Se aprovechó Cervantes de esta licencia? — Veámoslo.

Los cabellos y el lunar de Dulcinea eran como hebras de *oro*.

A los luengos y *rubios* de Dorotea pudieran los del sol tenerles envidia.

Aventajaba á todos los adornos de Luscinda la belleza singular de sus hermosos y *rubios* cabellos.

Los de Quiteria fueron los más luengos y *rubios* que Sancho Panza había visto en toda su vida.

La mal ferida Altisidora dijo en su canto:

Ni soy renca ni soy coja,  
Ni tengo nada de manca;  
Los cabellos como el *oro*,  
Que, en pie, por el suelo arrastran.

Por hebras de lucidísimo *oro* de Arabia marcó Don Quijote las crines de Maritornes.

Las doncellas de las bodas de Camacho y las de la pastorel Arcadia tenían todas cabellos tan *rubios*, que podían competir con los del sol.

Los del hijo de Pedro Pérez Mazonca eran rizados como sortijas de *oro*.

Del dicho color eran los de Leonisa. (*Amante liberal.*)

Luengos y no demasíadamente *rubios* los de Leocadia. (*Fuerza de la sangre.*)

Constanza traía trenzados los cabellos... su color salía de castaño y tocaba en *rubio*, pero tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de *oro*, se le pudiera comparar. (*Ilustre fregona.*)

*Rubios*, y crespos por artificio, teníanlos la garrida Esperanza. (*Tía fingida*.) Etc., etc., etc.

Creo que entre las mujeres descritas por Cervantes, honestas ó livianas, discretas ó ridículas, no hay ninguna con cabellos negros. — De las del *Quijote*, al menos, casi puedo asegurarlo; y si no me engaña la memoria, sólo los bigotes del Ingenioso Hidalgo y las barbas de Amadís de Gaula eran de color de azabache.—El mismo Miguel, al darnos las señas de su persona, consigna que eran *castaños* sus cabellos y de *oro* sus barbas.

¿Por qué le gustaban las RUBIAS al Manco de Lepanto?

¡Toma! (me respondió un andaluz) le gustaban porque... le gustaban.

Si á mí me demandan la razón de agradarle lo VERDE, contestaré que le agradaba porque... le agradaba.

Me dirá Vm. que esta es una respuesta, pero que no es una razón. Muy cierto, Sr. D. Aureliano; y allá va una, aunque Vm. la califique de las llamadas de *pie de banco*.

«Cervantes, ha dicho Vm. (*Datos nuevos para ilustrar el Quijote*), se inspiraba en el sublime espectáculo de la naturaleza... dibujaba como Rafael y pintaba como Velázquez...» ¿Podría agregarse que gustaba más del *campo* que del *palacio*? ¿Será absurdo estampar que su pluma corría más gustosa, y que su imaginación le llevaba, sin él sentirlo quizá, á describir con fruición valles, montes, prados y campiñas de esmeralda, más bien que alcázares revestidos con púrpura ó con mármol? ¿Es dislate suponer que el padre de *Don Quijote* colocó en más ocasiones las escenas y aventuras descritas en sus libros, debajo de la bóveda formada por Dios que debajo del techo construido por los albañiles?

Si el cautivo de Argel estudiaba un día y otro día, una vez y otra vez la obra del Creador, ¿qué tiene de raro que llegase á adorar y á empaparse en la esplendente luz del sol y en el dulce, armónico y variadísimo color con que la tierra se cubre y se engalana?

He leído, no sé dónde ni cuándo, que un célebre pintor contemporáneo, creo que francés, decía en tono de amarga queja:

¡Dios mío! ¿por qué pusiste tanto *verde* en tu paleta?

Figúrome que Cervantes exclamaría muchas veces en tono de elogio:

¡Gran Dios! ¡Cuán bello, hermoso y apacible es el *verde* con que has revestido á la tierra!

#### IV

Ni en la *Gitanilla*, ni en el *Licenciado Vidriera*, ni en el *Coloquio de los perros*, ni en el *Vizcaíno fingido*, ni en otras composiciones de Cervantes, se mienta el *verde*. Las comedias no las he leído jamás.

En las bellas églogas de Garcilaso se prodiga, y con justicia, el dicho color.

¿Deduciremos de aquí, por ejemplo, que estas poesías SON y aquellas obras NO SON hijas del Príncipe de los ingenios? Nada menos que eso: no estoy tan dejado de la mano de Dios.

Creo, sí, que la observacioncilla que indico en la presente carta puede ser (y lo pregunto á Vm. para saberlo) un dato, un indicio, una luz triste y miserable que aplicar á *aquellas obras descarriadas, sin nombre de su dueño*: cuando Vms. los peritos las juzguen y califiquen, poniéndoles con justicia el *Cervantes fecit*, dejen Vms. que pobres peleles como yo, cubiertos los ojos con espejuelos verdes, hagamos un mecánico examen, v. gr., sobre la *Carta á D. Diego de Astudillo, dando cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarache*.

Dícese allí que los barcos iban adornados con *verdes* ramos de juncia.

Que eran *verdes* los mirabeles.

Que las hojas de caña y de hiedra estaban tan *verdes*, que parecía no haberse quitado de su tronco.

En la canción al invierno se apunta que éste

A los árboles *verdes* del verano,  
Como cruel tirano,  
De escarcha viste; y los desnuda de hojas.

Poco más adelante hallamos aquellos dos caballeros con armas *verdes*, calzas *verdes*, celadas *verdes* y vistosos penachos de *verde* albahaca, con su correspondiente letra, que decía:

Vamos vestidos de *verde*  
Por mostrar nuestra esperanza;  
Que quien no espera, no alcanza.

Y para completar la descripción, y para que se viese que en el talento de Cervantes no cabía aquello de que—pasión quita conocimiento—quiso nuestro escritor significar, con tanto chiste como talento, esa parte ridícula que se atribuye el matiz que nos ocupa. Por eso tal vez, y por requerirlo la índole de la epístola, añadía:

Sobra el *verde* en el vestido,  
Porque jamás le *comemos*;  
Que para *dar* le traemos.

.....

Agradézanme, señores,  
El cuidado que he tenido,  
Pues *verde* les he traído.

.....

De la *comida* he ahorrado  
El *verde* que hoy he sacado.

.....

No me aprovecharon,  
Madre, las hierbas;  
Pues saliendo de *verde*,  
*No engordé* en ellas.

.....

## V

Don Nicolás Antonio apunta que el médico portugués Fernando Cardoso escribió un libro con el título de *Panegírico del color verde*, impreso en Madrid en 1635.

Veintiún años después de muerto Cervantes, publicaba un folleto de treinta y cinco hojas en octavo el capitán Manuel Fernández de Villarreal, dirigido á la divina Celia é intitulado *Color Verde* (Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1637): era respuesta á otro discurso del *Color Azul*, que acaba de escribir el doctor Fernando Alvarez Brandón, letrado famoso y agudo ingenio lusitano.

*El Libro á la moda, traducido del francés al castellano* (Madrid, 1785) que se halla impreso con tinta verde, asegura que «entre los siete colores primitivos de que habla Newton, ninguno es más agradable á la vista que el verde. Por esta razón vemos que la providencia se complació en distribuirlo por toda la tierra, de suerte que los árboles y prados no tienen otros matices. La primavera... no nos encanta tanto sino porque hace reverdecer los campos...»

Lo mismo debía entender George Field, cuando dijo en su *Grammar of Coloring* que «of all compound colors, green is the most effective, distinct and striking affecting the mind with surprise and delight... It has, accordingly, been adopted with perfect wisdom in nature as the general garb of the vegetal creation».

Manuel de Faria y Souza, el insigne comentador de Camöens, que fué aprobante de la citada obrita del capitán Fernández de Villarreal, y que ya había discurrido en sus *Comentarios* sobre la significación de los colores (*Lusiadas*, canto IV, estrofa 23, columna 273), dice «ser propio de la

gente militar el vestirse de colores varios, y no servir en los soldados y amantes solamente de galas, mas también de imágenes de pensamientos amorosos, ó militares ó devotos. Muchos de los antiguos, cuando salían en campaña militarmente, se vestía cada uno del color de aquel dios á que era más aficionado; y en lo moderno el color de los hábitos de unas y otras órdenes se eligieron por sus significados. Hoy casi todos, galanes y soldados, hacen esta devoción y estas aplicaciones á sus damas, vistiéndose de los colores que ellas más estiman ó que más pueden significar su intentos. El *blanco* significa pureza, fe y triunfo; el *rojo*, ira, crueldad y venganza; el *VERDE*, *festejo*, *alegría* y *esperanza*».

El motivo de que represente á la *esperanza*, lo explica Lodovico Dolce en su *Dialogo dei Colori* (Venecia, 1565) manifestando «che'l *verde* si possa piu propriamente attribuire alla *speranza*: percioche, quando si vede la terra coprirsi di *verde* herbe, é gli Albori adornarsi di *verdi* frondi, senza alcun dubbio allora si prende ferma *speranza* di douere hauer ei frutti della terra.»

He aquí, pues, cómo no se ha de creer indiferente el color verde para Cervantes, para el escritor *alegre*, para el *regocijo* de las musas, que tuvo la *esperanza* segura de que á su mérito haría justicia la posteridad, ya que no sus contemporáneos.

Basta de carta, que ha salido larga como una cuaresma. Dentro de poco tiempo marcharé á Wurtzbourg, pues la libertad que hay en su tierra de Vm. está tan *verde*... que para mi paladar amarga. Celebraré que *madure* pronto, como yo deseo, y mientras tanto pide á Dios que conserve la vida de Vm. por dilatados años su obediente amigo, q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

# LAS CINCO CARTAS AMATORIAS

DE LA MONJA PORTUGUESA

MARIANA ALCOFURADO

---

**E**l discurso leído en la Real Academia de la Lengua Española por el Excmo. Sr. D. Francisco Silvela contestando al de recepción del Sr. Liniers, ha venido á dar actualidad á las cartas amatorias dirigidas por la Monja portuguesa al conde de Chamilly, capitán del ejército francés.

En LA ESPAÑA MODERNA del mes de Junio de 1889 vió la luz un largo estudio de la Sra. Pardo Bazán acerca de ellas y de su autora. Allí encontrará el lector noticias que ahora no publicamos por no incurrir en repeticiones enojosas y porque habiendo sido aquel artículo uno de los que más éxito han obtenido entre los muchos publicados por nosotros, muy traducido y elogiado en lenguas extranjeras, creemos que nada agradecerán nuestros lectores tanto como remitir á él á los que no lo conozcan y ahorrar á los que lo tengan presente el enojo de nuevos informes

sobre un asunto amplia, docta y amenamente tratado por aquella pluma.

He aquí las cartas:

## I

Considera, amor mío, cuán excesivamente descuidado fuiste.

¡Ay sin ventura de ti! Traicionáronte fementidas esperanzas, y con ellas me engañaste.

Una pasión en que cifrabas tantos deleitosos proyectos, sólo puede darte ahora una mortal desesperación, apenas comparable á la crueldad de aquesta ausencia.

Y este destierro, para el cual toda la fuerza de mi dolor no halla un nombre asaz funesto, ¿ha de privarme para siempre de embebecerme en esos ojos donde tanto amor veía y que me hicieron conocer arrobos que me henchían de contentamiento, que eran todo para mí, que, en una palabra, abastaban á mi vida?

Perdieron mis ojos en los tuyos la única luz que los animaba. Lágrimas no más les quedan, ni otro empleo les tengo dado sino el de llorar de continuo desde que supe cómo estabas resuelto á un apartamiento, para mí tan insoportable, que pronto me hará morir.

Y, con todo, paréceme que tengo un no sé qué de enamorado apego á las tristezas de las cuales tú solo eres la causa.

Te consagré la vida desde que en ti se posaron mis ojos, y siento en sacrificártela un místico placer. ❀

Mil veces al día van á ti mis cansados suspiros, y no me traen los tristes otro alivio á tantas tribulaciones sino el aviso crudamente sincero de mi desventura, que no me deja alentar esperanza, y á cada instante me repite: «¡Deja, deja de consumirte en vano, infeliz Mariana! ¡Deja de anhelar por un amado que no tornarás á ver, que pasó el mar por huir de ti, que está en Francia en medio de los placeres, que no piensa un momento en tus penas, que te dispensa de todos estos transportes, que no sabe agradecerlos!»

Pero, ¡no!

No puedo resolverme á pensar tan mal de ti. Estoy muy interesada en justificarte. ¡No quiero imaginar que me hayas olvidado!...

¿No soy harto sin ventura ya, sin atormentarme con falsas sospechas?

¿Por qué he de tener empeño en borrar de la memoria todos los desvelos con que te esmerabas en probarme amor?

¡Ay! Tanto me deleitaban, que fuera bien ingrata si no te amase aún con los mismos arrobamientos en que mi pasión me elevaba cuando conseguía los testimonios de la tuya.

¿Cómo es posible que memorias de tan dulces instantes háyanse tornado tan amargas, y que, contra toda naturaleza, sirvan solamente ahora para desgarrarme el corazón?

¡Pobre de él! Púsole tu última carta en un estado singular: tales saltos me daba en el pecho, que parecía forcejear por arrancárseme y volar hacia ti.

Tan quebrantada quedé de todas estas emociones violentas, que por más de tres horas estuve de todo punto enajenada de los sentidos.

Era como si me defendiese de volver á la vida que debo perder por ti, ya que para ti no la puedo conservar.

Con harto pesar volví en mí.

Era mi regalo sentir que moría de amor, y, finalmente, sentíame bien por ver cesar de flajelarme el alma el dolor de tu ausencia.

Después de estos padeceres, tengo sufridas muchas indisposiciones; mas, ¿puedo vivir sin males, en tanto que no te veo?

Sopórtolos sin murmurar, puesto que de ti provienen.

¡Cuitada de mí! ¿Esta es la recompensa que me das de haberte amado tan cariñosamente?

No importa.

Estoy decidida á adorarte toda la vida y á no querer á nadie más.

Digote que harás igualmente bien en no amar á otra.

¿Podría contentarte acaso una pasión menos ardiente que la mía?

Tal vez encontraras más hermosura (y, con todo, decíasme en otras horas que yo era bonita); pero no encontrarías nunca tanto amor... y todo lo demás es nada.

No llenes tus cartas de cosas inútiles, y no me digas más que me acuerde de ti.

No puedo olvidarte; y tampoco olvido que me hiciste esperar que vendrías á pasar algún tiempo conmigo.

¡Ay, por qué no quieres tú pasar conmigo toda tu vida!

¡Pudiese yo salir de este aborrecido convento, y no esperar en Portugal, no, á que se cumplieran tus promesas!...

Iría, sin escrúpulos, en tu busca, y te siguiera y te amara en todas partes.

Ni aun me atrevo á pensar en que fuese posible esto.

No quiero alimentar una esperanza que me daría algún alivio, y no quiero sino entregarme á las penas de aqueste infortunio.

Confíesote, sin embargo, que la ocasión que mi hermano me proporcionó de escribirte me produjo alegre alborozo y suspendió por un momento la desesperación en que vivo.

Conjúrote que me digas ¿por qué te empeñaste en hechizarme tanto, sabiendo bien que habías de abandonarme un día?

¡Ay! Por qué te encarnizaste tanto en hacerme desgraciada?

¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento?

¿Hícete algún mal?

Mas perdona, amor mío.

De nada te culpo.

Ni estoy en condiciones de tomar venganza de ti, y tan sólo acuso al rigor de mi destino.

También... al separarnos, paréceme que nos hizo todo el daño que de él pudiéramos temer.

No conseguirá desunir nuestros corazones: el amor, que puede más que él, uniólos para toda la vida.

Si algún interés tienes por la mía, escíbeme muchas veces.

Bien merezco que tengas algún cuidado en informarme del estado de tu corazón y de tu vida.

¡Ah! Sobre todo..., ven á verme.

Adiós: no puedo decidirme á abandonar este papel para que llegue á tus manos.

¡Quisiera tener yo esa dicha!

¡Qué locura, la mía! Bien sé que no es posible.

Adiós: no puedo más.

¡Adiós!

Amame siempre.

Y haz padecer aún más á tu pobre

MARIANA.

## II

Tu teniente acaba de decirme que una tormenta te hizo arribar al Algarbe.

Temo que hayas sufrido mucho en el mar; y tan vivamente me absorbió esta aprensión, que no he pensado en todas mis penas.

¿Acaso imaginas que tu teniente se interesa más que yo en lo que te atañe?

¿Por qué está él mejor informado; y, en suma, por qué no me has escrito?

Bien infeliz soy si para hacerlo no has tenido ocasión alguna desde que marchaste, y aún más si teniéndola no me escribiste.

Son desmedidas tu injusticia y tu ingratitud; mas me pesara, sin embargo, que te acarreasen alguna desgracia.

Prefiero que queden sin castigo, á que me venguen.

Resisto á todas las muestras que debieran convencerme de que no me amas; y siéntome mucho más dispuesta á abandonarme á mi pasión, que á los motivos que me das para dolerme de tu frialdad.

¡Cuántas mortificaciones me hubieras evitado si tus obras y palabras hubiesen sido tan remisas en los prime-

ros días que te vi, cual desde algún tiempo á esta parte me parecen!

Mas ¿quién no se engañara con tantos extremos y quién no los tuviera por sinceros?

¡Cuánto cuesta y tarda el que nos resolvamos á sospechar de la lealtad de aquellos á quienes amamos!

Bien veo que la menor disculpa te satisface; y sin que te tomes la molestia de discurrirla, el amor que te tengo sírvete tan fielmente que no puedo consentir en juzgarte culpado, sino para gozar el inefable placer de justificarte yo misma.

Consumísteme con la porfía de tus galanteos, me abrasaste con tus transportes, hechizásteme con tus finezas, me rindieron tus juramentos, me sedujo mi inclinación violenta: ¡y las continuaciones de estos principios tan ledos y tan felices no son más que lágrimas, cansados suspiros, una funesta muerte, sin que pueda ponerlos remedio.

Cierto que logré nunca imaginadas delicias amándote; mas ahora cuéstanme harto desmedidas penas.

Siempre son excesivas todas las emociones que me causas.

Si hubiera resistido obstinadamente á tu amor, y si te hubiera dado cualquier motivo de pesares y de celos con que más inflamarte y prenderte, si en mí notado hubieses cualquiera esquivez artificiosa; en suma, si hubiese querido oponer yo mi razón á la inclinación natural que hacia ti me impelía y que luego me hiciste percibir (aun así hubieran sido sin duda inútiles mis diligencias), podrías entonces castigarme severo y abusar de tu poder sobre mí con asomos de justicia.

Mas parecíste digno de mi amor antes de que dicho me hubieses que me amabas, me mostraste una gran pa-

sión, sentíme deslumbrada, y me abandoné á amarte perdidamente.

No estabas ciego, como yo: ¿por qué me dejaste caer en esta mísera condición en que ahora me veo?

¿Qué querías hacer tú de todos mis arrebatos, que no podrian dejar de serte bien importunos en su misma exageración?

Sabías perfectamente que no habías de permanecer para siempre en Portugal.

¿Por qué me quisiste elegir, para hacerme tan desgraciada?

Encontrarías sin duda en esta tierra cualquiera mujer más hermosa con quien gozar los mismos placeres, puesto que los groseros tan sólo ambicionabas; que te amase fielmente en cuanto estuvieses con ella; á quien el tiempo pudiera consolar de tu ausencia, y á la cual hubieses dejado sin alevosía y sin crueldad.

Este comportamiento tuyo, más es de un tirano airado en perseguirme, que de un amante que sólo debe pensar en cautivarme.

¡Ay! ¿Por qué tratas con tamaños rigores á un corazón que es tuyo?

Veó muy bien que es tan fácil en ti dejarte mover contra mí, como lo fuí yo en dejarme convencer en favor tuyo.

Sin recurrir á valerme de todo mi amor y sin intentar saber si hubieras hecho por mí alguna cosa extraordinaria, yo hubiese resistido fácilmente á mucho mejores razones de las que pueda ser que te movieran á dejarme.

Hubiéranme parecido muy flacas, y no habría habido ninguna que pudiese arrancarme de tu lado.

Mas quisiste aprovechar los primeros pretextos que se ofrecían para volverte á Francia.

Partía una nave.

¿Por qué no la dejaste partir?

Te escribió tu familia.

¿No sabes las persecuciones que de los míos sufrí?

Tu honra te obligaba á dejarme.

¿Curé yo de la mía?

Tenías que ir al servicio de tu rey.

Si cuanto de él dicen es cierto, no tiene necesidad ninguna de tu auxilio y te hubiera dispensado de él.

¡Ay, qué ventura la mía si hubiésemos pasado la vida juntos!

Mas ya que era fatal que una cruel ausencia nos separase, creo que, á lo menos, debo complacerme en no haber sido infiel; y no quisiera, por cuanto hay en el mundo, haber ejecutado una acción tan negra.

¿Cómo (pues conociste el fondo de mi corazón y de mi ternura) pudiste resolverte á dejarme para siempre y á exponerme á los terrores de que no te acuerdes más de mí... sino para sacrificarme en aras de una nueva pasión?

Bien sabes que te amo como una loca.

Con todo, no me quejo de esta insana furia de mi corazón.

Acostumbréme á sus tribulaciones; y no podría vivir sin aqueste placer á que me apego, de amarte en medio de mil penas.

Mas atorméntanme sin cesar el tedio y el desabor que tengo por todo...

Mi familia, mis amistades, este convento; todo se me hizo insoportable.

Esme odioso cuanto me hallo obligada á ver, cuanto es preciso que haga.

Tan celosa me siento de mi pasión, que me parece que todas mis acciones, que todos mis deberes te pertenecen.

Sí, tengo escrúpulos de no emplear en ti todos los momentos de mi vida.

¿Qué haría, cuitada de mí, sin tanto odio y sin tanto amor como hinchen mi corazón?

¿Podría sobrevivir acaso á lo que incesantemente me absorbe, para llevar una vida tranquila y sin cuidados?

¡Ay! No podría, no, conformarme con ese vacío y con esa indiferencia.

Toda la gente ha reparado en la completa mudanza de mi genio, de mis maneras, de mi persona.

Mi madre hablóme de esto, al principio con aspereza, después con algún cariño.

No sé lo que le respondí.

Creo que le confesé todo.

Las hermanas más austeras compadécense de mi estado. Muévelas á una cierta contemplación, á cierta piedad por mí.

A todos conmueve mi amor: sólo tú persistes en una profunda indiferencia... sin escribirme sino cartas frías, llenas de repeticiones, con la mitad del papel en blanco, dando burdamente á conocer que te pereces por terminarlas...

Tanto me instó doña Brites en estos días pasados por hacerme salir de mi aposento, que, juzgando distraerme allá, me llevó á pasear al mirador desde donde se ven las puertas de Mertola.

Fuí, y luego me asaltó un recuerdo cruel que me hizo llorar todo el resto del día.

Volvíme otra vez á mi aposento, y me arrojé en la cama, reflexionando acerca de las pocas señales que veo de curarme algún día. Lo que hacen por aliviarme acibara mi dolor, y en los propios remedios hallo particulares razones para affligirme.

Desde allá te vi pasar con aires que me hechizaron; y en aquel mirador estaba en el día fatal en que comencé á sentir los primeros efectos de mi desventurada pasión.

Me pareció que querías agradarme, pues que aún no me conocieses.

Persuadíme de que reparabas en mí, entre todas mis compañeras.

Imaginé que, cuando pasabas, apetecías que te viese mejor y que admirase tu destreza y tu garbo al hacer cacolear el caballo.

Asustábame toda, si le obligabas á hacer algún paso difícil.

En fin, íntimamente me interesaba en todos tus actos.

Sentía ya que no me eras indiferente, y tomaba para mí cuanto hacías.

¡Ay! Harto conoces las continuaciones de estos comienzos; y empero nada puedo evitarme, no debo recordártelas con recelo de hacerte más culpable de lo que has sido (si es posible), y de haber de reprenderme á mí misma por tantas inútiles diligencias para que me fueses fiel.

¡No lo serás, no!

¿Por ventura puedo esperar de mis cartas y de mis lamentos lo que contra tu ingratitud no lograron mi amor y mi abandono?

Bien cierta estoy de mi desventura.

Tu injusto comportamiento no me deja el menor motivo para dudar de ella, y todo debo temerlo, pues que me dejaste...

¿Acaso para mí sola tendrás encantos, y no se arrobarrán en ti otros ojos?

Creo que no me pesará que los sentimientos de otras justifiquen de algún modo los míos; y ¡mira tú la contradicción de esta alma! quisiera que todas las mujeres de

Francia te hallasen adorable, y que ninguna te amase, y que no te agradase ninguna.

Es ridícula, es imposible esta idea, lo sé.

Mas harto tengo experimentado que no eres capaz de un gran afecto, y que bien pudieras olvidarme sin ningún auxilio y sin que te obligue á eso una nueva pasión.

Con todo, tal vez quisieses tener algún pretexto razonable... Es verdad que yo sería más desgraciada, pero tú serías menos criminal.

Veo que permanecerás en Francia, sin grandes placeres, en entera libertad.

Retiéndente ahí la fatiga de un gran viaje, alguna pequeña conveniencia, y el recelo de que no puedas corresponder á mis ardientes transportes.

¡Ay, no lo temas!

Contentaríame con verte de tiempo en tiempo, y sólo con saber que estamos en la misma tierra.

Mas me engaño naturalmente, y ¡quién sabe si más que mis fuerzas te habrán cautivado el rigor y la esquividad de alguna otra!

¿Será posible que te enardezcan más los malos tratos?

Empero, antes de que te empeñares en una gran pasión, piensa bien en el exceso de mis penas, en la incertidumbre de mis proyectos, en la contradicción de mis emociones, en la extravagancia de mis cartas, en mis confianzas, en mis desesperaciones, en mis añoranzas melancólicas, en mis celos...

¡Mira que vas á sufrir mucho!

Conjúrote á que aprendas en este ejemplo que te estoy dando; y que, por lo menos, no te sea inútil cuanto por ti padezco.

Hicísteme, cinco ó seis meses ha, una confesión mo-

lesta: me dijiste con mucha franqueza que amaste en tu país á una señora.

Si es ella quien te impide tomar la vuelta del mío, dí-melo sin escrúpulo, para que no más me consuma yo aún.

Quédame por ahora un resto de esperanza; y si no debe reanimarme, preferiría perderla por completo y perderme yo con ella.

Mándame el retrato de esa señora, con algunas de sus cartas.

Cuéntame lo que te dice.

Tal vez halle en eso motivos para consolarme ó para mortificarme más.

No puedo continuar en este estado, y no hay mudanza que no me sea bienhechora.

También quisiera poseer los retratos de tu hermano y de tu cuñada.

Todo lo que es alguna cosa tuya es caro para mí. Me siento devota por entero de cuanto te atañe. No me dejé ningún albedrío de mí misma.

Momentos hay en que paréceme que me resignaría hasta á servir sumisa á quien amas.

Tanto me han quebrantado tus malos tratos y tus desprecios, que á las veces ni me atrevo á pensar en que pueda tener celos de ti, con temor de desagradarte; y llego á diputar por la mayor impertinencia de este mundo el permitirme yo dirigirte censuras.

Convénzome muchas veces de que no te debo expresar amargamente, como lo hago, sentimientos que rechazas.

Ha mucho que un oficial espera por esta carta.

Hice el firme propósito de escribírtela, por tal modo que la pudieses leer sin aborrecimiento; mas bien extravagante va ya ella; debo cerrarla.

¡Ay, que no me siento con fuerzas para hacerlo. Pa-

réceme que te hablo cuando te estoy escribiendo, y que en algún modo estás conmigo.

La primera que te escriba no será tan extensa ni tan importuna.

Puedes abrirla con esta seguridad que te doy.

Seguramente, no debo hablarte de una pasión que te disgusta, y no te hablaré más de ella.

De aquí á pocos días va á hacer un año que toda me entregué á ti sin escrúpulo.

Muy ardiente y muy sincera me parecía tu pasión, y ni por soñación pude imaginar que mis favores te enojaran tanto que te obligasen á hacer quinientas leguas de camino y exponerte á los peligros del mar por alejarte de mí.

De nadie pudiera esperarse tal.

Deberías acordarte de mi pudor, de mi confusión, de mi vergüenza; mas ¡ay de mí! De nada te acuerdas que pueda, á pesar tuyo, obligarte á amarme.

El oficial que te debe llevar esta carta, envíame á decir por cuarta vez que le precisa partir.

¡Qué prisa tiene!

¡Sin duda abandona en esta tierra á alguna desgraciada!...

Adiós.

Más me cuesta fechar esta carta de lo que te costó dejarme, tal vez para siempre.

Adiós.

No me atrevo á darte mil nombres de amor, ni á entregarme sin freno á todos mis impulsos.

Amote mil veces más que á la vida, y mil veces más de lo que pienso.

¡Cuán querido me eres y cuán tirano mío!

No me escribes..

¡No pude contenerme de decirte esto otra vez!  
Vuelvo á las andadas, y se va el oficial.  
¿Qué importa? ¡Que parta!  
Escribo para mí más que para ti.  
Casi busco no más que alivios á este corazón.  
También el final de esta carta va á ponerte miedo...  
No la leerás.  
¿Qué hice yo para ser tan desdichada!  
¿Y por qué envenenaste así mi vida!  
¡Ah, por qué no nacería yo bien lejos de esta tierra!  
Adiós; perdóname.  
Ya no me atrevo á pedirte que me ames.  
¡Mira á lo que me redujo mi destino!  
Adiós.

## III

¿Qué será de mí? ¿Y qué quieres que haga yo?  
¡Cuán lejos me veo de cuanto imaginaba!  
Prometíame que me escribieses desde todas las tierras  
por donde pasases. ¡Y cuán largas cartas contaba re-  
cibir!...

Que alimentaría mi pasión con la esperanza de tor-  
nar á verte.

Que una absoluta confianza en tu fidelidad me daría  
algún alivio, y que permanecería así en una condición  
soportable, sin extremas inquietudes.

Hasta formé unos leves propósitos de poner todo el  
esfuerzo de que fuese capaz en curarme, si pudiese saber  
con toda certidumbre que me habías olvidado.

Tu ausencia, algunos toques de devoción, el natural recelo de arruinar enteramente la poca salud que con tantas vigiliass y tamañas mortificaciones me queda, la escasa esperanza de tu regreso, la frialdad de tu amor, tus postreros adioses, tu partida fundada en mal forjados pretextos, otras mil consideraciones que no pueden ser más razonables... ni más inútiles, parecían ofrecerme un refugio seguro, si lo quisiese.

En fin, no teniendo que batallar sino contra mí misma, cierto que no podía desconfiar de todas mis flaquezas ni prever todo cuanto padezco ahora.

¡Ay de mí, cuán digna soy de lástima por no poder dividir contigo mis penas y por verme sola, enteramente sola, en tanta desventura!

Esta idea me mata. Muero de terror al pensar que nunca sentirías de veras el íntimo deliquio de nuestros goces.

¡Ay, sí! Ahora conozco la falsía de todos tus transportes.

Hacíasme traición todas las veces que me decías cómo tu supremo encanto era estar á solas conmigo.

Sólo á mis importunidades debo tus éxtasis y tus raptos.

Concebiste á sangre fría el propósito de aqueste incendio en que toda me abrasaste.

No considerabas mi pasión sino como una victoria, y tu corazón nunca fué profundamente penetrado por ella.

Pero, ¿no eres muy infeliz y no tendrás bien poca delicadeza de alma para que no supieses gozar de otra manera mis enamorados raptos?

Y si no fuese así, ¿cómo sería posible que, con tanto amor, yo no haya podido hacerte completamente feliz?

Lloro por amor de ti las inagotables delicias que perdiste.

¿Por qué fatalidad no quisiste lograrlas? ¡Ah! Si las

conocieses, verías que sin duda son muy más dulces que el haberme engañado, y sabrías por experiencia que se es mucho más feliz y se siente alguna cosa más apreciable en amar violentamente... que en ser amado.

No sé lo que soy, ni lo que hago, ni lo que deseo.

Desgárranme mil emociones contrarias.

¿Puede imaginarse más mísera condición?

Amote perdidamente, y tal vez me domino mucho, no atreviéndome á desear que te atribulen los mismos ímpetus de amor.

Me mataría, ó, si no lo hiciese, moriría de pena si me convenciera de que no tienes reposo ninguno, de que tu vida sólo era desesperación y locura, de que llorabas inconsolable, y de que todo te era odioso.

No me alcanzan las fuerzas para mis propias penas; ¿cómo podría soportar además las que me diesen las tuyas, mil veces para mí más penetrantes?

Mas tampoco puedo resolverme á desear que no me lleves en el pensamiento; y, para decirte toda la verdad, tengo furiosos celos de cuanto pueda producirte gozo, de cuanto pueda regalarte el corazón, de cuanto pueda complacerte en Francia.

No sé por qué te escribo.

Bien veo que casi tendrás compasión de mí, y yo no quiero tu compasión.

Enójome conmigo misma cuando reflexiono en todo lo que sacrifiqué por ti.

Perdí la reputación.

Expúseme á la maldición de los míos, á la severidad de las leyes de esta tierra para con las religiosas, á tu ingratitude, que me parece la mayor de las desgracias.

Y, con todo, siento implacablemente que mis remordimientos no son sinceros, que desde el fondo del alma

quisiera haber afrontado por amor á ti mayores peligros, y que me ensoberbece un placer funesto en haber aventurado mi vida y mi honra.

Todo cuanto tenía de más precioso, ¿no debiera ponerlo á tu disposición?

Di si no debo sentirme bien satisfecha por haberlo empleado como hice.

Hasta paréceme que aún no estoy contenta con mis penas y con el exceso de mi amor, puesto que, ¡cuitada de mí!, no puedo hacer cuenta de que estoy satisfecha de ti.

Vivo... ¡qué infiel soy!... y hago tanto para conservar la vida como para perderla.

¡Ay, muero de vergüenza!... Mas, entonces, ¿mi desesperación sólo está en mis cartas?

Si te amase tanto, tanto como te he dicho mil veces, ¿no estaría muerta mucho ha?

Te he engañado.

Tú eres quien debes quejarte de mí. ¡Ay! ¿por qué no te quejas, amor mío?

Te vi partir, no puedo esperar que te vea volver; ¡y con todo, respiro!

Te hice traición.

Imploro de ti que me perdones.

Mas no; no me perdones, te lo suplico.

Trátame severamente.

No te parezca que mis sentimientos sean bastante vivos.

Sé más difícil de contentar.

Dime que quieres que muera yo de amor por ti.

Te exhorto á que me des este socorro, para que venza yo la flaqueza de mi sexo y acabe con todas estas irresoluciones por un acto de verdadera desesperación.

Un fin trágico te obligaría á pensar muchas veces en mí. Seríate cara mi memoria, y acaso te conmoviese esta muerte extraordinaria.

¿No vale más que el estado á que me redujiste?

Adiós.

¡Cómo quisiera no haberte visto nunca!

¡Triste de mí, que siento la impostura de esta idea y conozco (mal la expreso) que estimo en mucho más el ser desventurada amándote, que el no haberte visto jamás!

Resígnome, pues, á mi mal hado, sin murmurar, porque fuiste tú quien no quisiste hacerlo mejor.

Adiós.

Prométeme condolerte de mí cariñoso, si muriese yo de pesadumbre, y que á lo menos la vehemencia de mi pasión te dé tedio y repugnancia de todo.

Este consuelo me basta; y si es fatal que para siempre te abandone, quisiera al menos no dejarte á otra.

¿No serías refinadamente cruel si te sirvieses de mi desesperación para hacerte más amado y para vanagloriarte de haber encendido la mayor pasión que hubo en el mundo?

Adiós, una vez más.

Te escribo cartas muy largas, lo sé.

No tengo atención contigo.

Ruégote que me perdones, y me atrevo á esperar que tendrás alguna indulgencia para con una pobre loca, que (¡bien lo sabes!) no lo era antes de que te amase.

Adiós.

Me parece que te hablo de más acerca de este insoprotante estado en que me encuentro.

Mas, agradézcote desde lo hondo del corazón las mortificaciones que me causas, y aborrezco la tranquilidad en que vivía antes de conocerte.

Adiós.

Mi pasión crece á cada instante.

¡Ay, cuántas cosas tengo que decirte aún!

#### IV

Ciertamente, es una gran violencia la que hago á los sentimientos de mi corazón el proponerme aun hacértelos comprender escribiéndote.

¡Cuán feliz fuera yo, si los pudiese medir por la vehemencia de los tuyos!

Mas no puedo fiar en ti ni dejar de decirte, con harta menos viveza de lo que siento, que no debías mortificarme tanto ¡tanto! con este olvido que me enloquece y que hasta es una vergüenza para ti.

Es muy justo, á lo menos, que acalles los lamentos de esta desolación que preví luego viéndote resuelto á dejarme.

Sé muy bien que me engañé pensando que tendrías para conmigo un proceder más leal que el de costumbre; porque, en suma, el exceso de mi amor parece que debiera ponerme por encima de todas y cualesquiera sospechas, y que merecía más fidelidad de la que de ordinario se encuentra.

Mas la disposición de ánimo en que estabas de hacerme traición venció á la justicia que debías á cuanto hice por ti.

No dejaría de ser desventurada si me amases nada más que por amarte yo.

Quisiera deberlo todo solamente á tu inclinación espontánea.

Mas, ¡cuán lejos estoy de eso, que hasta han pasado seis meses sin recibir de ti una sola carta!

Atribuyo todos estos infortunios á la ceguedad con que me abandoné á amarte.

¿No debiera prever que mis delicias acabarían más pronto que mi amor?

¿Podía esperar que residieses toda la vida en Portugal y que renunciases á tu fortuna y á tu país para curarte no más que de mí?

Mis penas no pueden tener alivio, y el recuerdo de cuanto gocé hínchame ahora de desesperación.

Pues todos mis anhelos serán malogrados, y ¡nunca más te veré en mi cuarto, con todo aquel ardor, con todo aquel arretrato que mostrabas!

¡Cuitada de mí que me engaño y por demás conozco cómo todos aquellos raptos que me embriagaban cabeza y corazón, sólo eran en ti excitados por algunos placeres, y luego se extinguían con ellos!

Fuera necesario que en esos momentos de suprema felicidad pudiese apellidar yo en mi ayuda á la razón, para moderar el funesto exceso de mis delicias y para que me hicieses antever cuanto ahora padezco.

Mas entregábame toda á ti, amor mío, y no me hallaba en condiciones de curar de lo que había de emponzoñar mi contentamiento, cuando gustaba de lleno las ardientes muestras de tu pasión.

Deleitábame mucho el sentirte conmigo, para que pensase en que un día te apartaras de mí.

Con todo, acuérdaseme haberte dicho algunas veces que me hacías desgraciada; empero, desvanecíanse rápidos estos terrores y sentía gozo en sacrificártelos,

abandonándome al hechizo y á la alevosía de tus protestas.

Veo claro cuál pudiera ser el remedio para todas mis penas.

Librárame de ellas luego que dejase de amarte. Mas ¡ay de mí! ¡Qué remedio!..

No. Prefiero, á olvidarte, sufrir aún más.

¿Y depende esto de mí?

¡Si ni aun puedo vituperarme de haber imaginado, siquiera un momento, el no continuar amándote!...

Aún eres tú más digno de duelo que yo, pues más vale penar cuanto sufro, que gozar los lánguidos placeres que han de darte tus amantes de Francia.

No envidio tu indiferencia, y dásme lástima.

Desafiote á que por completo me olvides.

Préciome de haberte puesto en estado de no tener sin mí sino placeres imperfectos; y soy más feliz que tú, porque más ocupada ando en este amor.

Hiciéronme, ha poco, portera del convento.

Todas las personas que me hablan júzganme loca. No sé lo que les respondo; y preciso es que las monjas estén tan bobas como yo, para diputarme capaz de algún empleo.

¡Cómo envidio la suerte de Manuel y de Francisco!...

¿Por qué no estoy, como ellos, contigo siempre?

Hubiérate seguido, y de cierto serviríate más extremosa.

Nada apetezco en este mundo sino el verte.

A lo menos, acuérdate mí.

Me contento con tu recuerdo, mas no tengo la certeza de él.

No limitaba á tan poco mis esperanzas cuando nos veíamos todos los días; mas me enseñaste bien á someterme á todo cuanto quieres.

Empero no me arrepiento de haberte adorado.

Lisonjéame el que me sedujeses.

Tu ausencia rigurosa, tal vez eterna, no disminuye en nada la violencia de mi amor.

Quiero que toda la gente lo sepa; no hago misterio de él; préciome de haber hecho todo lo que hice por ti, contra toda especie de decoro.

En nada más hago consistir mi honra y mi religión sino en amarte perdidamente toda la vida, ya que comencé á amarte.

No te digo estas cosas para obligarte á que me escribas.

¡Ay, no te fuerces!

No quiero de ti sino lo que espontaneamente acuda; y rechazo todas, todas las muestras de amor con que puedas excusarte.

Sentiré gozo en disculparte, porque acaso tengas placer en no tomarte la molestia de escribirme, y me hallo en una profunda disposición de ánimo para perdonarte todas las faltas.

Un oficial francés tuvo la caridad de hablarme de ti esta mañana, por más de tres horas.

Dijome que la paz de Francia estaba hecha.

Siendo así, ¿no podrías venir á verme y llevarme á Francia?

Mas no lo merezco. Haz lo que te plazca.

Mi amor no depende ya del modo cómo me trates.

Desde que partiste, no tengo un solo momento de salud; ni siento alivio sino en repetir tu nombre mil veces al día.

Algunas monjas, que saben el lastimoso estado al cual me arrojaste, háblanme de ti muchas veces.

Salgo lo menos posible de mi cuarto, adonde tantas veces viniste; y estoy contemplando siempre tu retrato, mil veces más querido para mí que la vida.

Dame esto algún alivio, mas también me da mucha tristeza cuando pienso que acaso no te vea nunca más.

¿Cómo será posible que no torne á verte?

¿Me abandonarías para siempre?

Esta idea me mata.

Tu pobre Mariana no puede más.

Siéntome desfallecer al acabar esta carta.

¡Adiós, adiós!

¡Ten piedad de mí!

## V

Escríbole por la vez postrera; y espero hacerle advertir, en la diferencia de los términos y en el estilo de esta carta, que finalmente logró convencerme de que no me amaba, y que así también debo dejar de amarle.

Le enviaré, pues, con el primer portador que haya, cuanto del señor me resta.

No tema que le vuelva á escribir.

Ni seré yo quien escriba su nombre en el sobrescrito de esta misiva.

De todo encargué á doña Brites.

¡A bien diferentes confianzas tenía yo habituada!...

Los cuidados de ella me serán menos sospechosos que los míos propios.

Ella tomará las precauciones necesarias para que yo quede cierta de que el señor recibió el retrato y las pulseras que me dió.

Sin embargo, quiero que sepa cómo días ha que me

siento perfectamente dispuesta á quemar y á despedazar todas las prendas de su amor, que tan caras me eran.

Téngole revelado tamaña flaqueza, que, naturalmente, no creyera que pudiese hacerme yo capaz de tal extremo, ¿no es verdad?

Pues prefiero gustar toda la pena que tuve en de ellas separarme, y hacerle sentir á lo menos este pequeño despecho.

Confiésole, para verguenza mía y suya, que me hallé más presa de lo que contarle quiero de estas fruslerías, y cómo sentí que me eran nuevamente precisas todas mis reflexiones para separarme de cada objeto en el momento mismo en que me complacía en no importarme ya nada del señor.

Mas, en suma, con tan buenas razones como las que le debo, consíguese siempre llegar al cabo de lo que se quiere...

Puse todo en manos de doña Brites. ¡Cuántas lágrimas me costó!...

Después de mil penas y de mil contradicciones que no se imagina, y de las cuales no le daré cuenta ciertamente, exhorté á esta amiga que no me hablase más de aquellos objetos, que no tornase á dármelos ni aun cuando se los pidiere para contemplarlos otra vez; y, en fin, que los enviase sin prevenirme siquiera.

No conocí bien el exceso de mi amor sino cuando quise emplear toda diligencia para sanarme de él; y tengo para mí que no me atreviera á tentarlo como hubiese podido prever tantas dificultades y tamaña violencia.

Convencida estoy de que sentiría emociones menos penosas amándole, ingrato cual es, que dejándole para siempre.

Vi que érame menos caro que mi pasión, y tuve dis-

formes congojas en combatirla, aun después de que los ruines procederes del señor le hicieron para mí odioso.

El orgullo natural de mi sexo me ayudó á tomar cualesquiera resoluciones contra él.

¡Ay de mí triste!

Sus deprecios sufrí, hubiera soportado su aversión, y devorara dentro de mí misma los celos que inspirado me hubiese su afición á otra.

A lo menos, sentiríame afrentada por un sentimiento vivo.

Empero su indiferencia esme insoportable.

Sus impertinentes protestas de amistad y las ridículas finezas de su última carta hiciéronme ver cómo el señor ha recibido todas las que le escribí, y cómo ninguna impresión le causaron.

¡Y... leyólas!...

¡Ingrato!

Muy necia soy en amohinarme aún por no poder regocijarme de que no le hubiesen llegado á las manos, de que no se las hubiesen entregado.

Abomino su franqueza.

¿Pedile por ventura que me dijese sinceramente la verdad?

¿Por qué no había de dejarme mi pasión?

Bastaba con que no me escribiera.

¿No me bastara el infortunio de no haber podido obligarle á tomarse algún trabajo en engañarme... y de no poder disculparle ya?...

Sepa cómo me convenzo de que es indigno de todos mis sentimientos, y cómo conozco ahora todas sus ruines cualidades.

Mas si cuanto hice por el señor puede merecerle alguna consideración á los favores que le ruego, implórole

que nunca más me escriba y que me ayude á olvidarle por completo.

Si me mostrase, por flojamente que fuese, cómo tuvo algun pesar en leer esta carta... tal vez pudiera creerle.

También quizá su confesión y su contrito arrepentimiento me diesen pena y me incitasen... y todo podría inflamarme de nuevo.

Ruégole por piedad que no se le importe de mi vida. Destruiría sin duda todos mis proyectos, en cualquiera forma que en ella quisiera entrometerse.

No quiero saber el resultado de esta carta. No perturbe el estado de ánimo que me preparo á tener.

Paréceme que por satisfecho puede darse con los males que me causó, sea cual fuere el propósito que de hacerme desgraciada se formase.

No me arranque á mi incertidumbre. Espero hacer de ella con el tiempo algo parecido como á la paz del corazón.

Le prometo no odiarle. Desconfío mucho de sentimientos tan fuertes, para que á ese me aventure.

No dudo de que encontraría en esta tierra un amado más fiel... Mas, ¿quién podría hacerme amar?

¿Podrá acaso arrebatarme la pasión de otro hombre? ¿Qué pudo en el señor la mía?...

¿No experimenté yo que un corazón amante nunca puede olvidar á quien primero le reveló los transportes de que era capaz y que no conocía; que todas sus emociones íntimas permanecen ligadas al ídolo que para sí creó; que sus primeras ideas y sus heridas primeras no pueden olvidarse ni curarse; que todas las pasiones que le ofrecen su auxilio y forcejean por henchirlo y reanimarlo, en vano le prometen una sensibilidad que no puede recobrar jamás; que todas las delectaciones que busca, sin deseo ninguno de encontrarlas, apenas sirven para hacerle sentir honda-

mente que nada le es tan caro como la memoria de sus penas?

¿Por qué me hizo conocer la imperfección y las amarguras de un afecto que no debe ser eterno, y los tormentos que acompañan á un amor frenético cuando no es recíproco?

¿Y por qué una inclinación ciega y un destino cruel se obstinan de ordinario en aficionarnos á aquellos que sólo para otras serían sensibles?

Aun supuesto que pudiera esperar algún recreo en relaciones nuevas, y que encontrara un corazón leal que me quisiese, tanto duelo tengo de mí misma, que sentiría grandes escrúpulos en lanzar al hombre más ínfimo al estado á que el señor me redujo...

Y aun cuando no tengo que guardarle respetos, no podría resolverme á cometer tan cruel desafuero, aunque de mí dependiese, por una mudanza que no preveo.

Procuro en este momento disculparle, y bien comprendo que una monja no suele ser, por lo común, nada amable.

Con todo, paréceme que si los hombres pudiesen tener tiento en su razón cuando escogen sus amores, más se inclinarían á ellas que á las otras mujeres.

Nada las impide pensar incesantemente en su pasión; no las distraen mil cosas que en el siglo absorben y consumen los corazones.

Quiéreme parecer que no será muy agradable el ver á las amadas distraídas siempre por mil frivolidades, y es preciso tener bien poca delicadeza de alma para sufrir sin rabia que sólo hablen de reuniones, de atavíos, de paseos.

Estáse expuesto sin cesar á nuevos celos, porque al fin y á la postre están obligadas á tener atenciones, complacencias, diálogos con todos.

¿Quién puede asegurar que no sientan placer alguno

en todos estos lances, ó que sufran siempre disgustadas y de mala voluntad á los maridos?

¡Ah, cómo deben desconfiar ellas también de un amante que no las toma rigurosa cuenta de todo, y que fácilmente y sin inquietud cree lo que le dicen; que tranquilo y confiado las ve sujetas á todos aquellos deberes de sociedad!

Pero no intento probarle con buenas razones que debiera amarme. ¡Pésimos medios son, y harto mejores los empleé sin que me fuesen de provecho!...

Muy bien conozco mi destino, para poner diligencia en vencerlo.

Seré infeliz toda mi vida.

¿No lo era ya cuando á diario le veía?

Moría de miedo de que no me fuese fiel.

Quería verle en todos los momentos, y no era posible.

Atribulábame el peligro que el señor corría entrando en el convento.

No vivía cuando estaba en la guerra.

Desesperábame por no ser más hermosa y más digna del señor.

Murmuraba de la modestia de mi condición.

Recelaba muchas veces que el afecto que parecía tenerme pudiese perjudicarle de algún modo.

Parecíame que no le amaba bastante.

Dábame temor por él la cólera de mis parientes.

Me veía, en fin, en un estado tan lastimoso cual aqueste en que hoy vivo.

Como me hubiese dado algunas señales de su pasión desde que se fué de Portugal, hubiera hecho yo todos los esfuerzos imaginables por salir de aquí.

Habríame disfrazado para irme con el señor.

¡Ay, qué habría sido de mí, si conmigo no se hubiese juntado cuando llegara yo á Francia!...

¡Qué escándalo! ¡Qué desatino! ¡Qué cúmulo de vergüenza para mi familia, que esme tan cara desde que no le amo al señor!

Ya ve que á sangre fría conozco cómo era posible ser aún más desgraciada de lo que me hizo.

Háblole razonablemente, á lo menos, una vez en la vida.

¡Cómo debe de agradarle esta moderación!...

¡Cuán contento debe de estar ahora conmigo!

No quiero saberlo.

Pedíle ya que no me escriba, y ruégoselo otra vez.

¿Nunca se fijaría un poco en la manera cómo me trató?...

¿No pensaría nunca en que me debe más obligaciones que á nadie en el mundo?

Améle neciamente.

¡Cómo desprecié todo!...

Su proceder no es de un hombre de bien.

Preciso es que tuviera por mí una aversión natural, para que no me amase perdidamente.

Dejéme fascinar por bien someras cualidades.

¿Qué hizo el señor que encantarme debiese?

¿Qué sacrificios realizó por mí?

¿No iba en busca de otros mil placeres?

¿Renunció, acaso, al juego y á la caza?

¿No era el primero en partir para la guerra, y no era el último en regresar de ella?

Exponíase locamente, por más que pedido le tuviera yo que por amor á mí se guardase.

No buscó los medios de quedar en Portugal, donde era estimado.

Una carta de su hermano hizole partir sin vacilar un momento.

¿Y no supe que durante el viaje conservó el más ameno humor del mundo?

Forzoso es confesar que debía odiarle mortalmente.

¡Ay, bien sé que fui yo quien sobre mí atraje todas estas desgracias!

¡Acostumbréle muy luego á una gran pasión con excesiva ingenuidad; y para hacernos amar es necesario el artificio.

Es necesario buscar con astucia los medios de enardecer: el amor, por sí solo, casi no engendra amor.

El señor lo hizo con más cordura: quería que yo le amase; y como formara este designio, nada habría que por conseguirlo no hiciese.

Hasta se hubiera resuelto á amarme, de haber tenido precisión de ello.

Empero hubo de reconocer bien que podía salir victorioso en esta empresa sin pasión de él, y que no la necesitaba.

¡Qué perfidia!

¿Juzgó entonces que había de engañarme impunemente?

Pues si algún acaso le trajere de nuevo á esta tierra, declárole que le entregaré á la venganza de mis parientes.

Largo tiempo viví en un abandono y en una idolatría que me dan horror, y persíguenme los remordimientos con furia insoportable.

Siento viva vergüenza por los delitos que el señor me hizo cometer; y no tengo, ¡ay de mí!, la pasión que me impedía conocer la enormidad de ellos.

¿Cuándo será que deje de estar desgarrado mi corazón?

¿Cuándo será que me vea libre de este cruel tormento?

Y, con todo, creo no desearle ningún mal al señor, y que me decidiría á consentir en que fuese feliz.

Mas, si tiene un alma bien nacida, ¿cómo lo podrá ser?...

Quiero escribirle otra carta, para mostrarle que dentro de poco estaré tal vez más tranquila.

¡Cómo he de complacerme en poder echarle en cara su injusto proceder, cuando ya no me mortifique con tanta viveza; en mostrarle que lo desprecio, que hablo con profunda indiferencia de su traición; que olvidé todos mis placeres y todos mis dolores, y que no me acuerdo del señor, sino... ¡cuando quiero acordarme!

Reconozco que me lleva grandes ventajas, y que movióme á una pasión que me enloqueció; mas también poco debe envanecerse por eso.

Era yo moza, era crédula, habíanme encerrado desde niña en este convento; nunca vi sino gente desagradable; jamás había oído las lisonjas que el señor me decía constantemente; parecíame deberle los atractivos y la belleza que me hallaba y en los cuales me hacía reparar; oía decir bien de él; toda la gente me hablaba en su abono..., y el señor hacía todo por despertar amor en mí.

Mas, al cabo, salí de este encantamiento; grandes auxilios me dió él para eso, y confiésole que de ellos tenía necesidad suma.

Al devolverle sus cartas, conservaré cuidadosa las dos últimas que me escribió; y he de releerlas aún más veces que las primeras, para nunca más tornar á recaer en mis flaquezas. ¡Ay, cuán caras me cuestan éstas, y cuán feliz sería yo si el señor hubiera consentido en que continuase amándole!

De cierto sé que me ocupo en demasía de mis quejas y de su infidelidad; empero, acuérdesese de que á mí misma me prometí un estado más tranquilo y he de lograrlo, ¡ó tomaré contra mí una resolución desesperada, que podrá saber sin gran pesar!...

Pero, nada más quiero del señor.

Soy una tonta en repetir las mismas cosas tantas veces.

Menester es que le deje, y que no piense más en él.

Hasta creo que no he de volver á escribirle.

¿Tengo alguna obligación de darle cuenta de mi vida?

Ahora véase lo que el Sr. Silvela dice en su discurso: «Las breves páginas que revelan la desesperación de la desgraciada portuguesa ante la indiferencia y el olvido del ausente; su apego á la misma pasión que la martiriza y que no quisiera borrar de su vida, aunque en ella ve segura su perdición y su muerte, prefiriendo mil veces sufrir á olvidar; el alivio que siente como de obra de caridad que le hacen los que le hablan de él; los movimientos contradictorios de odio y de pasión que se confunden y se despiertan con los recuerdos de los momentos felices, y con la vista de los objetos que los traen á su memoria; el desorden de todos sus sentimientos y de todas sus ideas; su desesperación al recibir las respuestas que la arrebatan la incertidumbre querida de que se conmovería al leer sus quejas; su odio y su desvío á todo lo que no le habla de sus dolores presentes ó de sus dichas pasadas; su asombro, al sentirse olvidada, de que su pasión le sea más querida que su amante, y de sufrir más al arrancarla de su corazón, que sufrió al separarse de él y al convencerse de que era indigno de sus amores; todo ello está expresado con una elocuencia sencilla y un aroma de verdadero sentimiento, cuyo alto valor se aprecia bien comparándolo con las imitaciones y las segundas partes llenas de conceptuosos artificios y de ponderaciones frías y rebuscadas, que varios escritores franceses se esforzaron en imaginar, para

recreo y enseñanza de las preciosas y literatas enamoradizas del último tercio del siglo xvii.»

«Aquilátase también el valor literario y psicológico de ese pequeño poema, comparándolo con las celebradas cartas de Abelardo y Eloísa, como se aprecian las luces de un brillante de roca antiguo poniéndolo al lado de una hebilla de piedras de Francia. Las dos historias de amor tuvieron parecido principio: Mariana, la apasionada portuguesa se prendó del caballero de Chamilly, bravo y brillante aventurero francés de los que vinieron á servir en Portugal á las órdenes de Schomberg en la guerra contra España, y que en la guerra de Holanda llegó á Mariscal de Francia; le rodeaba la aureola de la victoria, el interés de la independencia nacional en empeño y en riesgo, era en aquel rincón del Alentejo un héroe: ella misma alude en sus cartas á la emoción con que lo veía desde su azotea, antes de que él la conociera, volver triunfante de los combates y escaramuzas que á menudo libraba Schomberg á los decaídos tercios castellanos.»

.....  
.....

LICENCIADO PERO PÉREZ.

# ADÁN Y EVA

DOÑA MILAGROS

CONTINUACIÓN

XI

Apenas salí de la iglesia, donde Argos se quedó rezando, tuve un trasacuerdo. Pesóme no haber solicitado del director espiritual de Argos una conferencia reservada, uno de esos coloquios que, sin tener la solemnidad sacramental de la confesión, ni su virtud medicatriz para el espíritu, le sirven no obstante de luz y de guía y hacen ver claro lo que no discerníamos antes. Una serie de reflexiones, ó más bien de intuiciones rápidas, me dijo que sólo el confesor de mi hija podía darme consejo discreto, reservado y prudente. Él, mejor que nadie, conocía el verdadero estado moral de María Ramona; él, mejor que nadie, podía confirmar ó desmentir las osadas conjeturas de... tengo que nombrarla por fuerza, pero al nombrarla, Señor, purifico mi intención... de doña Milagros.— Consultar con el médico males del alma, se me figuraba que era atentar, en cierto modo, al pudor de la doncella. Únicamente con el sacerdote pueden conferirse ciertas cosas.

Iba cavilando en esto, á tiempo que una voz fuerte y hombruna, pero enmelada, digámoslo así, por el propósito de resonar con inflexiones afectuosas, pronunció á mi espalda: “¡Qué paso de muchacho lleva V., señor de Neira!,” Y al instante mismo emparejó conmigo el Padre Incienso.

Á la luz del sol pude reparar bien la fisonomía y catadura del Jesuíta. Era alto, recio, delgado, no mal dispuesto aunque se

doblaba por costumbre, lo cual le hacía parecer cargado de hombros; su rostro expresaba firmeza é inteligencia, y unos rastros de orgullo, involuntario sin duda, pues se esforzaba en sonreír con agrado y apagar la chispa dominadora de sus ojos castaños, amarillentos por la bilis. Tenía la barba espesa y mal rasurada; el pelo obscuro y copioso, apenas salpicado de algún hilito de plata; la tez marchita y con ráfagas requemadas sobre un tono moreno claro genuinamente español; aguileña la nariz, los dientes blancos y juntos, pero descuidados, y la boca exangüe, casi sin labios, contraída, indicio cierto de represión de las pasiones. La edad fluctuaba entre los treinta y ocho y los cuarenta y dos, aunque á primera vista parecía más avanzada. Se adivinaba que el Jesuíta no era hombre á quien se le hacía fácil vencerse, pero también que si llegase á caer se despreciaría á sí mismo. La continencia, fuente á veces de plácido sosiego, á él sin duda le embravecía, reconcentrando en su alma el vigor varonil, volviéndole más enérgico y un tanto impaciente y duro. Esto se notaba en el confesonario y asimismo en el trato, no obstante todo el cuidado que ponía en mostrarse afable: en el púlpito, el Padre Incienso se transformaba, se volvía todo azúcar, y tenía una elocuencia dulzona, hinchada y quintesenciada hasta dar en empalagosa; puro arropo conceptista, digno de un Gracián, admiración del vulgo y encanto de las devotas. Personificaba el Padre un aspecto muy conocido del genio nacional: la austeridad religiosa que oculta sus maceradas carnes bajo un recargado paño barroco bordado de pájaros y de floripones.

—Parece que se quería V. escapar de mí—díjome con la misma violenta amabilidad de antes, al ver que yo me detenía respetuosamente.

—Al contrario—exclamé.—¡Si es cosa como de Dios! Tenía precisamente que solicitar de V. un ratito de conversación á solas.

—Es mi mayor deseo—contestó con entonación que me pareció singular, por lo expresiva.—Sólo que, en la calle, imposible hablar de nada—y al decir esto miraba precavidamente á un lado y á otro, como si temiese ser oído.—Tampoco quiero ir á su casa de V., ni que nos vean entrar juntos, mano á mano, en la residencia. Si V. me dispensase el favor de venir á verme... aguarde V.... ¿Mañana, á boca de noche... á la hora en que la gente de los balcones ya no atisba, y en la mayor parte de las casas se come ó se cena...? ¿Comprende V.? Porque todo lo que sea evitar comentarios... Supongo que se hace V. cargo, y no necesito añadir más... Hasta mañana, ¿no es cierto, señor de Neira?

El misterio y recato, las precauciones adoptadas para la entrevista, me probaron que si yo tenía cosas graves que preguntar al Padre, no eran de poca monta las que el Padre deseaba comunicar conmigo. Un confuso presentimiento, fundado en datos más ó menos elocuentes, me gritaba que el Jesuíta y yo nos buscábamos para tratar del mismo asunto. Yo sentía que la conferencia se llamaba *Argos*, y que la alarmante muchacha, la pobrecita loca, la chiflada, la calamidad de mi familia, era quien nos reuniría en plática grave y triste al padre de su alma y al de su cuerpo.

Obedeciendo en todo y por todo las órdenes del Jesuíta, esperé la hora señalada, y embozándome en mi pañosa, como el que acude á cita secreta, y dando primero mil reviravuelas por callejuelas á fin de desorientar á los que averiguan cuanto no les importa, llegué á la residencia de los Jesuítas, viejo caserón situado en solitaria plaza del Barrio de Arriba. No necesité llamar: la puerta de la calle, cerrada al parecer y en realidad sólo arrimada, se abrió sin ruido alguno, y un donado, lego ó lo que fuese,—un corcovadito gangoso, que andaba sin hacer ruido,—me dijo en apagada voz:

—Tómese V. la molestia de entrar.

Cuando estuve dentro, el corcovado cerró de veras, con llave, y me alumbró para que no tropezase en la escalera vetusta. Atravesé varias piezas frías y aseadas, amuebladas sin pobreza ni lujo, decorosamente, hasta llegar á una sala chica, que sobre sus desnudas paredes blancas no mostraba más adorno que una detestable copia de la famosa *Concepción* de Murillo. Un hombre que leía, sentado ante una mesa con tapete de hule, se levantó al sentirme entrar, y murmurando "Bien venido, felices noches,,", me condujo á un sillón de gutapercha, acomodándose él enfrente, en otro igual, de tal modo que su cara quedaba en sombra, mientras la claridad que derramaba el quinqué de petróleo puesto sobre la mesa me iluminaba por completo á mí.

Callamos un instante los dos. El Padre tosiqueaba, afectaba sonarse; pero, al fin, su natural resuelto triunfó del embarazo que no podía disimular, y después del *¡ejem!* que precede siempre á las primeras interrogaciones en el tribunal de la penitencia, dijo, eligiendo con evidente cuidado las palabras:

—Al llamarle á V. á esta hora y de este modo, V. adivinará que tengo que manifestarle algo muy importante á su tranquilidad y su honra de V.... y á la mía no menos. Si me hubiese sido posible resolver el conflicto con mis propias fuerzas, no acudiría á V.: desgraciadamente hemos llegado á tal punto, que, consultado mi su-

perior, me ordena que me ponga de acuerdo con V., para que entre los dos remedemos el mal.

El tono de persuasión y autoridad del Jesuíta me impuso tal respeto, que al pronto no acerté á contestar palabra: sólo el temblorcillo de mis labios y la ansiosa expresión de mi cara respondieron por mí.

—¿Ya habrá V. comprendido que aludo al estado de..., su hija, la señorita María Ramona?

—Sí, señor... digo, Padre... ¡Me lo figuraba!...

—Soy su confesor—advirtió el Jesuíta poniendo sordina á la aspereza de la voz;—pero nada de lo que va V. á oír lo sé por el confesionario, porque entonces no me sería lícito tratar de ello con persona de este mundo. Sin aludir, pues, á relaciones que no tienen más testigo que Dios; por indicios externos; por observaciones que V. habría podido realizar si quisiese, y que puede comprobar cuando guste, he llegado á adquirir el convencimiento, señor de Neira, de que su hija padece una manía... fatal, pernicioso; y que, en mi opinión, V., interponiendo su autoridad de padre, debe prohibirla que frecuente tanto la iglesia, y no permitirle sino aquellos actos de piedad que no omite ningún buen cristiano. En el cuidado de su casa; en las labores de su sexo; en honestas distracciones, propias de su clase y estado, empleará el tiempo bastante mejor que en extremos de devoción... que su director... autorizó al principio... pero que... bien mirado... ya no puede menos de reprobar severamente.

Guardé silencio, esperando más razones, y el Padre continuó, poniendo el mismo tiento exquisito en la elección de palabras:

—Si el cambio de vida y la distracción no bastasen para... para... sosegar... el espíritu de esa señorita... en mi entender sería muy conveniente ponerla en manos de un doctor experto y sabio... como... como el doctor Moragas, que creo es el que asiste á Vds., y de cuya ciencia tengo formado excelente concepto. No soy tan enteramente profano en medicina (aquí el Padre sonrió intentando expresar modestia) que no me haga cargo de que el alma tiene con el cuerpo una relación estrechísima y que á veces, para granjear la salud del alma, es preciso evitar que sea juguete del cuerpo alborotado ó débil. Si su hija de V. no... no se reporta, póngala V. en cura, señor D. Benicio... Y si no es indiscreción, á este ruego añadiré otro: no piense V. más que en las cosas de su casa, y en ellas... piense muchísimo, á toda hora, sin cesar. Tiene V. á su cargo la honra y la felicidad de muchos seres; no digo que su salvación eterna, pues ni el mismo Dios, que pudo hacernos sin nosotros, puede salvarnos sin

nosotros, y la salvación de cada uno se la ha de procurar uno mismo; pero... por lo menos... á la de sus hijas, puede V. contribuir.

No sé por qué, esta alusión á mis propias flaquezas me desató la lengua y me prestó confianza para responder:

—Padre, lo que V. va diciendo es el Evangelio... Le sobra á V. razón...; pero es preciso que comprenda la situación en que me hallo. Ese estado de mi hija María Ramona..., vengo notándolo desde el fallecimiento de su madre, y desde que lo noté lo creí funesto y quise remediarlo. La hice mis reflexiones; intenté evitar que se excediese en las prácticas religiosas y en las devociones... pero... lo malo es que... por la costumbre que había contraído mi esposa de ejercer toda la autoridad en el hogar doméstico... y mi asentimiento á dejarla exclusivamente en sus manos... es lo cierto que las niñas se habituaron á obedecerla á ella... y... faltando ella... á mí... á mí... no me tienen respeto... es decir... no me tienen miedo ninguno... ó... francamente, soy la última carta de la baraja en esto de regir á la familia. Si señor: un cero á la izquierda. Hábitos así no se corrigen en días ni en meses. Las muchachas apenas cuentan conmigo; no es que no me quieran, no es que deseen faltarme; es que nunca vieron en mí al que gobierna... y acaso yo también tenga... inexperiencia... y poca firmeza en el mandar.

Esto lo dije lleno de confusión; y si no fuese por la hábil colocación de la luz, hubiese leído en la mirada del Padre,—de aquel hombre tan confitado en hablar y tan rudamente viril por dentro,—un menosprecio que apenas atenuaba la piedad. De todas las miserias en que puede caer el varón, sin duda al Padre le parecía la más vergonzosa la de dejarse usurpar la autoridad por una hembra. ¡Con qué magnífico desdén se regocijaba entonces el Jesuíta de haber renunciado á la unión conyugal, que así curte y reblandece las almas!

—De manera—articuló precipitadamente—que V. no se encuentra capaz, dentro de su casa, de hacer entrar en orden y en razón á su hija, ó al menos de impedirla que se ponga en ridículo... y que nos ponga en berlina á los demás?

Ya no escogía términos el Padre. La desazón, el enojo y la pesadumbre le salían á borbotones por la boca.

—¿En berlina?—pregunté dolorido á mi vez...

—En berlina. Ya que ha llegado la ocasión de decir la verdad... Me molesta, me contraría, me abochorna lo que está pasando... y envenenado por la malicia, es imposible inferir qué proporciones tomará. He puesto en juego cuantos medios están á mi alcan-

ce para que su hija de V. suprimiese ciertas demostraciones... inconvenientes, indiscretísimas. He puesto tasa á las confesiones y comuniones; he evitado toda aproximación, excepto las que me imponía mi santo ministerio; me he servido de mi autoridad espiritual para prohibir cuanto pudiese dar pábulo á la maledicencia; he vedado el canto, porque desde que Argos cantaba, se fijaba mucho más en ella la atención; en fin, nada descuidé... Y como no ha surtido efecto; como está cada día más revuelto aquel meollo; como he notado cosas que... que prueban la debilidad de su cerebro... como me la encuentro á... la pobrecilla... hasta creo que dentro de la faja... como se echa á llorar cuando me ve... como si no me vé me escribe, y casi es peor... como ha dado en la tontería de regalarme pañuelos... y libros... y medallas de plata... que yo devuelvo, ya V. se lo figurará...; creo que ha llegado el instante de que V. venga en mi ayuda... y á la vez se ayude á sí propio. Porque si á mí me contraría ¡bien lo sabe Dios! esta peripecia, á V..., á V. debe de contrariarle mucho más!

Calló el Padre, y como si se encontrase fatigado reclinó el codo sobre la orilla del sofá, y la cabeza en el dorso de la mano cerrada.

¿Por qué mi pensamiento se convirtió entonces hacia ti, oh mi adivinadora, mi maga, mi bruja, doña Milagros? Allí estaba la viva prueba de tu teoría, la clave de tu síntesis del mundo: aquel hombre que en actitud apesadumbrada tenía delante de mí, aquel hombre esclavo de una idea, vestido de negro, severo, inflexible, feo, casi viejo ya, era el Adán, el estrafalario Adán por quien una Eva romántica, incitada del demonio, desdeñaba el mundo, sus pompas y vanidades, y creía abrir las alas remontándose al cielo, cuando en realidad se precipitaba al abismo. La devoción de mi hija; sus rezos, sus deliquios, sus penitencias, su olvido completo de la coquetería femenil, no eran, no, llamamientos de lo divino... Eran aquel hombre y nada más que aquel hombre... ¡Adán y Eva, el drama eterno del Paraíso!

Sin embargo, en cierto respecto, el caso presente desmentía más bien que confirmaba las suposiciones de doña Milagros. Este Adán no era Adán, en el sentido terrenal y profano de la frase: al contrario, representaba la victoria del ángel sobre el instinto del hombre. La reprobación de ciertas flaquezas; la altanera repulsión hacia ciertos pecados; el horror al cenagal de la concupiscencia se pintaban tan claramente en las acentuadas facciones, en el ceño fruncido y en los delgados labios desdeñosos del Jesuíta, que me sugirieron una envidia extraña: envidié á las almas soberbias que ven el pecado

en forma de humillación, y que por poseer la naturaleza grandiosa del águila llegan á adquirir la condición inmaculada del armiño. La protesta del ser espiritual y racional contra la materia impura hermoseaba tanto al Padre, que se transfiguraban las líneas de su rostro, dándole cierta semejanza con un arcángel moreno... un arcángel muy casto... y semirrebelde. Ocurrióseme que la castidad, bella en la mujer, adquiere en el hombre, en quien tiene tanto de inesperada, un tinte majestuoso y sobrehumano.

El Jesuita se levantó de pronto, lo mismo que si le impacientase la prolongación de nuestra plática, y comprendiese que ningún fruto sacaría de ella.

—En resumidas cuentas... ¿intentará V.... probará? Mire V. que la situación actual es insostenible—pronunció con tedio.—Por ahora, el cuentecillo no pasa de las sacristías; hay alguien que *ha visto...* que *ha olfateado...* pero aún no se divulgó por ahí la especiota. Se divulgará bien pronto; ya sabemos lo que pasa. Es la historia de la mancha de aceite.

—¡Qué vergüenza!—exclamé.

—Sí por cierto... y añada V., ¡qué responsabilidad!—agregó de un modo incisivo, paseándose agitado por la reducida salita.—Pues antes de que estalle la bomba... á recogerla. No ignora V. que aquí, lo mismo que en todas partes, existen unos papeluchos indecentes, órganos de las desmedradas logias locales, ó sólo de la desvergüenza y la grosería de quien los escribe. Los tales papeluchos señalan con piedra blanca el día en que averiguan yerros como el de su hija de V. Una señorita de buena familia, joven, hermosa, y un Jesuíta... ¡qué presa para esos sabuesos viles! Ya oigo sus ladridos irónicos; ya leo el suelto indigno, ya veo la asquerosa caricatura obscena... Ya me parece que las mejillas se me abrasan de rubor y que las manos me tiemblan, porque no pueden abofetear, como lo merecería, al miserable...—Y al expresarse así, el Jesuíta se me venía encima, con las manos abiertas y en actitud de agarrar *algo* para deshacerlo.—¡Tantos años pasados en rogar á Dios que aparte de mí hasta la sombra de una calumnia; tantos años de combate, tanta perseverancia en el ejemplo... expuestos á perderse por la insania de una... de una... de una pobre joven! ¡De cuantos deberes tengo que cumplir por obediencia, el único que me cuesta esfuerzo es éste de confesar á mujeres! Lo cumplo, lo cumplo... ¡pero si V. supiese lo que se sufre! No parece sino que el aliento de la mujer envenena el aire... En fin, D. Benicio, ¿me promete V. sacar fuerzas de flaqueza? Se lo ruego por amor de Cristo sacramentado.

—Padre—murmuré—yo he de hacer cuanto me sea posible; pero quién sabe si exagera V. algo nuestra desdicha. No me toca defender á mi hija en este caso: cuando V. dice que... que le molesta... que le acosa... cierto será...; pero tal vez sus intenciones no cederán en pureza á las de V.; acaso sólo por imprudencia, por exceso de celo, por fervor mal entendido, pecaría.

El Jesuíta se había vuelto á sentar, quedando su rostro en la sombra. Un ligero estremecimiento de su cuerpo respondió á mi frase, y después como violentándose articuló:

—Poco importa la intención al mundo, que ve las cosas por fuera. Yo le apercibo á V. como padre, porque, si no lleva á mal mis palabras sinceras, le diré que V. responde de esto que pasa... En mi ya largo ejercicio de confesor, he tenido á veces la desgracia de... de tropezar con mujeres... cuya cabeza regía mal, pero eran solteronas ya entradas en años, versos sueltos, por decirlo así, y no tenían las infelices quien las contuviese. Una señorita tan joven y de las... condiciones... de su hija de V. jamás se me atravesó en el camino... Sólo una huérfana podría... No me haga V. creer que sus hijas están huérfanas ó que deberían estarlo.

Sentí que la sangre se me arrebatava á las mejillas y tartamudeé:

—¿V. sabe que mi hija quiere entrar en un convento?

—Su hija de V....—contestó reposadamente el Padre...—Sí, su hija de V.; pero no su hija María Ramona, que es de la que hablamos.

—¿Eh? ¿Qué... qué dice V.?... María Ramona... Argos divina...

—¡No señor! Pero ¿así andamos? Veo que nuestra conversación era más necesaria de lo que yo mismo creía. ¡Válgame la Virgen santa! ¿Es posible que hasta ese extremo dispongan de su persona los que de V. dependen, sin consultarle, sin enterarle siquiera? Don Benicio... ¡la autoridad del padre es sagrada, procede de Dios! ¡El que no la sostiene y no la ejercita, renuncia á sus más santos derechos! ¡El que forma lazos y engendra familia, contrae deberes; V. ha permitido que todo se subvierta, que todo se corrompa en su casa de V.! ¡Lamento no haberle conocido á V. antes, para repetirle sin cesar que quien manda, manda, y que mujeres entregadas á sí mismas no pueden dar al varón prudente sino amarguras!

—¡No sé lo que me pasa!—exclamé ya aturrullado.—¡Pero por Dios, acláreme V. el enigma! ¿Qué sucede? ¿Cuál de mis hijas, si no es Argos, aspira á la vida monástica?

—Argos, como Vds. la llaman... esa... esa será monja cuando yo sea obispo—y una pálida sonrisa jugó en los marchitos labios del Pa-

dre.—La que ingresará muy pronto en las Benedictinas de San Payo de Compostela, es... ¡increíble parece que V. lo ignore! Clarita, la segunda.

—¡Clara!

—La misma.

—¡Clara!

—¿De qué se asombra V.? Clara ve el mundo tal cual es... y no quiere vivir en él. Es también mi confesada: he combatido al principio su vocación, lo tengo por sistema invariable; pero un día tras otro la vocación ha resistido á mis ataques, y he llegado á aprobarla y á alabar la resolución de la señorita. Su vocación no es de esas arrebatadas, ardientes; no la produce ningún amoroso desengaño, ningún antojo ó desarreglo del alma; es una determinación madurada despacio, fundada en razones sólidas y en consideraciones que revelan juicio y discernimiento!

—Clara vale mucho—exclamé entre afligido y lisonjeado.

—Vale, vale... Piensa como un hombre—dijo indulgentemente el Jesuíta.—Sabe que no ha de heredar grandes bienes de fortuna: ve que pasa tiempo y no la han pretendido aquellos jóvenes á quienes podría aceptar y con quienes podría ser una buena esposa; no quiere ni imaginar bodas con un hombre desagradable, que la repugne; cree, y no se engaña, que si el matrimonio encierra felicidades, también trae consigo grandes penas; y, por último, en la imaginación de su hija de V. ha labrado huella el espectáculo de la incesante fecundidad de su madre, el verla sufriendo siempre, siempre en cinta, expuesta á las contingencias de un parto, y, por último, el verla morir como murió... En fin,—pronunció el Jesuíta con voz mordiente,—la han asustado Vds. Clara es de complexión tranquila, amiga del reposo, de la vida regular y metódica, de las horas fijas, de la paz, de la calma, de la dignidad. En las Benedictinas estará como en su centro. La regla no es estrecha; el convento tiene una huerta preciosa.

Miraba yo al Padre, atónito y subyugado ante aquel hombre que me hablaba por primera vez, y conocía mejor que yo los propósitos, el corazón y el carácter de mis hijas.

—Debe V.—añadió el Padre—alegrarse mucho del monjío de Clara. En el convento será dichosa: los embates y las luchas del mundo no llegan allí. V. no tendrá que pensar en dote...

—¿Eh?

—Nada; la dota su padrino, el Penitenciario de Lugo...

Yo me cogía con las manos la cabeza.

—¡Estoy soñando! Clara... ¡mi Clarita! ¡Pero si nada me ha indicado; si hace la vida normal; si se arregla, se adorna, ríe, se pasea con sus otras hermanas! Buena cristiana, sí; pero no se come los santos... ¿Está V. cierto, Padre? ¿Está V. cierto?

—Sí, señor... No se lo diría á V. á no estar certísimo. Ahora llega V. á su casa, y se lo pregunta á ella misma... En fin, para ser francos del todo, señor de Neira... Clarita me ha dado la comisión de enterarle á V. No se atrevía... y contó conmigo para este encargo. Ya lo desempeñé... Ruego á V. que lo tome como se deben tomar cosas que ni nos perjudican ni nos avergüenzan. Pero que por Clara no se le olvide á V. María Ramona. Clara marcha bien. ¡A la otra, si tiene V. carácter!...

¡Carácter, carácter! ¡Qué pronto se dice eso, Padre Incienso de mi vida! ¡Quisiera yo que hubieses sido casado treinta años con doña Ilduara Pimentel... y ya veríamos en qué paraban tus fueros y tus bravezas! El manso gato casero no es el tigre, y el Jesuíta no es el marido... Por el camino, desde la residencia á mi casa, tracé unas entradas terribles, unas catilinarias de papá fiero... y al abrirse la puerta y aparecer las chiquillas, sólo supe decir:

—Hijas, ¿está la cena? Vengo muerto de debilidad.

Y cuando Clara, un poco humedecidos los ojos, se me colgó del cuello, todo lo que pude exclamar fué:—¡Ay Clarita! ¿Qué debía yo hacerte? ¿De cuando acá á los padres los enteran los extraños?

## XII

Me había ordenado en el confesonario el Padre Incienso que procurase no estar nunca, nunca á solas con mi peligrosa amiga; y deseoso de obedecer al pie de la letra, no tuve medio de enterarla de lo referente á Clara y Argos, y consultarla para que su incomparable talento me guiase y aconsejase; porque yo no sabía qué hacer, ni cómo echarle á Argos dobles llaves y triples cerrojos á fin de que dejase vivir á la gente.

Pasado el alboroto de los primeros instantes, se me figuraba que hubiese podido acercarme á doña Milagros, oír su habla gra-

ciosa y disfrutar de su compañía, sin que se desmandase ningún instinto inferior, ni apareciese ninguna forma baja é indigna del acendrado afecto que me inspiraba aquella mujer seductora. Ni aun me explicaba cómo habían podido desencadenarse en mí los malos impulsos. Esperaba no reincidir; en lo sucesivo consagraría á la señora, al par que un cariño hondo, un delicado respeto, el que merecía por sus virtudes. Virtudes he dicho, y no me retracto: rabien los lenguateros de la Sociedad de Amigos: el caso de Sobrado estaba ahí; yo tenía pruebas. El figurarme á doña Milagros honesta, legal, incólume en su deber, me tranquilizaba; depurábase mi cariño, y se calmaba mi espíritu contristado.

Siguiendo otro consejo del Padre, avisé al médico para saber ante todo lo que procedía hacer con Argos, y cómo asistir á tan rara enferma. Y mientras ella estaba en el templo, y las mayores de paseo con la comandanta, y las chiquitas jugaban bajo los soportales, custodiadas por la niñera y por *Visanté*, Moragas acudió, dándose por enterado aun antes de que yo le expusiese el caso.

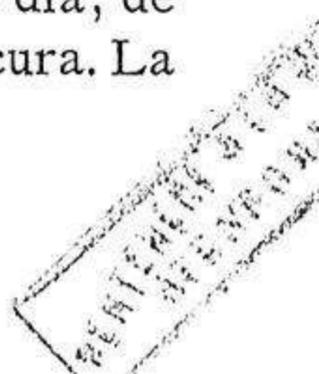
—Su hija de V.—me dijo—hace tiempo que me llama la atención. Es cosa notable: una imaginación servida por órganos... y también perturbada por algunos. Ya V. me conoce: ya sabe mi manera de pensar... Pero no seré yo quien incurra en la vulgaridad de echar á la religión culpas que no tiene. Argos ha nacido con una fantasía exaltadísima, candente, rica, dominadora, y tendencia á dramatizar la vida. Es, por vocación, actriz, y neurósica por temperamento. En esta clase de naturalezas, á veces se desliza la niñez y parte de la juventud sin revelar lo que late, porque faltó el móvil, la sacudida inicial. Esta ha sido para Argos la muerte de su madre y las escenas que precedieron y siguieron á esa muerte. Cuando su difunta señora de V. cogió en brazos á la niña y amagó arrojarla por la ventana; cuando Argos se echó á llorar conociendo que su madre se moría; cuando al verla morir se quedó *cortada*, sin llanto; cuando luego se abrazó al cadáver y se arrodilló delante del Crucifijo, fué sufriendo otros tantos embates que la desequilibraron.

—Pero...—murmuré, sin comprender bien —¿V. cree que está la niña... trastornada?...

—Enferma; diga V. enferma.

—¿Loca?—interrogué como si sollozase.

—¿Qué adelantaremos si contesto que sí?—exclamó el médico.—Las fronteras de la locura están por deslindar: ese terreno no se ha acotado. Hay locos de un minuto, locos de una hora, de un día, de un año, de diez... Nadie se muere sin el cuarto de hora de locura. La



razón nuestra no es una lámpara fija, inalterable, resguardada por un globo de vidrio, sino una antorcha, agitada por el viento...

Como yo callase, Moragas volvió á tomar la ampolleta:

—No se figure V. que lo de Argos es cosa nunca vista. Al contrario: la exaltación nerviosa es un mal característico del sexo. Tampoco piense V. que me parezco á esos que creen que hay dos medicinas, una para la mujer y otra para el hombre. Si el padecimiento de su hija de V. se presenta más á menudo en la mujer ó casi exclusivamente en ella, no es tanto por diferencias de organización, como por las de educación y vida social. El varón que nace dotado de esa ardiente fantasía, de esa sensibilidad que notamos en Argos, tiene mil modos de emplearlas: el estudio, el arte, el trabajo, la distracción, la multiplicidad de las relaciones exteriores... y... no se asuste V.... el amor *real*.

\* —¡Señor de Moragas!— exclamé.—No entiendo... Hábleme V. como á un ignorante que soy: dígame en qué consiste la enfermedad de mi hija y cómo se cura.

—A eso voy... ¿Se acuerda V. de un refrán que dice: *carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda?*

—Lo cual significa...

—Que como la mujer no puede dar carrera ninguna... á no ser que la dé para perderse... se le va almacenando dentro, en los sentidos, en el cerebro, en el corazón, toda esa fuerza... y, en ciertas organizaciones, se produce fatalmente la explosión... ¿Todavía no me ha entendido V.?

—De suerte que las muchachas vienen á ser así... como una bomba de dinamita bien cargada, y que al menor contacto, al menor sacudimiento...

—No las muchachas todas... pero sí algunas muchachas... bastantes muchachas... las que poseen en alto grado ciertas facultades y no logran atrofiarlas con la vida pasiva á que las costumbres y las instituciones condenan á la mujer. ¡Pobrecillas! ¿Qué quiere V. que hagan, D. Benicio?

—¿Qué?—exclamé.—¡Lo que hicieron siempre... lo que hizo mi santa madre! Mucho coser... mucho rezar... en casita... y querer á su marido y á sus hijos!

Cuando expresaba estas opiniones tan cuerdas, parecióme que la sombra de Ilduara, irritada y fatídica, lívida de color, cruzaba por delante del vidrio azul de la galería—porque en la galería pasaba esta plática.—Y sobre el vidrio amarillo, como bañada en luz de oro,

aparecióse doña Milagros. Ninguna de aquellas dos mujeres, tan diferentes entre sí,—las dos á quien yo había querido,—se asemejaba á mi madre en lo más mínimo. Entonces pensé que tal vez suceda con las mujeres lo que con los hombres, y lo que es bueno para unas sea para otras ominoso y detestable. El Doctor, entre tanto, alisando su blanco cabello rizado, estirando sus niveos puños, derecho y engallado, sonreía maliciosamente.

—Me parece que no está V. conforme, señor de Moragas—añadí al notar su buen humor.

—No... lo que pasa es que se me figura que hablamos dos idiomas diferentes, y que por este camino no podremos entendernos jamás. Con el fin de que nos entendamos en lo indispensable, en lo referente al tratamiento de su hija de V., sólo le ruego que se haga cargo de una cosa: que para querer al marido y á los hijos hay que empezar por tenerlos... y que acaso, si Argos los tuviese, no descarrilaría. ¿Puede V. casarla? ¿No? ¿Entonces cómo quiere V. que realice el tipo ortodoxo de la hembra de nuestra especie?

Según hablaba Moragas, pensé en mí mismo, y vi con extraña lucidez que yo, yo en persona, Benicio Neira, sí que realizaba el tipo señalado como ortodoxo para la mujer. Empapado en las ideas de mi madre acerca de la organización monárquico—absoluta de la familia, y no pudiendo plantearlas porque mi esposa no se había sometido á mí, las había planteado sometiéndome yo á ella y viviendo única y exclusivamente para mis funciones de *esposo* y *padre*. No había cosido, es cierto; pero otros oficios domésticos que, en mi opinión, incumben á la mujer, los había aceptado en ocasiones dócilmente. Una llamarada de rubor me encendió el rostro: no estaba seguro de mi virilidad; parecíame sentir alrededor de mi cuerpo crujido de enaguas. Por fidelidad á mis ideas tradicionales, ¿habría yo sido en mi casa el *hembro*? ¿Tal vez quien no sirve para amo es necesariamente esclavo?

—Señor de Moragas — dije en alta voz y sin fe—que yo sepa, no piensa en amores mi hija. Trátase de una monomanía mística; si algo tememos es que se nos meta monja.

—Señor de Neira—respondió el doctor,—yo le aseguro á V. que no hay tal, y su hija está perturbada en el terreno amoroso. La congestión de la fantasía ha parado en eso; y cuando lo digo, tengo mis razones. La he examinado atentamente; pero no atribuya V. este rasgo mío á perspicacia, no; la malicia se ha adelantado á la ciencia, y corren voces por ahí...

—¿Qué voces?—exclamé alteradísimo.

—Las que nunca faltan... Las de los innumerables chismosos de cada pueblo.

—Pero... ¡Dios mío! ¿Con quién? Argos...

Moragas tecleó en la pechera.

—Es difícil mi situación. La de V. también. Hay otra situación peor todavía: la del hombre que, obligado á evitar, no ya el pecado, sino hasta la apariencia de él; más sujeto dentro de su sotana que las vírgenes dentro de su blanco traje; forzado, sin embargo, á tratar con mujeres, á oír sus íntimos secretos, á ser, como ellas dicen, su *director espiritual*, su confidente, su amigo, ve á alguna de esas mujeres—de cuya conducta, en cierto modo, es responsable—caer en el abismo de la pasión imposible, absurda, reprobada, sin finalidad. ¿Qué se hace en casos así?

No dijo más Moragas, ni era preciso para que yo comprendiese que tales noticias confirmaban enteramente las del Padre Incienso. Y la aflicción, la paternal humillación que sentí fueron tales, que se me saltaron las lágrimas. Por primera vez de mi vida apreciaba uno de los aspectos terribles de la solidaridad entre padres é hijos: la responsabilidad que nos toca en el mal que no hemos cometido, como autores del autor de ese mal.

La mano del doctor se apoyó en mi hombro.

—¡Animo! ¡Ea! ¿Qué es eso? Alégrese V. de la persona en quien recae el extravío de Argos; esté V. cierto que no abusará de él. ¿Quiere V. saber más? Vamos, yo le voy á decir todo... siempre que prometa tener valor.

—Lo tengo—respondí;—sólo que lo que atañe á mis hijas, en esto de la honra, es lo único que me aplasta... Pero diga V...., diga.

—Pues allá va... Conviene que V. sepa que *él* mismo fué quien me avisó de... de la enfermedad de Argos.

—¿*El*?

—Sí... el director... Y mire V.... yo, el médico empecatado, el librepensador empedernido, tengo que reconocer que el diantre del Jesuíta se porta como hombre de bien... y además como hombre experto. Estuvo á gran altura de discreción. Díjome que sabiendo que soy el médico y el amigo de la casa, se creía en el deber de llamarme la atención respecto al estado de salud de Argos... Me rogó que me fijase en ciertos fenómenos y síntomas, y dióme á entender que, entre las manifestaciones de la enfermedad de su hija de V., había algunas que rebasaban del límite de aquellas que la medicina puede combatir... Añadió que, por su profesión y ministerio, estaba habituado á ver casos semejantes, y que, hecho á dife-

renciar los verdaderos llamamientos de Dios de las ilusiones que se forja la fantasía humana, no atribuía gran valor á ciertas cosas... extraordinarias... peregrinas... que le ha referido Argos, y las consideraba síntomas de un estado de perturbación causado por la muerte de su madre...

Callé. Algo ardiente me quemaba el rostro. Al fin, pude preguntar:

—Y... ¿qué síntomas raros son esos... de que habló el confesor de mi hija?

—Los hubiese yo podido relatar antes de oírle á él y de verla á ella... La exaltación nerviosa; la alteración funcional del sueño y de la comida, que ella toma por devoción, diciendo que ayuna al traspaso cuando deja transcurrir un día entero sin probar alimento; la insensibilidad al frío, que la permite pasarse la noche en camisa, rezando; el buscar el mismo frío para calmar el ardor de la piel, echándose sobre el santo suelo; y, por último, algo alarmante: las alucinaciones... Del oído: su hija de V., á cada momento, cree oír la voz del Padre que la ordena que haga esto, aquello ó lo de más allá... De la vista: su hija de V. cree que á ciertas horas se aparece, á su lado, el Padre... y siempre de pie, y al lado izquierdo siempre... Pues aún hay más... ¡Hay más! Voy á enterarle de una cosa que V. no sabe, y... vamos... cosa peliaguda... Argos supone con toda formalidad, que tenía... ¡ahí es nada! una llaga milagrosa en la frente... como una santa... ¡no sé cuál! V. recordará mejor.

Retrocedí, mirando espantado al médico.

—No se asuste V.... Oiga con calma... En efecto... la frente... ¿no ha reparado V. que la llevó vendada algunos días? La frente de su hija de V.... ha sudado sangre.

Mi palidez, mi temblor, fueron tales, que sobresaltaron á Moragas. Sentí un estremecimiento que bien puedo calificar de terror sagrado: aquel escalofrío de que habla Job, que entre las nocturnas tinieblas heló en sus venas la sangre y erizó sus cabellos, vino á resbalar, como un hálito de tumba, sobre mi rostro que la angustia bañó en sudor glacial. Mis cincuenta años de fe; las creencias mamas con la leche y enraizadas en el corazón; todo aquel fondo de catolicismo, que yo ignoraba á veces, pero que no por eso dejaba de regir mi conciencia, mis sentimientos y mis actos, se condensó en un solo grito, en una exclamación venida del alma:

—¡¡Jesús!!

Y Moragas, cogiéndome del brazo y apretándome con sobrehumana energía, respondióme:

—No es Jesús, no... Le hablaré á V., no como habla el médico, sino como hablaría el mismo Padre Incienso si V. le consultase... Jesús debe de complacerse en la pureza; Jesús debe de aborrecer la amalgama de la pasión humana y profanísima, con las formas castas y místicas del amor... No es el dedo de Jesús el que abrió en la frente de Argos esa llaga. Es la circulación alterada por los fenómenos histéricos, y que, congestionando un punto cualquiera de la epidermis, lo hincha hasta que rompe la piel y sale la sangre por allí... Es un fenómeno característico de la enfermedad, que combatiremos por medios racionales... Tan natural es eso, como el sangrar por las narices... No corre peligro la vida... Lo que sí peligras es la fama, es la consideración de su hija de V. ¡Ya empieza á susurrarse...! ¿Sabe V. quiénes lo llevan y traen, quiénes lo propalan? Esas beatuelas, esas ratas de sacristía, esas *diletantes* del confesonario, que tienen de ella... ¿cómo me explicaré? una especie de celos... sí, de celos. Zoe Martínez Orante, Paciencia Borreguero, Regaladita Sanz, han sido las primeras en notar ciertas tonterías de Argos... y en comentarlas con frases de emponzoñada miel. Yo puedo atender al cuerpo: á la reputación, sólo V. puede.

—¡Dios mío!—murmuré lleno de aflicción. —¡Dios piadoso! Bastante es para un hombre, señor de Moragas, cuidar de su propia conciencia, de su reputación propia; celar su honradez y librarla de manchas feas... ¡La reputación de los hijos debiera ser sagrada! Sagrada, sí; los que atentan á ella proceden como infames... ¡Ah! ¡Que no haya castigo para estos delitos! ¡Mi hija desconceptuada! ¡La pobrecilla, que ignora tal vez su estado; que se cree inspirada por el cielo!

—Así es. Ella tiene en esto la misma responsabilidad que tendría si la saliese un tumor, ó la doliesen las muelas. En fin, no amontonarse. Calma, mucha calma, calma sobre todo. Voy á poner un directorio en regla: V. se obliga á que lo observe la muchacha, y V. sobre todo, no me la deja ir á la iglesia... ni á otros lugares de perdición...! Y dentro de dos ó tres meses, según esté Argos, nos la llevamos á la Erbeda á beber leche y desgranar maíz. Campo, aire, libertad, sueño, comida. Nada más por ahora!

La tarde de este mismo día, entróme una impaciencia, un escozor de comprobar por mí mismo la verdad de las afirmaciones de Moragas y saber si, en efecto, andaba en lenguas la honra de mi hija. Se me figuraba—y no iba descaminado—que sólo con acercarme á la Sociedad de Amigos, leería en los rostros la calumnia. Resuelto á observar, embocéme en mi capa y me fuí á la Sociedad,

á la hora en que sabía yo que se esgrimían las tijeras y el cuchillo.

Así que entré, pude comprender que, en efecto, allí se murmuraba, y lo que más me demostró que se hablaba de personas para mí queridas, fué que, al llegar yo, se estableció de súbito en el corrillo embarazoso silencioso. Como si mi presencia les hubiese echado una rociada de granizo, callaron á la vez, y sorprendí codazos, gestos, miradas expresivas que decían con elocuentísimo lenguaje: "Ahora no podemos continuar. Hay papel de estraza. A otro asunto."

Entonces sentí un impulso que no había notado jamás en mis cincuenta años de vida esencialmente pacífica. Fué como una remoción, en lo profundo de mí, de todos los instintos animales y sanguinarios de que no carece ningún hombre. Fué un deseo vivo, ardiente, incoercible, de destruir, romper, ahogar, hacer trizas. Sí; gustoso, gustosísimo, hubiese cogido á todas aquellas gentes, y las hubiese retorcido entre mis flacas manos como se retuerce la ropa mojada. Una visión horrible me pasó ante los ojos: parecióme ver á mi hija, á mi niña querida, al pedazo de mis entrañas; pero verla... ¿cómo lo diré sin que se manche mi boca?, despojada de los ropajes que velan el pudor, tendida, pálida, exánime, sobre una losa de mármol; y las miradas de aquella gente maldita se clavaban en ella, escudriñaban su hermosura, la registraban ávidos é impúdicos, la profanaban... ¡Ah! ¡Qué tentación, repito, de lanzarme á ellos y despedazarles! Acordéme de la gallina, que á pesar de su mansedumbre, se eriza y enfurece para defender á su progenitura ¡Yo me volvía león!

Algo extraño debía de notarse en mí, para que Mauro Pareja, *el Abad*, mirándome fijamente, me cogiese de un brazo y me llevase, como en amistosa demostración, hacia el cierre de cristales que daba al mar, en el salón de lectura.

—D. Benicio... ¿qué le pasa á V.?—preguntóme.—Parece que está V. así... como inmutado.

—No sé...—murmuré apenas repuesto de la horrible impresión, —No sé... Déjeme V. ahora... aguarde un poco...!

Y de pronto, encarándome con él:

—Mire V., D. Mauro... V. es amigo mío... V. me aprecia; digo, yo creo que me aprecia. Deme V. una prueba de amistad: una sola...

—Diga V.... ¿De qué se trata?

—Pero no ha de engañarme V.

—¡Si no sé que es ello!—exclamó cada vez más sorprendido.

Al ver mi angustia, añadió:

—En fin, bueno... se lo prometo á V. Explíquese.

—Pues dígame ¡pero con verdad! de qué hablaba esa gente cuando yo entré, y por qué callaron de pronto.

Mauro Pareja reflexionó breves instantes. Vi en su rostro señales de perplejidad. Al fin, enarcando las cejas:

—¿Me promete no sulfurarse?

—Haré lo posible... Venga... Espero.

—Después de todo, si se sulfurase V., valiente tontería... Cuando no se trata de personas que á uno le tocan muy de cerca...

—No entiendo... ¡No entiendo!

—¡Vamos... oiga...! Como V. es tan *amigo*...—y Mauro recalcó la frase—del comandante de Otumba... y como se hablaba del escándalo... del escandalito monumental...

—¿Qué escándalo?—interrogué.

—¡Hágase V. de nuevas! Lo del asistente...

—Del... ¿del asistente?

—¡Vamos! ¡Conmigo no sirven disimulos! Ese asistente tan buen mozo... ¡Pues es un grano de anís!... V. me decía que las murmuraciones contra doña Milagros no tomaban forma nunca... Ya la han tomado... ¡y muy gallarda! Si yo soy mujer, creo que por un chico tan guapo... Aunque... francamente... la clase... si doña Milagros no tiene el mismo aristocrático abolengo que el Vicente!

Apoyéme en los vidrios. Me caía. El mar dió vueltas y el cielo también. Entreoí que dijo Mauro Pareja:

—Pero, ¡qué rábanos, Don Benicio!... ¡Se nos va V. á desmayar como las mujeres!

### XIII

¡Oh Dios, autor nuestro; Dios que sacaste de la nada esta hermosa bola verde-mar y color de chocolate, que gira por el espacio azul llevando en su seno tantas maravillas de la naturaleza, de la civilización, del arte y de la industria! ¡Oh Dios, que cuentas entre tus atributos la universal presciencia y la suprema sabiduría; Dios, que

todo lo haces con número, medida y peso; Dios, que enlazas á la causa el efecto y derivas el fenómeno del número; Dios, que sólo puedes tener por divisa la armonía y la lógica inflexible; Dios, que te propusiste un plan y en ese plan simbolizaste la razón suma...! ¿por qué dividiste á la humanidad en dos sexos?

¡Te hubiese sido tan fácil, Señor, al formar al ser humano, constituirle de suerte que no se encontrase descabalado y solo, y no le apremiase sin cesar el impulso de reunirse con la otra mitad de la naranja, á riesgo de tropezar, en vez de medio fruto dorado y deleitable, media venenosa poma! Este estímulo; esta sed, menos material que psicológica; este desasosiego esta inquietud, estas rabias y dolores que nos atarazan el espíritu, ¿por qué, Señor, por qué nos las impusiste á nosotros, efímeras criaturas de una hora, destinadas ya á tantos sufrimientos? ¿Por qué condenaste al *amor* á los que ya estaban condenados al *trabajo* y á la *muerte*?

Todavía, Señor, comprende mi flaca inteligencia que esa ley amorosa nos obligue durante el período indispensable para que no se extinga la especie humana; todavía me avengo, de buen grado, á que por instantes se alborote y encalabrine el barro vil de nuestro cuerpo; pero el alma; Señor, la porción inmaterial y purísima, que guarda en sí la centella divina de su origen, ¿no valdría más que se mantuviese libre y tranquila, en plácido sosiego, dedicada sólo á contemplarte, á admirar tu grandeza y á esperar el momento en que Tú la recojas?

¡Porque en efecto, Señor, para los fines de la conservación de nuestra especie, corto tiempo bastaría; y los que han llenado—tal vez con exceso— el deber de impedir la extinción de la raza humana, verbigracia yo—deberían— así como al jornalero se le otorga descanso cuando ha cumplido su tarea—encontrar el reposo y la calma del corazón y de las potencias, y dominar con serena sonrisa la lucha de las pasiones!

¡Lo has querido así, Señor... y sin comprender tu voluntad, la respeto! Has dispuesto que, atraídos sin cesar por el sexo contrario, sin cesar también, si hemos de acatar tus leyes, lo evitemos, lo hu-yamos, pongamos barreras entre él y nosotros. Y procuramos hacerlo así, para servirte. Pero tómalo en cuenta, Señor... porque si es fácil, sobre todo cuando se han calmado los hervores de la mocedad, huir de un cuerpo que la ilusión nos representa divino... es casi imposible apartarse de un alma en quien teníamos cifrada nuestra espiritual delicia!

Si hubiesen podido tomar forma mis atropellados pensamientos,

—al volver de la Sociedad de Amigos llevado del brazo por Mauro Pareja,—creo que sería muy análoga á la de los párrafos anteriores. Bajo la impresión de la bochornosa nueva; en medio del dolor que me aplanaba y casi me embrutecía, mi imaginación, excitada por acontecimientos recientes, alzaba líricamente su vuelo para preguntar á la Providencia la razón de ser del perpetuo conflicto entre las pícaras mujeres y los bellacos de los hombres. En aquella triste hora de desengaño y vergüenza, creía verlo todo claro: el fundamento de las desconfianzas de mi esposa; su perspicacia al rastrear la condición de la comandanta de Otumba; la razón suficiente de mis defensas y de mis caballerescos arrechuchos; el móvil de mi conducta al confiar mis hijas á doña Milagros; el verdadero carácter de semejante mujer, buena y sencilla en apariencia, en realidad impúdica y torpe como las romanas emperatrices... Porque, señores, sólo con una emperatriz romana, de las que entronizaban momentáneamente á sus esclavos, se me ocurría comparar á la inicua, á la falsa, á la perversa...

Pensando estoy, lector y juez mío, que al llegar aquí dirás: pues hombre ligero de cascos, mal pensado y tornadizo, ¿cómo das tan fácilmente crédito á la más ofensiva de las imputaciones que contra esa señora se formulan, mientras desdeñabas con olímpico desdén otras hipótesis por cierto esilo menos infamantes y algo creíbles?

Es muy cierto, y yo también reflexioné sobre esta anomalía, y vine á deducir que, como sucede con todas las cosas del mundo, lo creí... no porque me lo dijese, sino porque instintivamente ya lo creía antes, desde el mismo día en que doña Milagros me expuso aquella célebre teoría acerca de nuestros primeros padres, y después me llevó á la cocina para enseñarme cómo había encontrado la perla de los servidores...

Mi movimiento de repulsión al notar la arrogante presencia de Vicente; el impulso profanísimo, inesperado, que sentí en la antecámara, no habían sido más que avisos, intuiciones de unos celos que aún no se conocían á sí propios. A primera vista yo no había podido definir ni precisar lo que temía, porque me engañaba la desigualdad de condición social entre la señora y el mozo valenciano... Pero, bien mirado, ¿dónde estaba semejante desigualdad? Doña Milagros (bien lo decía Ilduara) pertenecía al pueblo por los cuatro costados. La sobrina de la tomatara de Chipiona no tenía por qué hacer ascos, como no fuese por virtud, al soldado raso, hijo tal vez de algún honrado labriego de la ribera, y no inferior á su ama ni en origen, ni en principios. El mismo encanto de doña Milagros—

la simpática espontaneidad, la frescura de sentimientos, la sinceridad, la abnegación, la completa ausencia de esas pretensiones ridículas y mezquinas que afligen á la mesocracia—bien podía poseerlo Vicente, así como poseía una belleza noble y varonil que los caballeros ¡ay de mí! le envidiábamos en balde.

Pensando en esto, casi se me saltaban las lágrimas de despecho y rabia. No ha de llamarse celos los que yo sentía, entonces: era más bien un remordimiento doble y agudo: el de haber ofendido y abreviado la vida á mi buena esposa, el de haber confiado mis hijas á semejante mujer. ¡Ah, todo se acabaría, todo! La ruptura de la amistad sería completa, irremediable y pública: prefería dar, como suele decirse, mi brazo á torcer, reconocer tácitamente que había sido un bolo, y vivido en el más risible engaño, á fin de extirpar de una vez aquella mala hierba enraizada ya en mi hogar!

“La extirparé, quien lo duda,—afirmaba entre mí.—Pero al mismo tiempo, cierta vocecilla desalentada y mofadora decía también allá en los últimos repliegues de mi conciencia: —“No la extirparás, porque te faltará valor. Tú eres hombre que ha soportado el destino, pero no lo ha dirigido y dominado nunca. Tú tienes de varón sólo la forma: tu espíritu es pasivo, dócil; por el cauce que le abren, se desliza: no sabe rebelarse y arrostrar los obstáculos. Tu política es la política de los aplazamientos y de las temporizaciones; tu ética, la resignación; en tu niñez sólo aprendiste á sufrir, sólo viste ejemplos de mansedumbre y paciencia: el resorte de tu carácter está roto; no te erguirás; seguirás consintiendo que una mujer liviana haga de madre de tus hijas, y ocupe el lugar de la intachable señora á quien mató...” ¡Porque hasta de asesinar á Ilduara acusaba yo entonces á doña Milagros!

Con tan negras cavilaciones entraba yo, del brazo del Abad, bajo los soportales de la plaza de Marihernández, paseo muy concurrido en los días de lluvia,—aunque por lo general estuviesen más húmedos que la misma plaza.—Mauro Pareja, que me sostenía, preguntóme cortésmente:

—¿Se encuentra V. mejor?

—Gracias, mucho mejor me encuentro... Yo acostumbro padecer esos vahidos—respondí.

—No es nada: ya lleva V. otra cara: allá se desencajó V. enteramente: parecía un cadáver. Pero, antes de que llegemos á su domicilio de V., quiero atar el cabo que nos dejamos suelto cuando V. se indispuso. Todo lo que yo le dijese á V. de lo que se glosa en el pueblo respecto á doña Milagros y al asistente buen mozo, sería

flor de cantueso al lado de la realidad. Hace años que no había disfrutado Marineda escándalo por el estilo. Sé que corren por ahí unos versos de Primo Cova, que arden en un candil: pimienta fina... Se han sacado de ellos una docena de copias... pero no he podido conseguir ninguna todavía, y eso que me los prometió el condenado... Así que los tenga se los leeré á V... Y nos reiremos.

Hice el gesto que haría un sentenciado á garrote si al ajustarle el collar le dijese el verdugo una chanza, y el Abad continuó:

—Los detalles son de este género: que Vicente le abrocha las botas y le ajusta el corsé á su ama... En fin, le aseguro á V. que la historia no tiene desperdicio. Yo no sé si á V. le agrada ó le contraría que le entere: pero se me figura—y noté en el acento del Abad cierta conmiseración—que yo estaba en el deber de enterarle. Era cargo de conciencia el permitir que por ser V. la única persona que á estas fechas no se hacía cargo, consintiese que sus lindísimas hijas... lo demás... ¿qué diantre importa? Eso es lo que conviene evitar.

—¡Ay amigo mío!—murmuré con aflicción.—¡Eso es más fácil de decir que de hacer! Crea V. que me veré comprometido...

—¿Quiere V. un consejo bueno? Se muda V. de casa.... ¡y andando!

Excelente encontré el parecer. A los miedosos les es grata y fácil la retirada. Mudarse, sí, mudarse; romper ese nudo sutil y apretado de la vecindad, que estrecha toda relación como irrita toda antipatía; suprimir los encuentros en la escalera, las paraditas en el portal, las bajadas y subidas de los niños, el inevitable roce, hasta el ruido de muebles que recuerda la proximidad de la persona en quien no quisiéramos pensar... Mudarme, sí; ni había otro arbitrio ni otro remedio.

—Tiene V. razón—dije al Abad:—lo único que me resta es mudarme bien lejos, á la calle de la Unión de Cantabria... ó á la plaza de Compostela... ¿Gusta V. subir á descansar?

Négose cortésmente el Abad, fiel á su inalterable resistencia de solterón empedernido, que no entiende de poner los pies en casa donde hay señoritas casaderas. En este punto, Mauro Pareja era incorruptible, y yo que lo sabía, no insistí.

En el mismo portal encontré á mi casero Baltasar Sobrado, que se disponía á emprender la ascensión, y nos saludamos cordialmente. Hacía tiempo—desde que él asediara á doña Milagros en nuestra tertulia—que no nos dirigíamos la palabra el rico viudo y yo. No sé por qué razón ahora me aproximé á él con un apresura-

miento que puede llamarse amistoso. El me tendió la mano bien enguantada y me dedicó una sonrisa semiprotectora, semiconfidencial, colocándose en la actitud de un hombre que quiere demostrar que no ha dado importancia á los candorosos desplantes de otro; y yo, aprovechando la ocasión favorable, con esa precipitación de los que no están seguros de mandar en su voluntad al día siguiente, díjele que tenía deseos de mudarme; que la casa era muy cara para mí, y que le agradecería me advirtiese si en alguna de las suyas había un piso desalquilado,—pues Baltasar poseía en Marineda seis ú ocho hermosos inmuebles. Con gran sorpresa mía, el casero se encogió de hombros, forzó la sonrisa y la amabilidad, y murmuró cogiendo y remirando las solapas de mi gabán, lo mismo que si le interesase mucho lo que veía en ellas:

—¡Bah! ya entiendo... La subidita del duro, que no la ha digerido V., vecino... No, y tiene V. razón: eso fué una tontería del apoderado, que se empeñó en apretar, y apretó donde no debía... Pero le he leído la cartilla, y cuente V. que desde hoy tendrá V. su piso al precio de antes. Y se empapelará también el dormitorio de las niñas. ¡Sólo faltaba! No habían de estar con el papel sucio y viejo. Les pondremos algo bonito... un fondo perla con ramitos de rosas *Pompadour*. Hasta he dispuesto que se componga el fogón: si hace humo, lo renovaremos completamente. Estas mejoras y otras de pintura, revoques... etc., ya supondrá V. que las concedo con mucho gusto: todo antes que V. se me vaya. No: lo que es con eso... no se transije, Don Benicio; no se transige.

Aturdido y sin saber cómo interpretar tanta atención y afecto, respondí:

—Pero si es que yo... Si es que me convenía...

—No, no le conviene á V... ¿Qué le va á convenir? Como que le rebajaré no sólo los veinte reales de la subida, sino otros veinte del alquiler... ¿eh? vamos, aunque digamos treinta... Se me figura que así... ¿Pero iba V. á retirarse? ¿Tenía V. mucha prisa?—añadió aquel modelo de caseros, cogiéndose campechanamente de mi brazo y llevándome hacia los soportales, por donde comenzamos á pasear deteniéndonos á cada instante.

—Conmigo—decía Sobrado recargando el tono confianzudo—puede V. hablar francamente. ¡Yo sé bien, pero muy bien! lo que son ciertas cosas. Un padre tan cargado de familia como V., pasa á lo mejor la pena negra... y no es que le falte con qué vivir, no; ni es tampoco que sea un despilfarrado, ni mucho menos un vicioso. Es que vienen los imprevistos; es que no se puede, teniendo chicas,

meterlas debajo de una cazuela; es que hoy el traje, mañana el sombrero... el dinero se va, ¡qué sé yo como! sin sentir. Para establecerlas es preciso lucirlas; para lucirlas, adornarlas; para adornarlas, gastar bastante... No salimos de este círculo vicioso. Hoy sus hijas de V. llevan luto; pero no lo han de llevar eternamente; vendrá el paseo, el teatro, el baile; no tendría nada de extraño el que V..., que V. necesitase... por poco tiempo, naturalmente... recurrir... á un... á un amigo... De esto se ve... á cada triquitraque. ¿Porque V. será opuesto á vender?

—¡Opuestísimo!—exclamé con toda la energía de mi alma.—Para mí son sagrados los pedazos de tierra que me transmitieron mis mayores.

—¡Bien, bien! Muy sanas ideas. La propiedad fundada en la tradición, es una base social... de las más firmes. No venda V. Don Benicio; no venda V., aunque le ofrezcan el oro y el moro.

—Antes creo que me dejaría morir.

—Y además, pregunto yo, ¿qué necesidad tiene V. de vender? El que vende por necesidad, vende casi siempre á desprecio, malbaratando. Pero eso es para quien no dispone de un amigo, que en buenas condiciones le adelante tres... ó seis... ó diez que puedan urgirle en aquel momento. V. no está en ese caso. A V. le basta abrir la boca... y encontrará inmediatamente lo que se le ocurra. Supongo que, si llega la ocasión, se acordará V. de los que estamos cerca. No vaya V. á ponerse en manos de logreros que le asfixien... Bien sabe V. dónde hay amigos viejos.

Confieso que la gratitud y la sorpresa me embargaron el habla. Yo, dígame la verdad, me había conducido con Sobrado medianamente. Hasta creía haber estado impolítico con él. Todo por culpa de mi quijotesco empeño en defender contra malandrines y follones la honra de doña Milagros. ¡Necio de mí! Sobrado era el hombre de mundo, el experto, el que conocía á las mujeres, mientras yo... ¡Cuánto me despreciaba á mí mismo! ¡Cuán ridículo me encontraba!

Como si Sobrado adivinase mi pensamiento, dióme al codo, obligándome á mirar, de soportal afuera, hacia las iluminadas ventanas de la comandanta de Otumba.

—Ese piso sí que me gustaría á mí que se desalquilase —murmuró mordiendo ligeramente su bigote, que aún era dorado y fino.—No me hacen feliz historias de cierto género... Pero ¡ahora que me acuerdo! ¡Si V. es uña y carne de la prójima... y va á sacar la espada por ella, de seguro!

—Yo no saco la espada por nadie... Pero me agrada que de las

señoras se hable con miramiento—advertí, sintiendo renacer, al latigazo de aquellas brutales palabras, mi tradicional criterio y mis añejas indignaciones.

El camastrón de Sobrado no insistió: era demasiado sagaz. Se limitó á hacer un movimiento picaresco de cejas, y antes de soltarme, en el descanso de la escalera, á la puerta de su piso, insistió, tomándome de nuevo las manos:

—Cuidadito... Si alguna vez se ve V. en apuro... con franqueza... Nada de vender... Los amigos para esos casos somos.

Subí á mi casa. Mis piernas flaqueaban, rendidas por doloroso cansancio; mis sienes latían; en mi cabeza retumbaba un sordo murmurio, como de resaca del mar... “Voy á caer enfermo”, pensé, mientras Feíta, como de costumbre, me abría la puerta.

Hay días, muy contados, es cierto, que parecen tejidos con hilos de luz: en otros diríase que la trama de la vida se enreda y se obscurece y adquiere negruras de fúnebre crespón. Aquel era de estos últimos. ¡Qué día, viven los cielos! ¡Qué diita! Primero el doctor Moragas y sus noticias sobre Argos; después, el Abad y sus noticias sobre la comandanta de Otumba; luego, Sobrado y sus ofrecimientos, que olían á hipoteca y á ruina; y ahora... Ahora, Feíta me siguió misteriosamente á mi cuarto, y mirando alrededor precavidamente, y acercándose luego á mi oído, murmuró esta lacónica y terrible frase:

—Papá... debemos mucho.

—¿Qué? ¿Que debemos? Chiquilla, ¿estás en tu sano juicio?

—Ya se ve que estoy. Debemos mucho, y vamos á deber más, porque urge comprar mil cosas. Me han amenazado Rosa y Tula con ponerme las posaderas como un tomate si se lo digo á V.... pero se lo digo, y á Roma por todo. Si se atreven á tocarme, las pongo el pescuezo como un hilo. ¡Vaya!

—¡Pero hija... no te entiendo. ¿Qué deudas son esas, dí?

—Son... son trampas de Tula... porque dice que lo que V. daba para gobernar la casa no alcanzaba... y que ella no se ha de volver duros. Se le debe á la panadería; se le debe al de la tienda de ultramarinos; á la aguadora dos meses; á la lechera; á la lavandera, al que trajo la leña, ...y á la tocinera de la plaza el jamón y el tocino de más de tres meses... Esa parece que ya se insolentó, y le dijo á Tula mil barbaridades.

—Pero... —tartamudeé— ¡si es imposible!... He dado más de lo que se daba en vida de tu pobre madre... ¡Más de lo justo!... No puedo creer lo que me cuentas.

—¡Papá del alma!—murmuró la chiquilla echándome al cuello los brazos.—¡Qué buenísimo, qué infeliz le hizo Dios! Por eso hay que quererle más—añadió estampándome un fresco beso en los bigotes.—V. dió, ya se ve que dió, y más de lo que apartaba mamá para el gasto... Sólo que no se invirtió ese dinerito en la casa, sino en los antojos de cada una... Tula, que no tiene bonito sino el pie, ha derrochado un dineral en calzado y medias... Rosa, se pierde la cuenta de lo que se le va en perfumería, en guantes, en alfileres de azabache y macacadas por el estilo... La chiflada de Argos compra piezas de música, se suscribe para las novenas, y además le compró regalitos al Padre Incienso... Yo lo sé... Por cierto que el Padre le dió un chafo: los devolvió... Hasta la pavisosa de Constanza tuvo el antojito de retratarse y de comprar un álbum... ¡Está para álbumes el tiempo!... Mire V.—añadió bajando la voz—también milor Froilán fuma... ¡Son muchas gotas de cera, y hacen el cirio pascual!

¡Día de oro! Antes de acabar de enterarme de nuestro precario estado y calcular la gravedad del conflicto económico, nos avisaron de que estaba servida la cena... Sentéme á la mesa con más ganas de llorar que de comer, y las chicas, que estaban tan alegres y alborotadas como alicaído yo, sacaron la necia conversación de la belleza física de los hombres.

—¿Te gusta á ti Baltasar Sobrado?—preguntó Purita á Constanza.

—¡Ay! no... ¡Parece un calabacín... los carrillos tan gordos!

—¿Y Visanté?

—¡Visanté!—exclamaron dos ó tres de las chicas.—¡Ese sí! ¡Es guapísimo! ¡Una preciosidad! ¡Qué ojos! ¡Qué pelo! ¡Qué cara!

—A ver si os calláis—dijo severamente Tula, con un acento y un gesto que recordaban enteramente á su madre.—Da asco oiros hablar así de un criado. Para las señoritas, los criados no son hombres.

—Pues Vicente es hombre, y reguapo—declaró Feíta con energía de niña emancipada.—Y mira: más vale decirlo así, francamente, que mirarle con el rabillo del ojo, como le miraba... alguna que... que se la echa de dómina.

De un brinco se alzó Tula de la mesa; y agarrando por un brazo á Feíta, la sacudió dos bárbaras puñadas en el rostro. Pero Feíta, desprendiéndose de las manos de la mayor, descargóle á su vez sonora bofetada en la mejilla, mientras balbucía sollozando:

—¿Quién eres tú para pegarme, malvada? ¿Quién eres tú?

Me lancé á separarlas, porque Tula, descompuesta, quería "hacer un escarmiento,,. No sé como logré que, gruñendo y lloriquean-

do, se sentasen otra vez. Ya sosegado el motín, se me ocurrió ver qué hacía Argos. En su cuarto había luz; miré por la cerradura, y vi algo semejante á una aparición. Mi hija, de pie, inmóvil, no tenía otra ropa sino la larga camisa de dormir, que descendía hasta cubrir sus pies. Con los cabellos sueltos, las manos abiertas y cruzadas sobre el seno, como pintan á las Concepciones, los ojos al cielo y las mejillas arreboladas por el transporte de su espíritu, era Argos una hermosísima extática, una verdadera efigie de altar. Y al retirarme á mi cama donde me aguardaba el insomnio, no pude menos de pensar que mi casa parecía la de Orates, y que yo no estaba más cuerdo que mis hijas.

#### XIV

No hablemos de la noche que pasé. Hacia cualquier parte que me volviese, sólo veía responsabilidades, decepciones y peligros. Era preciso emprender lo más difícil para quien no está habituado: tener carácter, revestirse de energía, en una palabra, transformar mi ser... ¡Ah Ilduara! ¡Cuán preferible encontraba yo entonces la docilidad y obediencia á tu bienhechor régimen absoluto, á la triste anarquía que me rodeaba por todas partes y que representaba el más profundo desbarajuste moral y económico!

Apenas me hube levantado y salido en zapatillas á la galería, por ver si el aire fresco de la mañana calmaba un poco mis nervios, volvíme de pronto, porque sentí detrás el el aliento de una persona que respira fuerte y vivo. Mi sangre dió una vuelta.... Era la misma doña Milagros, que abusando de la confianza con que nos tratábamos, venía á aquella temprana hora, sin cumplido alguno, de falda usada y casaquillo blanco, el negro pelo recogido, una toquilla marrón anudada á la garganta. En el momento de verla, lo olvidé todo: encargos del Padre Incienso, chismes de la Sociedad de Amigos, quejas y suspicacias propias..., y me dejé llevar del gusto de tenerla allí, á media cuarta de distancia, en aquel traje casero, que favorecía las ilusiones más dulces de convivencia íntima.

Mal conocerá la naturaleza de ciertos afectos quien sospeche que la proximidad de doña Milagros me producía pecaminosas impresiones. Mi satisfacción era noble y honesta: la alegría de que,

agobiado por cuidados y ansias mortales, ve al amigo á quien puede confiar todas sus cuitas y con el cual espera desahogar su corazón.

Como si la andaluza adivinase lo que por él pasaba; como si tuviese facultades de zahorí, adelantóse á mis confianzas, exclamando:

—Vamo, don Benisio, que hoy hay penitas nueva... No me las caye usté: así como así las he calao.

Me estremecí, y ella continuó:

—Estoy enterá de todo lo disgustos. Soy yo el paño de lágrimas de la casa, y las chiquiyas me cuentan antes que á nadie sus rabietta. Una confiansa tienen conmigo... ¡Pobresiyas! No haya reparo, santo varón: descargue ese costalito de aflisione... que alguna se podrá remediar en un verbo.

Sonreía picarescamente al hablar así, mientras con una mano se sujetaba las puntas del pelo indómito que querían salirse del rodete. El movimiento era juvenil, encantador, y suspiré, más de verla y de pensar en su infamia, que por mis apuros y contrariedades.

—No valen suspiro... ea, ¿qué hase usté callao como un poste? A contar esos pesare... ¿No?—añadió, viendo que yo movía tristemente la cabeza y hacía ademán de rechazar las preguntas y el interés de la señora.—Pué los contaré yo... y le iré disiendo á usté el remedio para cada uno.

Acabó de arreglar los rizos; miró al mar, que el sol doraba y opalizaba allá á lo lejos, donde surgía la espuma de las rompien-tes; me dió un empellón... y habló así:

—Las hija, por orden de edaes.—Tula está insufrible: con la soltería, es un pepiniyo en vinagre; riñe, pega, y además, ni gobernar sabe... ó no la da la gana. Bueno: pasiensia, y quitarla el mando: las cuentas las paga usté... y por la mano de eya, ni un séntimo. Clara... ¿se creía usté que yo no estaba enterá? Clara tiene determinao resar en el coro... Tan secretico lo guardó que pocos lo sabemos... Pero hace mu bien, y usté debe alegrarse. ¿Qué? Es una chica colocá; se la dota á usté otro, y lleva ¡buen marío!... ¿Que si la pesará luego? ¡A cuántas casás les pesa! Clarita corre el albur... y puede que esté más contenta que tós nosotros en el mundo. Rosa... casquivaniya... mucha gana de gastá la plata y de emperifoyarse, y de mirá al primero que la hase guiño... No perderla de vista, y no largarla ni un real tampoco á esa... ¡Argos, con vena de loca... pero no se asuste usté, hombre, que eso no dura, y la persona por quien anda ella bebiendo los vientos ni la ha de mirá siquiera! A esa,

cerrojo y yave: no dejala salí en dos mese. Y si quiere usté oí un consejo bueno... pero bueno, ¡compadre!, á Argos... cuando se la quite esta luna que tiene... la dedica usté al canto, y la manda usté á Madrí, y en el teatro se gana la vía y lo pasa como una reina... Amiguito, en estos tiempos hay que trabajá, y cá palo que aguante su vela; y no vale decir que salimos de la pata izquierda de los Gutigambas...! Esa chica, en la tabla se hase de oro... y puede que encuentre un esposo título y miyonario. ¡Anda! Ya no sería la primera, ni la segunda.

Oía yo á la señora sin despegar los labios. Reaparecían poco á poco mi cólera y mi desprecio, y no encontraban más fórmula que la de aquel silencio elocuente, que ella interpretó de otra manera, creyéndolo efecto de mi apocamiento.

—¿Se le ha comío á usté la lengua un ratón?—exclamó festivamente, tirándome de la manga.—Si ya sé yo, aunque usté no responda, lo que cavila... Cavila usté en que usté es, como quien dise, un alma de Dios, un *bonusir*, un cacho de calabasa, que no tiene arranque... ¡vamo!, para apretarse los calsones y chillar:—¡Eh, gayero, aquí mando yo, porque quiero y porque puedo y porque me da la gana... y á cayar, y á enderesarse!—Pues hombre, si usté no puede desidirse á ser autoridá, yo... yo estaré á su vera pá darle ánimo, ¿entiende?, pá que me sea un valentón... y pá que todo ande derechito. Y no le consiento á usté que se ladee. Y usté no se ladea. ¡No faltaba má! Por los hijo hay que ser duro como un cuerno... y blando como un merengue... tóo á su tiempo... ¿estamos? En fin, que usté hará su obligasión de papá... ó si no á la horca. Misté: ¿ha visto esa payasá que la disen *el enano*? Es una persona que habla y otra la apunta lo que ha de desir y mueve los braso por eya. Pues asina haremos, camarada; usté habla y yo le soplo.

Tuve un respingo que la señora interpretó por desconsolada negativa, fundada en alguna razón secreta, y al punto añadió con toda su monería y con la zalamera humildad que la hacía tan irresistible:

—Que tenemos la cuestión de monise... Que este mes va á haber algún ahogo... Pues ná... no hay ahogo, querío, no hay ni sombra de él... Ayer, cuando salto de la cama, me entra Visente una carta sertificá, con más pegotes de lacre... Firmo el resibo, la abro, y sale de dentro una letriya... ¿Ve usté?—añadió, entreabriendo el casaquín con indiscreta familiaridad y sacando un papel largo, crujidor, cubierto de renglones mitad litografiados, mitad de la bonita letra inglesa propia de las casas de comercio.—Mi tía la rica é Chi-

piona... que cada medio año ó cada tres meses me dispara estas pedrás... Tres mil peseta sobre la casa Sobrao... ¿Qué me dise usted del confite? Pues teniendo yo parné, ¿hae pasá usted agonías? Hombre, estaría gracioso. Tomás ni sabe ni se entera de nada de esto. Es el hombre más infelís de la tierra y sus arrabales... digo, no; más infelís es usted... ¡Al grano: el grano es que hoy cobro yo la letra... y esta noche tiene usted en su bolsa el trigo! A mí no me viene usted con resibo ni con pinturas: los papelote son bueno pá los trapalones; yo le conosco á usted y sé que tan honraos los habrá, pero más es imposible. Arreglamos las trampiyas esas... que son naturales; porque, patriarca, esta casa es una federal, donde todos mandan y nadie gobierna, y si usted no agarra el látigo va á tirarse de las orejas cuando no le sangren. Y como yo no voy á consentir que se meta usted en manos de usureros, yo le doy lo que nesecita... y no se habla más del asunto.

Ante aquel rasgo que confirmaba la magnanimidad de la señora y la verdad de su cariño, un enternecimiento repentino me invadió, y la voz se me trabó en la garganta. Sí; doña Milagros era muy buena; quedábamos en eso, en que efectivamente era la más generosa, la más bondadosa de cuantas mujeres existen en el mundo... pero *lo otro, lo otro*, no podía olvidarse ni perdonarse; *lo otro* era como mancha de cieno en blanco ropaje, como hendidura en copa de cristal, como desgarrón en encaje rico, como grieta en torre, que delata su caída próxima... *Lo otro* lo estropeaba todo, lo infamaba todo, lo echaba todo á perder... ¡Admitir yo dinero de las manitas impuras que jugueteaban sobre el borde de la galería! Primero la ruina y el hambre de todos los míos... No era indignación lo que sentía: creo que este viril resorte de la indignación, como el del orgullo, faltaba en mi carácter; era pena, era bochorno, era un dolor depresivo, como el del muchacho á quien han castigado rudamente sin causa, y que respira, en la atmósfera, una gran maldad, una irritante injusticia... A seguir mi impulso, hubiese dejado caer la cabeza sobre el hombro de la culpable y lo hubiese calado de lágrimas.

—Pero cristiano, ¿se contesta! ¿Habla algún gato, que no merese ni una rasón?—murmuró la señora, enrollando la letra alrededor de su índice.

De pronto, como al destaparse é inclinarse una botella sale el agua á borbotones, salieron las quejas de mi boca.

—Doña Milagros... ya que se empeña... V. sabe que soy un hombre de bien; que en mí no cabe un sentimiento villano; que soy

incapaz de no agradecer, que agradezco, que agradezco... No; no me juzgue V. tan vil que la ingratitud tenga asiento en mi corazón...!

—No vale haser puchero—murmuró la andaluza volviéndose, pero no tan pronto que yo no divisase, al borde de sus pestañas curvas y negras, una gota menuda, que al sol relució como un brillante.

—No, si no me enternezco por lo que V. piensa... No es que me conmueva su bondad... Me conmueve; pero lo que me aflige... es que no puedo aceptarla... y las causas porque no la acepto... las causas... no me las pregunte V.... porque mire V.... no se las diría, no se las diría...! No, doña Milagros, no insista V., no me mate... Mucho ascendiente tiene V. sobre mí; es decir, mucho ha tenido... pero lo que es ahora... Lo que es ahora, moriré callando. Bástele á V. con saber que ni admito ni puedo admitir sus favores... Y esto es lo de menos. No le he dicho á V. lo gordo. ¡Lo más gordo! Que... que... que ya no... que ya no podemos tratarnos... vernos... ser amigos... amigos... como antes. Que se acaba esto... Sí, se acaba, y mal, y feamente! Y que ya no saldrán con V. mis hijas á la calle... ni bajarán... ni... ni cogerá V.... en brazos... á las pequeñas... á las gemelitas.

Aquí me aturrullé, me desfallecí, se me atascó la voz, se me encogió el corazón, y me volví de espalda... ¡Cuál no sería mi asombro... y mi repulsión, al escuchar la carcajada insolente que soltó doña Milagros!

—¡Divino!—exclamaba la señora sacudiéndose de risa y destellando malicia por sus negras pupilas, de venturina á la luz del sol.— ¡Es usted un alma mejor aún de lo que parese, D. Benisio! ¡Es usted la perla é Dios! Pero, cristiano, ¿se ha figurao usted que yo soy tan infelís como usted mismo?

—¡No entiendo, doña Milagros! ¡Y á la verdad... me choça... me extraña!

—Le choça... le extraña... ¡Querío, querío! ¡Santo de mi corasón!

El acento de dulzura, de mimoso halago, con que la señora pronunció estas palabras, no lo puedo yo expresar, ni se imagina sin oirlo. Quedé atónito. ¡Así acogía la señora la grave acusación, el terrible cargo que envolvían mis palabras! ¡Con tal descaro, con tal cinismo ponía en solfa la enérgica reprobación que yo la arrojaba á la faz! ¡Hasta tal punto me creía débil, que osaba reirse en mis bigotes cuando yo la aseguraba que no volvería á acompañar á mis hijas!

Aquello debía de ser un error. ¿Me habría entendido efectivamente doña Milagros?

—¡Qué cara de bobo estasté poniendo!—insistió ella sin dar de mano á la risa. Vamos... yo me explicaré, es desir, yo le explicaré á usted lo que cavila, y lo que usted cree tan secretiyo entre usted y el confesor. Para que vea que no soy ninguna boba. ¡Atención! ¿Andan las chiquiyas por ahí?

Salió de la galería, se cercioró de que estábamos bien solos, y volviendo á mí, pronunció risueña:

—¿Se acuerda usted, D. Benisio, de lo que hablamos el otro día? ¿Se acuerda que le dije que en el mundo todo lo hace Adán por Eva y Eva por Adán? Pues... aplique usted ahora la moraleja. Usted, aunque no es ningún chico, y aunque es por lo bueno un peaso de moji-cón, al fin... es de la casta de Adán... y como además tiene consciencia... se le ha puesto en el periquito... vamo... que me... es desir... que está un poco más chalao por mí de lo regular... y que Dios, y el Padre Jesuíta, y toda la corte selestial... quieren que se aparte de mí alrededor de cuatrocientas legua. ¡Que te quemas! ¿Verdá?

Al decir esto me miraba serena y tiernamente, y en sus mejillas tersas y sin color asomaba un carmín ligero que la hacía mucho más linda.

—No, no acierta V., doña Milagros—respondí, trémulo, aterrado de mi emoción.

—Sí que asierto... y usted, troso de masapán, es el que no sabe por dónde se anda. D. Benisio, usted se ha creído que me quiere; y yo, si empieso á devanar por todo lo alto, también soy capás de jurar á Dios vivo que le quiero á usted como una guillá...; pero, ¿qué, hombre, qué? Si todos los pecaos del mundo fuesen así... ni agua bendita. Porque del modo que le quiero yo á usted... es una cosa tan bonita y tan inosente... que, si Dios la pesca, dirá allá pá sí: "Por esto no me atufó.", Porque el caso es... oiga, que tiene su intríngulis: que yo, si le quiero á usted, es porque ha engendrao dos angeliyos que me roban el arma... y á mis horas... cuando el corasón me pide querensia... verasté... no se ría... me creo que soy la mamá de ojos, y que á Zita y Media las he dado á lus, pasando los dolore y las fatiga y las aflisiones de las madre... Que sí, D. Benisio: cáa loco con su tema, y no<sup>h</sup> hay nadie que no esté loco; yo loquiya estoy, y me ha entrao la manía de que es mentira que usted estuviese casao con... con la difunta, vamo, ¡con la difunta!; que con quien estuvo usted casao fué conmigo; que nos quisimo... allá en tiempos; que tuvimos esas neniya... y que ahora todavía nos queremos, sí señó,

nos queremos... de la entraña...; pero santamente, como lo hermanitos viejos, muy viejos... sin pecao ni malisia. Ahí tiene usted, querido... cómo el Padre que le dijo que no me viese y que se apartase de mí, demostró que no entiende de estas cosas. Si usted me tiene ley, es por las chiquiyas, por las gemelas de gloria... y si yo le tengo ley á usted... es por las gemelas también, por las gemelas. Y el que se figure porquerías y maldaes... peor para el muy bárbaro... peor pá el gorrino. ¿Tengo razón? No ponga esos ojos espantados. Los dos como una Eva y un Adán, pero que acaban por donde los demás empiesan. Los Adanes que hacen la rosca á las Evas, es para venir á parar en la patochá de tener luego un vástago... ó dos... ó los que salten. Pues si aquí ya han venido; si ya los tenemos y los adoramos y son como los serafines de hermoso, ¿me quiere usted decir á qué íbamos á calentarnos la cabeza? Esto es más claro que el agua, cristiano... Dígaselo al cura, y que se entere de que yo, gracia á la Virgen de la Consolación, soy una buena mujer... y usted... usted, un santo.

Al ensartar estas locuras, no estaba muy lejos la señora de abrazarme; y yo, turbado, confuso, estático, embriagado, absorto, no encontraba palabra que pronunciar, ni razón que oponer á los divinos disparates de la ceceosa lengua.

—Yo le quiero á usted—repetía la señora—por la habilidad de las niñas... pero también... ¿qué se creía usted? por su persona, por usted que vale cuanto pesa... Hombre mejor no nase de madre... Bueno es Tomás, que yo no lo he de poner por los suelos; pero es bueno á lo bruto, á lo patán... y usted á lo cabayero, á lo desente. Tenía yo una amiga en Cádiz que me decía siempre:—Me pierro por los perdidos.—Yo soy de otra maera. Me pierro por la bondad. Siempre me yevó el alma la gente buena. Alguna delirará por un chico arrogante. A mí que me den los infelices y las criaturas de Dios. Y tampoco por aquí me voy á condenar. Esto no es cosa mala.

Ponte en mi caso, lector intransigente. Que te diga estas vaciedades una mujer de singular atractivo, de coquetería tanto más peligrosa cuanto más involuntaria; que te las diga con toda la gracia de su acento, toda la efusión de su alma, todo el brío de su carácter, y mucha inocencia real ó fingida; que te las diga en una mañana de sol, delante del mar cuya salobre brisa te acaricia la frente, cerca de unos tiestos de heliotropo en flor, que trascienden á bienaventuranza y á primavera; que te las diga con abandono, en traje casero y en incitadora soledad relativa... Y si á más no has sido amado nunca, por lo menos de una manera blanda y dulce; si tienes

años y ningún mérito; si te ilusionan más las delicadezas y mone-rías del cariño que los estímulos de la materia; si eres capaz de es-timar la dicha pura en todo lo que vale, ¿no te sentirías aturdido, loco?

Me tambaleaba; iba á caer, como los galanes de comedia, á los pies de mi dama encantadora... cuando vi que por el muelle cruzaba una figura apuesta, un hombre que levantó el rostro y se fijó en el cierre donde estábamos. El rayo de aquellos ojos fué para mí como un rayo verdadero... Volví á la razón, á la memoria, á la realidad; y señalando á Vicente—pues era él el que pasaba, llevando en las manos un envoltorio y mirándonos con intensidad y fijeza, dije en voz que gemía:

—V. se chancea, doña Milagros; V. me quiere untar la boca con jalea, pero no sirve... Vejestorios de mi estampa no cautivan á nadie... Si yo me pareciese á aquel...

—¿Eh?—prorrumpió sorprendida la andaluza.

—¡Digo que para gustarle á Eva hay que tener la figura de aquel Adán!—añadí con algo que intentaba ser ironía.—¡Adanes así valen un mundo! ¿No es cierto?

—¿Ha almorsao usté fuerte, don Benisio?—contestó la coman-danta poniéndose pálida y desviándose un poco.—Semejante guasa...

—No es guasa, sino el Evangelio—respondí con la brutalidad de los tímidos.

—¿A ver... Qué dise este hombre?

—Lo que todos dicen. Lo que todos saben.

—¿Toos? ¿Y quien son toos? ¡Embusteros infame!

—¡No, no... Por desgracia no mienten... Y como yo he abierto los ojos ya..., doña Milagros... se ha concluido el acompañar á mis hijas... y de las gemelitas despídase V.... que ya no ha de volver á besarlas!

La andaluza se quedó sin habla. Oscilaba todo su cuerpo; sus manos bailaban sobre el talle, como si tuviese su dueña alferecía. Al fin se las echó á las sienes, se metió en la boca el puño, dió dos patadas, respiró, y un grito salió de su boca:

—¡Mal agradesío! ¡Judas!

Al mismo tiempo echó á correr sin mirarme; salió de casa como un cohete; batió la puerta; se disparó por las escaleras; resonó su puerta también, y yo me encontré tan humillado y tan triste, que de buena gana regalaría mi corazón al que me hiciese la caridad de sacármelo del pecho.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(*Se continuará.*)

## REVISTA CRÍTICA

---

Un discurso de la Academia de Ciencias dió materia para nuestra anterior revista. Sobre otro discurso académico ha de versar la presente. No es mía la culpa de que una parte considerable de la poca ó mucha vida intelectual que hoy queda en España se haya refugiado en estos cuerpos oficiales, mirados por algunos con tan pueril animadversión como todo lo que representa un principio de autoridad y disciplina.

En 26 de Enero tomó posesión de su plaza de número en la Academia Española el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, D. Francisco Fernández y González, persona universalmente reputada como una de las más doctas de nuestra nación en filología y en historia, y calificado no ha mucho de *arabista de primer orden* por autoridad tan respetable como la de Hartwig Derembourg. El cariño y sincera estimación que como discípulo y compañero profeso al jefe de nuestra Facultad, podrían hacer sospechoso mi testimonio si no se tratase de méritos tan notorios y probados como los del Dr. Fernández y González, estudiante de por vida, tipo perfecto del estudiante de Letras, tal como en otras partes existe, aunque entre nosotros, con raras excepciones, sea planta exótica todavía. La robustez hercúlea de su temperamento intelectual le ha permitido cargar sobre sus hombros todo el peso y balumba de conocimientos diversos

que integran el programa de nuestra Facultad, y por saberlo todo muy á fondo, no se le debe calificar de especialista en nada. Pasman la variedad de sus estudios y lecturas, las raras investigaciones á que se entrega, el número de lenguas antiguas y modernas, aun de las más exóticas y difíciles, que ha llegado á dominar para sus trabajos de comparación y análisis ó para utilizar las fuentes históricas. La Estética, que es su cátedra oficial y universitaria, es quizá lo que le ha preocupado menos; ni siquiera se ha cuidado de recoger en un libro sus numerosos y dispersos estudios sobre la Idea de lo Bello y sus conceptos fundamentales, sobre el sentimiento de lo bello como elemento educador en la historia humana, sobre lo sublime y lo cómico, sobre la fantasía y el ideal, y sobre todos los temas capitales de la Metafísica y Psicología Estéticas. Pero así y todo su influencia en este orden de estudios, ya en la Universidad de Granada, donde primitivamente profesó, ya en la de Madrid, donde sucedió á Núñez Arenas, ha sido muy considerable y beneficiosa á nuestra cultura, y lo hubiera sido mucho más si á la cátedra de Estética, acompañase en nuestras escuelas, como debía acompañar, la de teoría é historia del arte, única que puede hacer positivos y fecundos los resultados de la indagación especulativa, mostrándolos realizados en el proceso histórico de las bellas formas. Al Sr. Fernández y González se debe el gran servicio de haber difundido desde su cátedra por más de treinta años los resultados de la Estética alemana posteriores á la magna enciclopedia de Vischer, que sirvió de primitivo fondo á su enseñanza, si bien procurando depurarla de sus vicios de origen, mediante una libre interpretación espiritualista, al modo que Carriere, por ejemplo, lo practica en Munich. Y aun siendo predominantemente hegeliano el sentido de sus lecciones (lo cual apenas puede evitarse en Estética, ciencia que debe á Hegel el primer ensayo de organización sistemática, y ha tenido dentro de su escuela los principales cultivadores), no por eso ha mirado con indiferencia el Sr. Fernández y Gonzá-

lez la tendencia realista y formal que desde Herbart hasta Zimmermann tantos resultados útiles ha traído á la ciencia de lo bello, sino que ha procurado concertar y armonizar ambas direcciones, inclinándose en estos últimos tiempos al alto sentido del idealismo real que impera en la grande obra de Max Schasler. Y todo esto lo ha enseñado y propagado en la Universidad de Madrid el Dr. Fernández cuando (exceptuado el nombre venerable de Milá y Fontanals, que fué estético de verdad, pero que pertenece á una generación anterior) la Estética solía ánderse en España por cartillas como la de Krause, por absurdos sermonarios llenos de pasmarotadas sentimentales como el del P. Jungmann, por indigestos centones de Cousin y de Levèque, y á lo sumo, por la Estética de Hegel, traducida, ó más bien, arreglada en francés por Bernard, obra ciertamente genial y admirable, pero después de la cual ha llovido mucho en Estética y en Filosofía, precisamente por lo mismo que el impulso de Hegel en su tiempo fué tan poderoso y fecundo.

Pero aunque profesor oficial de Estética, el Sr. Fernández y González es por vocación historiador y filólogo, y principalmente orientalista. Igual ó mejor que Estética podría enseñar árabe, hebreo ó sanscrito, historia de la antigüedad ó historia de los tiempos medios. En esta parte se le deben publicaciones importantísimas que si tuviesen más claridad y método y estilo más apacible y llano, serían conocidas y celebradas de todo el mundo, como indisputablemente lo merecen por su profunda erudición y novedad. El libro que modestamente intituló *Memoria sobre el estado social y político de los Mudéjares de Castilla*, es completa y riquísima historia de aquella parte de nuestra población, tan interesante quizá como los judíos y los mozárabes; y fué obra sin precedentes, como no se tenga por tal el ameno libro del Conde de Circourt, que siendo extraño á los estudios arábigos, poco pudo adelantar sobre lo que dicen nuestros historiadores castellanos. El único tomo que hasta ahora ha publicado el Sr. Fernández y Gon-

zález sobre las *Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en España*, es en realidad una nueva historia de los judíos españoles, en que con el directo recurso á las fuentes rabínicas, se amplían y rectifican muchos puntos de la obra tan erudita y meritoria que en tres volúmenes escribió el Sr. Amador de los Ríos, padre político del Sr. Fernández y González. Ha traducido, además, el Sr. Fernández y González gran número de textos árabes, hebreos y rabínicos, concernientes á nuestra historia y literatura, tales como la Crónica de Aben Adhari de Marruecos, la de Gotmaro, obispo de Gerona, el *Ordenamiento de las aljamas de Castilla*, muchos cuentos y novelas que podrían formar una serie de las más interesantes y delectables, figurando en ella la historia de la *hija del Rey de Cádiz*, y el peregrino libro de caballerías *de Ziyjad ben Amir el de Quinena*, única muestra que conocemos traducida, hasta ahora, de su género entre los árabes españoles.

Pero todos éstos no han sido para el Dr. Fernández y González trabajos de empeño, sino intervalos de recreación estudiantosa. Su grande esfuerzo, durante muchos años, le ha puesto en la redacción, ya terminada, de un nuevo catálogo de los manuscritos árabes del Escorial, corrigiendo y ampliando el de Casiri; y otro catálogo de los manuscritos rabínicos, conservados en el mismo depósito. El hado infeliz que pesa en España sobre los trabajos de erudición ha sido causa de que, retrasándose el Gobierno en la publicación de las obras del Dr. Fernández, que debían correr ya de molde hace muchos años, se haya adelantado Derembourg, publicando, con auxilio oficial del Gobierno francés, el primer tomo de su catálogo de los manuscritos árabes del Escorial. Pero esta obra, aun siendo tan exacta y concienzuda como del mucho saber de su autor debe inferirse, no puede tener para los españoles la utilidad que tendrá en su día la del Sr. Fernández y González, que no ha hecho mero catálogo como Derembourg, sino que, á ejemplo de Casiri (muy loable en esto), incluye en texto y traducción latina amplios extractos de los principales

códices que tratan de nuestra historia ó pueden ilustrarla. Urge, pues, la publicación de esta nueva Biblioteca Arábigo-Escorialense, y no puede la de Derembourg quitarle novedad alguna, ni mucho menos sustituirla. Urge también la publicación, ya acordada, de las numerosas memorias que, principalmente sobre asuntos de erudición hispano-oriental, ha presentado en estos últimos años el Sr. Fernández y González á la Academia de la Historia, en la cual es uno de los trabajadores más activos.

En estos últimos tiempos, el Sr. Fernández y González ha ampliado extraordinariamente el círculo de sus trabajos, haciéndolos versar con preferencia sobre épocas muy remotas y lenguas bárbaras y primitivas. Esta nueva dirección contribuirá sin duda á aumentar el crédito y fama de su saber; pero si he de decir lo que pienso, no puedo menos de deplorar que nuestro Decano haya abandonado, aunque sin duda temporalmente, los senderos de la erudición semítica, en que tantas y tantas buenas cosas puede enseñarnos, para enredarse en áridas disquisiciones sobre las lenguas indígenas de América ó sobre el parentesco del vascuence con el turco. Todo esto es sin duda de más alarde erudito que provecho ni amenidad; y por grande que sea (y lo es sin duda) la importancia de la obra que el Dr. Fernández y González está publicando sobre los *Primitivos pobladores históricos de la Península Ibérica*, la mayor parte de los lectores profanos hubiéramos preferido ver salir de su docta pluma alguna obra de asunto menos primitivo y tenebroso, por ejemplo, una historia (que no tenemos aún) de la literatura arábigo-hispana, ó una historia general de los musulmanes de España desde el punto en que la dejó Dozy. Es lástima que en España la mayor parte de los esfuerzos eruditos se pierdan en empresas que de puro arduas, remontadas é inaccesibles al vulgo, vienen á resultar casi estériles.

Este apego del Sr. Fernández y González á la investigación de las cosas más difíciles perjudica bastante, no sólo

á la amenidad, sino á la unidad de su eruditísimo discurso de ingreso en la Academia Española. Trátanse en él dos puntos manifiestamente inconexos, á pesar del lazo artificial que entre ellos ha querido establecer el autor, y suficientes cada uno de por sí, no ya para una disertación, sino para un libro. Con la materia sólida y abundante que hay en las 64 páginas del presente discurso, hubiera podido cualquier escritor de más *malicia* literaria que el Sr. Fernández (de los que en Francia, por ejemplo, abundan tanto), componer dos ó tres volúmenes de muy agradable lectura, sobre la influencia de las lenguas y literaturas orientales en la nuestra. Pero nuestro Decano, que tantas cosas sabe, quizá olvida ó descuida una sola, y es el arte de hacer valer por la exposición animada y lúcida el prodigioso caudal de su doctrina. Tantos datos, tantos nombres, tantas fechas, acumulados en tan corto espacio, se estorban mutuamente, y acaban por engendrar confusión en el ánimo del lector más atento.

La primera parte del discurso huelga, ó poco menos. Si el asunto era tratar de la cultura semítica y de su influjo en la nuestra desde los tiempos más remotos, lo primero que históricamente se ofrece á la consideración son las colonias fenicias y los cartagineses ó libio-fenices, materia que el Sr. Fernández y González hubiera podido explanar con la peculiar competencia geográfica y epigráfica que todo el mundo le reconoce. Pero, lo repito, el Sr. Fernández y González no gusta de empresas relativamente fáciles para un hombre de su cultura, y ha preferido internarse en los misteriosos senderos de la lengua éuskara, que tiene, no sé por qué, el raro privilegio de hacer tropezar á cuantos se ocupan en la interpretación de sus enigmas. No diré yo (¡grande impertinencia sería!) que el señor Fernández y González tropiece: al contrario, me parecen sus conclusiones muy ajustadas al común sentir de los más expertos filólogos; y muy distantes, por lo mismo, de los sueños y desvaríos con que todavía suelen obsequiarnos algunos vascófilos celtistas y sanscritistas de España y Francia.

Pero si es cosa bien averiguada que el vascuence no pertenece á la familia de las lenguas aryanas, no es menos cierto que tampoco se la puede considerar como lengua semítica, á lo menos en la acepción más usual y corriente de esta palabra, por la cual todo el mundo entiende el hebreo, el árabe, el siriaco y otras lenguas tales, pero muy pocos entienden el *sumir-acadio*, que las inscripciones de Caldea nos han revelado. Si el vascuence, como razonadamente afirma el señor Fernández y González, es la lengua de un pueblo de la Edad de Piedra; si los antropólogos que él cita (1) encuentran tan gran parecido entre los antiguos esqueletos vascos y las osamentas africanas de las tumbas de Beni-Hassan, y se inclinan á mirar el actual pueblo vascongado como la unión de un pueblo afine al berberisco y de otro pueblo boreal análogo al finés ó al lapón, y aun le encuentran semejanzas externas con el tipo de los Morduinios y de los Pielas Rojas; si la lengua hablada por este pueblo es positivamente lengua de aglutinación, y las analogías que se descubren en su estructura y aun en su vocabulario son con el turco y el húngaro, con las lenguas tártaras, con las americanas, con el *sumir-acadio*, y, en suma, con todo lo que suele calificarse de *turanio* ó de afín al turanismo, hemos de inferir que el vascuence pertenece á un período lingüístico anterior lo mismo á las lenguas aryanas que á las semíticas, pero en el cual existían sin duda gérmenes aryanos y gérmenes semíticos, que luego en la edad de flexión se fueron fijando y diferenciando. Nuestra absoluta incompetencia en estas materias nos obliga á pasar de largo por esta primera parte del discurso del Sr. Fernández y González, en que principalmente abundan las comparaciones entre el vascuence y el turco. La demostración parece perentoria, y viene á confirmar, como dicho queda, la opinión más aceptada hoy entre los doctos. Realmente, el descubrimiento

---

(1) Especialmente el Sr. Aranzadi en su importante memoria *El Pueblo Euscalduna* (San Sebastián, 1889). Yo en esto ni entro ni salgo, y buena pedanteria fuera en un profano tener opinión en semejantes cosas.

y estudio del grupo turanio ha venido á modificar profundamente las conclusiones tradicionales y clásicas de la filología comparada, acortando cada vez más la distancia antes infranqueable entre el aryanismo y el semitismo, y haciéndonos adivinar la edad misteriosa y crepuscular que precedió á su separación definitiva; y la primitiva civilización que educó juntamente á arayos y semitas.

El asunto propio y peculiar del discurso del Dr. Fernández empieza con la invasión de los árabes, porque de todo el semitismo anterior (fenicios, primitivas colonias judías, etc.) no puede afirmarse con seguridad ni influencia en la lengua, ni contacto literario.

Materia es esta de la influencia arábica en que, por falta de método y de formalidad científica, ha solido caerse en opuestas exageraciones, las cuales por supuesto no han solido nacer entre los arabistas propiamente dichos, que sabían bien á qué atenerse en este punto, sino entre los *dilettantes* de erudición arábica ó cristiana, á quienes el fervor del primer descubrimiento ó bien antagónicos fanatismos, dañosos por igual á la recta y libre indagación de la verdad histórica, han solido traer á consecuencias extremas é igualmente absurdas. Lo racional hubiera sido empezar estudiando á fondo lo que se debatía, antes de arrojarse á construir teorías sobre datos incompletos, aislados, mal conocidos y hasta mal comprobados á veces. Pero cuando la pasión religiosa ó política se mezcla en estos asuntos, y viene en ayuda de la pereza histórica, los errores se endurecen y hacen callo en la voluntad y en el entendimiento, matando hasta el deseo de la verdad que es natural impulso de todo espíritu sano. Hay hombre que en obsequio á sus principios doctrinales se cree obligado á negar toda cultura á los árabes, considerándolos como unos bárbaros feroces; y hay quien, por el extremo contrario, niega toda civilización propia á la Europa cristiana, y sólo á los árabes considera como maestros universales que disiparon las tinieblas de la barbarie. Grandes temas de Ateneo ó de Juven-

tud Católica, aunque afortunadamente van ya pasando de moda.

Ha de decirse, en algún descargo de los que tan de ligero han solido fallar en asunto de tanta monta, que las fuentes accesibles al no arabista que desee tomar alguna idea de la cultura arábigo-hispana, no son muchas ni están muy divulgadas, y además en casi todas ellas suelen andar englobadas las cosas de la España musulmana con las de Oriente. El *Lexicon Bibliographicum* del famoso compilador turco Jachi-Jalfa, publicado con traducción latina por Fluegel, es quizá la más importante de todas como libro de consulta, pero nunca las bibliografías pueden sustituir á la historia literaria, aunque sean su indispensable punto de partida. Esto mismo, y aún más, ha de decirse de la obra de Casiri, grande esfuerzo para su tiempo, y meritoria en éste, especialmente por los extractos históricos, pero no exacta siempre é inferior ya á las exigencias científicas de nuestra época. Los estudios de Hammer Purgstall, además de referirse á Oriente en la mayor parte de su contexto, empiezan á pasar por anticuados, y su autor por guía confuso y poco seguro. Schack hizo un libro de vulgarización amenísimo, que seguramente ha ganado en su primorosa versión castellana, pero se limita á la poesía y á la arquitectura. Para la medicina y aun para el movimiento científico en general tenemos al Dr. Leclerc; para los naturalistas á Wüstenfenld (1); para la filosofía los libros bastante divulgados de Munk y Renán dan extensa noticia de Averroes y aun de Avempace y de Aben-Tofáil, cuya famosa novela (que es sin duda el producto más original del genio filosófico entre los musulmanes) puede leerse en la versión latina de Pococke. Los orientalistas que en nuestro siglo han restaurado la historia de la España musulmana, ya extranjeros como el incomparable Dozy, á quien (cualesquiera que sean sus errores de pormenor en materia

---

(1) *Geschichte der Arabischen Aertze und Naturfoscher*. (Goettingen, 1840.)

no arábica) nunca pagará nuestra historia lo mucho que le debe; ya españoles como Gayangos, Lafuente Alcántara, Fernández y González, Simonet, Eguílaz, Codera... han atendido en primer término á la parte histórica y lingüística, que era lo que por el momento urgía, y sólo por incidencia á la literaria. Apenas recuerdo más excepciones que un discurso de Moreno Nieto sobre los historiadores árabes, una tesis doctoral de Eguílaz sobre los principales géneros poéticos, y el reciente discurso inaugural de Ribera en la Universidad de Zaragoza sobre los establecimientos de enseñanza entre los musulmanes.

Por el contrario, la historia literaria de los judíos españoles puede decirse que está completamente explorada y conocida hasta en sus detalles, gracias á los innumerables estudios y publicaciones de Luzzato, Munk, Sachs, Geiger, David Cassel, Kayserling, Neubauer, Zunz, Benedettis, y otros muchos. Y el que no tenga tiempo ó voluntad de internarse en tan copiosa biblioteca, encontrará un resumen lleno de animación y de viveza en la *Geschichte der Juden* de Graetz, especialmente en los tomos V y VI.

Es claro que al Sr. Fernández y González, ocupado por tantos años en la redacción de los dos catálogos escurialenses, que á cada momento le obligan á recurrir á todas las fuentes de la erudición oriental, no sólo no se le ha ocultado ninguno de estos libros vulgares y corrientes, sino que bien puede afirmarse que ha pasado por delante de sus ojos toda monografía y todo artículo de revista, que en algo se refiera á estas materias. Pero la principal y más curiosa parte de su trabajo es indudablemente labor de primera mano, *contribución* propia, como ahora se dice.

El autor empieza por declarar que la cultura de los musulmanes españoles no comienza con la invasión bereber, sino que ha de contarse desde el momento en que las gentes sirias (no *serias*, como por errata atroz se lee en el discurso), acaudilladas por Baleg, llegaron á la Península. Los sirios habían re-

presentado el elemento civilizador en el califato de Bagdad, y ellos fueron también los iniciadores del cultivo artístico y literario en la España árabe, contribuyendo también á ello los mozárabes y los *muladíes* ó renegados, en grado que todavía no puede precisarse, pero que fué notable sin duda, aunque no tan exclusivo como parece que da á entender el Sr. Simonet en la muy docta introducción de su *Glosario Hispano-Mozárabe*. La fundación de la monarquía de los Omeyyas, desligando á Córdoba de su dependencia política respecto de Oriente, aceleró este desarrollo de las artes del espíritu y de la magnificencia y suntuosidad en todas las manifestaciones de la vida, y determinó el carácter, en alguna medida propio y autónomo, de la cultura mahometana en España. Su primera manifestación fué la arquitectura, y puede decirse que la vida espiritual de los árabes españoles comienza el día en que se puso la primera piedra de la aljama cordobesa. Hay que confesar que los más sazonados frutos de la poesía, de la filosofía y de la ciencia no se lograron propiamente en tiempo del califato cordobés, sino más adelante, en las pequeñas monarquías llamadas *reinos de taifas*, pero es cierto que el impulso venía desde Abderrahman I, aunque necesitase por ley natural todo ese tiempo para desenvolverse.

En esta parte del discurso relativa al Califato, noto, entre otros puntos de gran curiosidad, el nombre del primer poeta árabe-andaluz de nombre conocido, Abbes ben Nassih el Giafari; las noticias relativas al músico sirio Zeriab, *arbiter elegantiarum* en la corte de Abderrahman II é inventor de la quinta cuerda del laúd; la introducción del estudio de las Matemáticas en tiempo del emir Muhammad, bajo el magisterio de Al-Leitsi y del físico Aben Firnás, fundador de una fábrica de cristales; el viaje de un judío español del siglo IX á la China, recientemente publicado por Schwab en la *Revue de Géographie*; los peregrinos versos de un poeta toledano del año 853 de nuestra era, que parecen aludir á la brújula ó calamita como cosa conocida y de uso frecuente; ciertos ensayos de lo-

comoción aérea de que Almacari da cuenta; y gran número de noticias artísticas que prueban haber sido poco severos los musulmanes de Al-andalus en lo de no admitir representaciones de figuras humanas y de animales, puesto que de uno y otro género las había en los palacios de Medina-Azahra, traídas de Constantinopla por el insigne mozárabe Arib, más conocido por su nombre cristiano de Recemundo; extraño personaje que fué á la par Obispo de Iliberis, embajador de Abderrahman III en la corte de Oton el Grande, médico, matemático, astrónomo y meteorologista, autor del famoso calendario agrícola de Andalucía, que publicó Libri, y traductor y adicionador de la *Isagoge Aritmetica* de Nicolao de Gerasa. Este enciclopédico personaje había sido en Oriente discípulo de Alkindi, y bastaría por sí solo para probar que los mozárabes ó cristianos fieles de Andalucía no se limitaron á conservar la degenerada tradición latino-visigótica, sino que tomaron parte grande y eficaz en el movimiento propio de la cultura musulímica, sin renunciar por eso á su fe religiosa. Considerado como escritor científico, Recemundo es de los más antiguos entre los árabes españoles, y es preciso llegar al madrileño Moslema, contemporáneo de Almanzor, para encontrar un sabio de tanta cuenta. Moslema, introductor en nuestra Península de la enciclopedia en cuarenta tratados de los *Hermanos de la sinceridad ó pureza* de Bassora, abre nueva era en la cultura española con la doctrina recibida en las escuelas de Persia; y de él probablemente arranca no sólo el movimiento astronómico y matemático, sino también el filosófico que en los siglos XI y XII, después de la disolución del Califato, iba á dar sus frutos más maduros en el *Régimen del Solitario* del zaragozano Avempace, en la novela del *Filósofo Autodidacto* del guadijeño Aben-Tofáil, y en la grande enciclopedia del cordobés Averroes, segundo Aristóteles de los musulmanes.

Fácilmente se comprenderá que esta filosofía, de origen alejandrino, ya mística, ya racionalista, é informada por conceptos tales como el de la emanación, el de la unidad del en-

tendimiento agente y el de la eternidad del mundo, contradictorios de todo en todo con las tesis capitales del teísmo musulmán, tenía que ser de vida muy precaria y desaparecer rápidamente ante cualquier recrudescencia del fervor religioso, alimentado á la continua por las invasiones africanas. Así sucedió, en efecto; pero otra raza semítica, dotada de condiciones muy superiores para la especulación filosófica, recogió la herencia.

El albor de la cultura intelectual entre los israelitas españoles despunta en el siglo X, como es notorio, merced al establecimiento por Rabi Moseh ben Hanoc de la Academia cordobesa (émula victoriosa en breve tiempo de sus hermanas mayores las de Susa y Pumbedita en Oriente) y á la privanza y valimiento que logró con el gran califa Abderrahman III sumédico y ministro discretísimo Hasdai ben Saprut, gran protector de las gentes de su raza. Merced en parte á su generoso influjo, el círculo de los estudios judaicos, casi limitado hasta entonces á la interpretación de la Biblia y del Talmud, comienza á ensancharse notablemente á imitación y ejemplo de lo que florecía entre los árabes; y entonces es cuando Menahen ben Saruk de Tortosa y Dunax ben Labrat echan las bases del estudio científico de la gramática hebrea, respetadas en todo lo esencial por la filología moderna. Aplicado con tanta firmeza á la disciplina gramatical el poderoso instrumento del análisis, no podía menos de aguzar y estimular los entendimientos para especulaciones de orden más elevado, y, en efecto, muy pronto se ve á los judíos invadir con gloria el campo de la metafísica y el de la ciencia experimental; movimiento que en los siglos XI y XII (verdadera edad de oro de su historia ibérica) coincide con el prodigioso desarrollo de su poesía lírica religiosa, superior en elevación ideal á la de todos los pueblos de la Edad Media, incluso Provenza. Esta poesía es fruto propio y espontáneo de la Sinagoga; pero en algo, y quizá en mucho, entraron en ella conceptos de orden filosófico y cosmológico, derivados de las escuelas profanas y extraños de todo punto

á la tradición talmúdica. Así se da el hecho de ser á un tiempo estos poetas los más grandes líricos y los más profundos y célebres pensadores de su raza, exceptuando solamente á Maimónides, en quien la calidad de poeta no aparece, aunque sí las de médico y naturalista, unidas á las de teólogo y filósofo, autor de una profunda reforma en la educación religiosa de su pueblo. Pero fuera de este grande espíritu, tan conciliador y armónico, tan superior en penetración y originalidad á Averroes, y comparable á Santo Tomás en algunos respectos de posición y método; los demás representantes de la filosofía judaica son poetas y grandes poetas, sin que se vea diferencia notable entre el contenido de su prosa y el de sus versos. La misma unción religiosa hay en los diálogos del *Cuzari* de Judá Leví, que en su grandioso himno para la mañana del día del gran ayuno. El mismo numen dictó á Aben Gebirol la poesía filosófica del *Keter Malkuth* y la metafísica poética de *La Fuente de la Vida*.

No se puede negar que los hebreos, así en el campo de la filosofía como en el del arte lírico, se aventajaron en breve plazo á sus maestros; pero no hay duda tampoco que la cultura de los árabes fué su primera escuela y la base de toda su educación secular ó profana, influyendo hasta en la parte técnica de su poesía, como lo prueba el doctrinal teórico de Aben-Ezra, y el mismo nombre de *Diván* que suele asignarse á las colecciones. Todos los grandes escritores hebreos de ese tiempo fueron bilingües y aun trilingües algunos; casi todos son conocidos por un doble nombre, árabe y hebreo; y en árabe fueron primitivamente escritas obras tan capitales como la *Fuente de la Vida*, de Aben-Gebirol, y la *Guía de los que andan perplejos sobre el recto camino*, de Maimónides. Durante cierto tiempo, y salvas las diferencias religiosas que siempre dan peculiar tono y sabor á los libros de los judíos, puede afirmarse que ambas literaturas se confunden, y que llegaron á noticia de los cristianos como si fuesen una sola.

De todo esto habla el nuevo académico con mucho acierto

y erudición, aunque no sé si con el mejor método, sin duda por el empeño de ceñirse estrechamente á la cronología, lo cual obliga á mezclar especies inconexas que impiden abarcar de una sola ojeada todo el conjunto. Y por eso quizá no lucen bastante aquellos rasgos en que principalmente conviene fijar la atención por lo significativos ó por lo extraños. Tal conceptúo la sorprendente aparición (en que Dozy reparó el primero) del idealismo amoroso, de una especie de petrarquismo más humano que el del Petrarca, en el bellissimo libro *De los Amores*, del cordobés Aben-Hazm, primera novela íntima que en los tiempos medios puede encontrarse, una especie de *Vita Nuova*, escrita siglo y medio antes de Dante, para dar testimonio, contra vulgares y arraigadas preocupaciones, del grado de pureza y profundidad afectiva á que, si bien por excepción, podían llegar, no ciertamente los árabes puros, sino los musulmanes andaluces de origen español y cristiano; como lo era este gran polígrafo Aben-Hazm, autor también del más interesante documento que poseemos sobre la historia literaria de la España Árabe, curiosísima carta crítica y bibliográfica que, traducida al inglés, puede leerse en el *Almaccari*, de Gayangos, y que el Sr. Fernández y González compara muy atinadamente con la famosa del marqués de Santillana al condestable de Portugal.

Mucha curiosidad ofrece también todo lo que se refiere al desarrollo y cultivo de la novela entre los árabes y judíos peninsulares. Resulta que la forma actual del *Antar*, el más famoso libro de caballerías arábigo, debe atribuirse á un médico español residente en Damasco; y que el género tuvo en España imitaciones de carácter muy indígena y muy aproximada á la de los libros de caballerías europeos; sin que pueda decirse todavía con seguridad de qué parte estuvo la iniciativa y la influencia; porque si la aparición de estos cuentos en árabe es bastante tardía, tampoco entre los cristianos de España madrugó mucho tal género de ficciones, ni puede citarse ejemplo original

de ellas antes del siglo XIV. De otros cuentos de diverso género pero no menos peregrinos nos da razón el Sr. Fernández y González, haciéndonos desear que cumpla su propósito de formar una colección selecta de los que se encuentran esparcidos en libros misceláneos y enciclopedias históricas al modo de la de *Los Caminos y los Reinos* del rey de Niebla Obaid al Becrí, citada y utilizada en la *Grande et General Estoria* de nuestro Rey Sabio. A este grupo de ficciones pertenecen *La Hija del rey de Cádiz*, *El Gigante de Loja*, *El Falso Anacoreta*, *Los Palacios de la reina Doluca*, *Los Amores del caballero gallego*, *La Ciudad de Latón* y otras análogas no menos sabrosas, cuya tradición se perpetúa, en pleno siglo XVI, en los libros aljamiados de los moriscos.

Ni fueron extraños tampoco los judíos de la Península á estas aficiones novelescas, á pesar de la severidad con que los doctores de su ley solían mirar el cultivo de la literatura frívola y profana. Los novelistas judíos de nuestra edad media, aunque mucho más escasos que los poetas líricos, no son indignos de consideración. Novela filosófica es, en rigor, el *Kuzari*, donde no sólo se descubre el origen de la parábola de los tres anillos que leemos en Boccacio y por tanto del *Nathan el Sabio*, de Lessing; sino que la idea del conflicto y controversia entre las tres *leyes* ó religiones, aunque resuelto naturalmente con diversa conclusión, pasa como tema predilecto á muchos libros de Ramón Lull, especialmente al *Del gentil y los tres sabios*, y también en el *De los Estados* de don Juan Manuel deja huella. Pero hubo además entre nuestros israelitas colecciones de novelas enteramente profanas, á imitación de las *Macamas* ó *Sesiones* árabes de Hariri. Entre estos Decamerones hebreos de los siglos XII y XIII se cuentan las cincuenta *Saracosties* ó novelas zaragozanas de Aben el Asterconi, el *Tachkemoni* del cordobés Salomón Aben Sachel, libro que hoy llamariamos humorístico, en que se narran los múltiples ilusiones y falacias de que fué víctima el protago-

nista Asser en el proceso de sus aventuras amorosas, hasta encontrarse, finalmente, con una muñeca en lugar de la bella dama á quien tan ansiosamente perseguía; los clásicos diálogos de *Heman el Ezrahita* y *Heber el aventurero*, en que Alharizi, el más celebrado autor de *Macamas* hebreas, concede largo espacio á la crítica literaria, entremezclándola con el relato novelesco; y finalmente *El Príncipe y el Dervis* del filósofo barcelonés Abraham ben Hasdai, la cual no es otra cosa que la leyenda de Buda, tan popular en la literatura cristiana con el nombre de *Historia de Barlaam y Josafat*, primera aunque remotísima fuente de *La Vida es sueño*.

Si tanto interés ofrece todo lo relativo á cuentos y novelas de origen oriental (aun sin mentar las dos grandes colecciones de apólogos indios universalmente conocidas) no es pequeño el que presenta la aparición tardía, pero indudable, de dos géneros de poesía lírica semipopular, cuyo mayor florecimiento parece haber coincidido con el dominio de los reyes de Taifas. Estos dos géneros de poesía, por lo común erótica y báquica, caracterizados, según los arabistas enseñan, por el empleo de la doble rima y por otras particularidades métricas que forzosamente en toda traducción desaparecen; y caracterizada sobre todo por el desenfado con que sus autores hacen alarde de infringir todos los preceptos coránicos sobre la abstinencia, y por el tono mucho más suelto y menos retórico que el de los poetas del califato imitadores de la lírica ante-islámica; son las *muaxajas* y los *cejales*, composiciones exclusivamente españolas al parecer, é influidas acaso por la poesía vulgar de los cristianos, como lo prueba el hecho de ser muchas de ellas obra de renegados ó *muladíes*, de uno de los cuales llamado *Aben Kuzman* ó Guzmán nos queda un *Diván* entero, que bien valdría la pena de ser traducido y publicado. Pero los arabistas propenden poco á traducir libros de amena literatura; y eso que algunos bien podrían darles elegante forma literaria, como el mismo Sr. Fernández y González

lo hace en las muy lindas aunque desgraciadamente escasas traducciones en verso, que en esta parte de su discurso intercala.

Presentado ya el bosquejo de la cultura hispano-arábiga é hispano-judáica, procede el Sr. Fernández y González á estudiar en la última parte de su trabajo el modo y forma en que se comunicó á los reinos cristianos. Con rara erudición descubre vestigios de esta influencia hasta en los siglos más oscuros: palabras de estirpe árabiga ó hebrea en privilegios y donaciones de los reyes asturianos y de los condes de Castilla; sin contar, por supuesto, con el abandono nunca total, pero si creciente, del latín entre los muzárabes, que en realidad fueron un pueblo bilingüe, como lo prueban las obras de Recemundo, la traducción árabe de la Biblia del *Almatrán* de Sevilla, la de los cánones de la Iglesia española del presbítero Vicente, y grandísimo número de escrituras que en el Archivo Histórico Nacional se custodian.

Pero verdadero influjo intelectual de los pueblos semíticos sobre los cristianos independientes no puede reconocerse antes del hecho capital de la conquista de Toledo. Y aquí, como en todas partes, aparecen como medianeros los judíos, á quienes su peculiar estado social ponía á un tiempo en contacto con las dos razas que se disputaban el dominio de la Península, y los constituía en intérpretes naturales de latín y arábigo. El primer poeta castellano de nombre conocido (¿quién lo diría?) es muy probablemente el excelso poeta hebreo Judá Leví, de quien consta que versificó, no solamente en su lengua, sino en árabe y en la lengua vulgar de los cristianos. Yo no he visto hasta la fecha composición suya entera en verso castellano, porque su copioso *Diván* nunca ha sido enteramente publicado; pero en los extractos y traducciones parciales que de él se han hecho, no es raro encontrar palabras y aun versos enteros castellanos extrañamente mezclados con el texto hebreo. Sirvan de ejemplo aquellos dos que en la edición de Geiger (*Divan des Castilier Abul Hassan*, pág. 141) se alcanzan á leer,

aunque desfigurados por un copista probablemente italiano que confundió el *dálet* con el *resch*:

Venit la fesca iuvencennillo  
 ¿Quem conde meu coragion feryllo.

Así conjeturo que pueden leerse estos versos, cuya interpretación es realmente difícil. *Iuvencennillo* parece un diminutivo femenino al modo provenzal: *jovencita*. Y si *fesca* es error del copista por *fresca*, de lo cual no respondo, parece que estos dos versos, de los cuales el segundo es gallego más bien que castellano, dan este sentido:

« Venid, fresca jovencita.  
 ¿Quién esconde mi corazón herido? »

Todo induce á creer que, en los orígenes más remotos de la poesía castellana, alguna parte, mínima quizá, hay que reconocer á los hebreos, y en la escasez grande de noticias que sobre nuestras antigüedades literarias tenemos, ¿quién sabe si podrá abrirnos nuevos horizontes esa misteriosa Retórica y Poética de Moisés ben Ezra, que en la biblioteca Bodleyana de Oxford existe, y que según dicen, trata no solamente de la poesía hebrea y árabe, sino también de la vulgar neo-latina: cosa nada improbable?

Aunque fué Toledo la ciudad clásica en que se efectuó el cruzamiento del saber oriental con el de Occidente, y fué el reinado del emperador Alfonso VII la fecha memorable de este movimiento decisivo para la cultura del mundo moderno, no puede negarse que ya antes, y en otras comarcas de España, se habían hecho notables, aunque aislados, esfuerzos de aproximación. El nombre del converso de Huesca Pedro Alfonso (Moseh Sephardi) es el primero que ocurre á la memoria, y con él su libro famoso de apólogos y cuentos, *Disciplina Clericalis*, por el cual unánimemente se le otorga el título de patriarca de los autores de novelas cortas en el Occidente

cristiano, y primer introductor del apólogo indio. Hubo también en la corte barcelonesa de Ramón Berenguer el Grande un albor de renacimiento científico con los trabajos matemáticos y astronómicos del judío Abraham Savasorda y el italiano Platón de Tívoli. Entonces se tradujeron libros tan importantes como la *Ciencia de las Estrellas*, de Albategni; los *Esféricos*, de Teodosio; el *Tetrabiblion*, de Ptolomeo; el libro del astrolabio del cordobés Assofar, discípulo de Moslema, y las *Tablas y Capítulos de las Estrellas*, de Ibrahim el Fesari; y se escribieron otros, al parecer originales, de aritmética, geometría y agrimensura.

Tuvo, pues, predecesores el Arzobispo D. Raimundo; pero siempre á él y al Emperador, de quien fué Canciller, les corresponde la mayor gloria por lo intenso, y casi pudiéramos decir febril, del movimiento de traducciones y comentarios que se desarrolló por su iniciativa y bajo sus auspicios. El arcediano de Segovia Domingo González (*Dominicus Gundisalvi*) y el judío converso Juan Hispalense son los dos grandes obreros de esta labor inmensa. Co'aboraron juntos en muchos libros; pero luego parecen haberse repartido el campo, según sus particulares aficiones, escogiendo el arcediano la parte de Filosofía, y el judío la de Matemáticas y Astronomía. Mientras el primero facilita á los escolásticos la comprensión de los principales tratados de Avicena, de Alfarabi, de Algazali, y de la *Fuente de la vida* de nuestro Avicebrón, y se lanza luego en alas de éste á filosofar por cuenta propia, demostrando verdadera pujanza metafísica en sus libros originales *De processione mundi*, y *De Unitate*, donde reaparecen, subidas de punto, todas las temeridades especulativas del misticismo alejandrino, todos los teoremas capitales de la *Elevación Teológica* de Proclo (por donde viene á ser progenitor, más ó menos consciente, del panteísmo moderno); Juan de Sevilla revela el Álgebra á los cristianos, y lanza de una vez en la corriente científica los principales tratados astronómicos griegos y árabes, el *Quadripartito* y el *Centiloquio* de Pto-

lomeo, y el *Libro de las Figuras* de Tabit-ben-Cora, las obras de Alfergan y del cordobés Alcabicio, y otras innumerables. ¡Momento, en verdad, memorable y supremo para el porvenir de la cultura moderna! Aunque éste sólo tuviese España en la historia de la ciencia, ya no sería lícito prescindir de nosotros al escribirla. Fué entonces Toledo, desde el Emperador Alfonso VII hasta Alfonso el Sabio, la metrópoli de las ciencias misteriosas y de la oculta filosofía, el primer foco del saber experimental, el grantaller de la industria de los traductores, el emporio del comercio científico de Oriente. Cuantos ardían en sed de poseer aquellos tesoros acudían allí desde los más remotos confines de Europa, y ávidamente se procuraban traducciones ó las emprendían por su cuenta: así Adelardo de Bath, Herman el Alemán, Miguel Scoto (principal propagandista del averroísmo), y sobre todos Gerardo de Cremona, traductor de setenta y una obras científicas, de astronomía y matemáticas, de ciencias naturales y medicina.

De éste primer florecimiento cosmopolita ó europeo se derivó otro más peculiarmente español, el cual se caracteriza por el uso constante de la lengua vulgar, aplicada antes que otra ninguna de las lenguas romances á la alta especulación científica, así en Castilla como en Cataluña. Comienza esta nueva fase en los reinados de San Fernando y de D. Jaime el Conquistador, iniciándose tímidamente con catecismos político-morales (*Llibre de la Saviesa, Libro de los doce Sabios, Flores de Philosophía, Libro de los buenos proverbios, Poridat de Poridades*, etc.) imitados ó traducidos, á lo menos en parte, de fuente arábica; y con las dos más célebres colecciones de apólogos y cuentos de procedencia indostánica, el *Calila y Dina* y el *Sendebár*. Crece la corriente y se dilata poderosa en la monarquía científica de Alfonso X, nuevo Salomón cristiano, por quien la sabiduría desciende del sólio para aleccionar á las muchedumbres en modo y estilo oriental con los preceptos de una cierta *filosofía regia*, al mismo tiempo que con

asombrados ojos empiezan á deletrear los arcanos del firmamento, conforme al sistema indio del *Sindhanta*, traído á nuestra Península por el antiguo Moslema. Si el elemento árabe en la *Crónica General* debe reducirse á límites exigüos, en cambio es muy considerable en la *Grande et General Estoria*, y aun en la parte doctrinal de las Partidas, é impera casi sólo en el *Libro de los Juegos*, en los tres *Lapidarios*, en los *Libros del saber de Astronomía* y en otros muchos, así de recreación como de ciencia.

No con menos pujanza se manifestaba, ya por imitación, ya por reacción, en las obras de Raimundo Lulio, tan conocedor de la lengua árabe como de la propia, hasta el punto de poder escribirlas indistintamente; gran promovedor del estudio de las letras orientales como arma principal para la controversia religiosa y anti-averroísta en que andaba empeñado. Si su filosofía, con ser tan profundamente original, presenta innegables vestigios de la Lógica de Algazali, la forma novelesca que dió á algunos de sus mejores tratados parece un reflejo de la literatura oriental: la traza del *Libro del Gentil y de los tres Sabios* recuerda inmediatamente la del *Cuzari*; los apólogos del *Libro de las Bestias* proceden, en su mayor parte, del *Calila y Dina*.

Imitador á un tiempo de Raimundo Lulio y de los orientales, pero con una gracia de estilo propia y peculiar suya que hace de él escritor más personal, más simpático y más literario de los tiempos medios, D. Juan Manuel presta forma castellana en el *Libro de los Estados* á la leyenda budista de Barlaam y Josafat, á la vez que renueva cristianamente el tema del *Cuzari*; y en el *Libro de Patronio*, no sólo da albergue á los principales cuentos de origen asiático que en las anteriores colecciones figuraban, sino que introduce nuevas anécdotas, de carácter esencialmente histórico y origen arábigo-español indudable, como las relativas á la reina Romayquia; mostrando conocimiento directo de la lengua de los sarracenos, como podía esperarse de quien por tantos años había

guerreado con ellos como adelantado del reino de Murcia y frontero contra Granada.

Igual noticia del habla y costumbres de los mahometanos hay que reconocer en el Archipreste de Hita, ora se atienda á la enumeración que hace de los instrumentos músicos que convienen á los *cantares de arábigo*, ora á las palabras de dicha lengua que oportunamente ingiere en varias partes de su relato poético, por ejemplo, en la respuesta de la mora al mensaje de Trota-conventos. Consta, por otra parte, que escribió cantares para *troteras* ó danzadoras moriscas, cuyas relaciones con nuestros poetas de vida airada en los siglos XIV y XV debían de ser frecuentes é íntimas más de lo justo, como lo prueba el caso de Garci Ferrandes de Ierena, que renegó por amores de una juglaresa mora, ó más bien, por codicia del gran tesoro que la suponía; y el de Alfonso Alvarez de Villasandino, quien declara en sus versos que por una *gentil criatura del linaje de Agar pondría en aventura su ánima pecadora*.

Pero aun reconociendo en la obra miscelánea de nuestro mayor poeta de los siglos medios evidentes huellas de orientalismo, especialmente en los apólogos, no voy tan lejos como el Sr. Fernández y González, cuando supone que el libro de los amores del Archipreste está compuesto en forma de *macama* y á imitación de las *macamas* árabes y judías. La forma de novela autobiográfica parece tan natural y cómoda, que sin necesidad de imitación directa ha debido ocurrirse á ingenios de muy diversos tiempos y naciones; y si hemos de llamar *macama* á todo relato de aventuras descosidas sin más unidad que la persona del protagonista narrador de la historia, *macama* será el *Satyricon* de Petronio, y *macama* el *Asno de Oro*, de Apuleyo, y *macamas* todas nuestras novelas picarescas; y hasta los *Reisebilder*, de Enrique Heine, serán también una especie de *macama*.

El período culminante de la influencia oriental en España, por lo que toca á la amena literatura, es sin disputa el si-

glo XIV, en que crece el número de judíos cultivadores de la lengua castellana, y uno de ellos, el rabí Don Sem Tob de Carrión aclimata en nuestro Parnaso cierto género de poesía didáctico-moral, *gnómica* ó sentenciosa, evidentemente derivada de aquellas éticas en verso que en la literatura hispano-judaica de los Gebiroles y Ben Ezras, abundan tanto. Pero á fines de aquel siglo, desde los días del canciller Ayala, el orientalismo cede visiblemente el paso á la imitación clásica, la cual domina casi sin rival en el siglo XV, aun en varones de purísima estirpe hebrea como el Obispo de Burgos D. Alonso de Cartagena. Varias causas hubo para esto, siendo la principal la profunda decadencia á que había llegado en su postrer refugio de Granada la cultura musulmana, que nada nuevo podía aportar á la civilización occidental, á la cual se habían incorporado ya todos sus elementos útiles. La historia fué el género que resistió más tiempo entre los árabes: lo prueba en el siglo XIV el grande ejemplo de Aben Jaldun (español de origen, ya que no de nacimiento) cuyos famosos *prolegómenos*, que constituyen una especie de aparato enciclopédico para la historia universal, demuestran que ni siquiera de espíritu crítico estuvieron desamparados los muslimes. Pero el granadino Aben-Aljatib, último escritor de gran renombre entre los árabes andaluces, es ya de evidente decadencia, si bien por el gran valor histórico de las noticias que consigna, por el número y variedad de sus escritos y por la feliz casualidad de haberse conservado íntegros los principales, es de los que más merecen y han obtenido la atención de la crítica.

Menos decadente la literatura de los judíos, había recibido, no obstante, un golpe mortal con las restricciones puestas al estudio de la filosofía y otras materias profanas, y con la condenación fulminada por las sinagogas de Cataluña y Provenza contra el *Guía de los perplejos* de Maimónides, cuyo racionalismo exegético comenzaba á parecer peligroso á los más autorizados rabinos. Volvieron, pues, los estudios, aunque no sin

protesta de muchos, al antiguo cauce *misnático* y talmúdico, y cualesquiera que fuesen los conatos de independencia en las escuelas de Gerona, de Segovia, de Toledo, y entre los místicos y cabalistas, nada de ello importó mucho, y por de contado nada apenas trascendió fuera del recinto de la Sinagoga; hasta que coincidiendo con los tiempos de la expulsión aparece la ilustre familia de los Abarbaneles, memorable aún más que por lo que contribuyó á la conquista de Granada, por el libro de la *Philographia Universal* ó *Diálogos de amor* con que León Hebreo trajo nueva savia al platonismo del Renacimiento, fundiéndole con la tradición judaico-alejandrina y con algunos conceptos de la filosofía escolástica, nada desconocida de los judíos del siglo xv, como lo prueba el hecho de haber traducido al hebreo Alí ben Yusaf Habilio de Monzón algunos libros de Santo Tomás, de Escoto y de Guillermo Occam. El comercio intelectual proseguía siendo recíproco, á despecho de incendios y saqueos de aljamas, devastaciones y matanzas, y á despecho de la preocupación sectaria moderna, que inventa abismos donde no los hubo.

De todas estas y otras muchas cosas trata más ó menos rápidamente, pero siempre con datos positivos y seguros, el Sr. Fernández y González, prescindiendo, en obsequio á la brevedad, de otros puntos que tiene bien conocidos y estudiados, tales como la curiosísima literatura jurídica de las *Leyes de Moros*, la muy copiosa literatura aljamiada, no sólo religiosa sino poética y novelesca, de los moriscos (tan ilustrada ya merced á las publicaciones de Gayángos, Müller, Stanley, Saavedra y Guillén Robles), y la literatura que en lengua castellana y en todos géneros cultivaron los judíos de origen español refugiados en Holanda y otras partes durante los siglos xvi, xvii y aun xviii, siguiendo, á pesar de su alejamiento, los cambios de gusto que se verificaban en la Península, como lo prueban el ejemplo de Moseh Pinto Delgado, que á ratos parece discípulo de Fray Luis de León, y el de Miguel de Silveira, Antonio Enríquez Gómez y Leví de Ba-

rrios, tenebrosos imitadores de Góngora y Quevedo. Esta reacción ó influencia contraria de la lengua y literatura española sobre los pueblos semíticos, que conduce sucesivamente á escribir en castellano á mudejares, moriscos y judíos, creando tres pequeñas literaturas, mixtas de oriental é ibérico, merece por sí solo un atento estudio, y sin duda por eso no ha querido el Sr. Fernández y González englobarle en su tema ya inmenso de suyo.

Esta misma consideración, sin duda, y la de existir ya base firme en los glosarios de Engelmann y Dozy, Simonet y Eguilaz, le ha hecho insistir poco en la enumeración de los elementos árabes y hebreos que han entrado en nuestro léxico y en nuestra gramática. Nótese que, á diferencia de los filólogos anteriores, el Sr. Fernández y González propende á acrecentar este caudal y suponerle mucho más rico de lo que generalmente se estima.

Tal es (entendido y expuesto á nuestro modo y adicionado con algunas consideraciones y noticias que nos han parecido pertinentes al asunto) el riquísimo contenido del discurso del Sr. Fernández y González. En él está no sólo planteada, sino definitivamente resuelta, sin alharacas ni declamaciones indignas de la ciencia, tesis tan importante y compleja como la de la influencia oriental en el pensamiento y en el arte de nuestro pueblo. Esta influencia es innegable en la arquitectura, donde sus alarifes transmitieron á los nuestros el único tipo de construcción peculiarmente español de que podemos envanecernos. Lo es también en diversas artes é industrias suntuarias. Puede presumirse muy racionalmente en la música, aunque este punto no haya sido dilucidado todavía con la atención y competencia debidas.

Es nula ó casi nula, y aun puede suponerse influencia contraria, en la poesía lírica propiamente dicha; lo cual no se opone á la transmisión accidental de algún cantarillo, y aun á la semejanza aparente ó real de ciertos tipos de versificación popular. Todavía puede negarse con más resolución

en lo tocante á la poesía narrativa, que entre nosotros fué esencialmente histórica, hija del terruño castellano, aunque de las canciones francesas recibiese estímulo y ejemplo. Sólo tres ó cuatro romances, de los *fronterizos* de última época, el de *Abenamar*, *Abenámar*... la lamentación por la pérdida de Alhama, y pocos más, tienen sabor oriental ó puede conjeturarse con verosimilitud que de Granada proceden. Donde es forzoso no sólo admitirla, sino proclamarla fuente casi única, es en el cuento y en el apólogo, no por inventiva de los árabes (que en rigor nunca han sido pueblo de mucha imaginación), sino por la misión histórica que tuvieron y cumplieron de recoger en Persia, en Siria y en Egipto la primitiva y misteriosa tradición del apólogo indio, que no ha perdido aún su profunda virtud simbólica, y continúa siendo la leche espiritual con que aun los pueblos más cristianos educan á sus hijos.

No puede decirse que las fuentes históricas árabes fuesen desconocidas á nuestros cronistas de la Edad Media, pero es cierto que hicieron muy poco uso de ellas. Lo mucho que en la *Grande et General Estoria* procede del árabe, no son fragmentos de historia, sino verdaderos cuentos. La *Historia Arabum* del arzobispo D. Rodrigo, el trozo de la *General* concerniente al sitio de Valencia, las traducciones portuguesa y castellana del moro Rásis, son excepciones harto solitarias para que pueda deducirse acción notable de la historiografía musulmana sobre la nuestra.

Pero en la filosofía y en las ciencias, ¿quién podrá negar la eficacia y prestigio del elemento oriental, á menos de cerrar voluntariamente los ojos á la luz de la historia? La introducción de los textos árabes en las aulas de Occidente inicia un nuevo período en el desarrollo de la Escolástica, que gracias á ellos entra en posesión íntegra de la enciclopedia aristotélica, si bien imperfectamente traducida y comentada. Los nombres de Alfarabi, de Alkindi, de Avicena, de Avempace, de Avicebrón y de Averroes, son aún más fami-

liares á los doctores de la Edad Media que los grandes nombres de la ciencia clásica. La palabra *averroísmo* llegó á ser sinónimo de racionalismo y libre pensamiento, y desde el siglo XIII hasta el XVI fué el símbolo de la incredulidad filosófica, la bandera de todos los disidentes. Todas las herejías metafísicas que fermentaron en el seno de la Escolástica después del siglo XII proceden ó de Averroes, ó de Avicibrón comentado por el arcediano Gundisalvo, que es probablemente la misma persona que el llamado *Mauricio Hispano*. No se trata aquí del fondo de las doctrinas, sino de su valor histórico innegable: *oportet haereses esse*, y sin la invasión de esta filosofía hispano-semítica, ni Santo Tomás hubiera tenido que escribir la *Summa contra gentes*, ni nuestro inmortal Ramón Martí el *Pugio Fidei*, ni hubiera emprendido Raimundo Lulio su novelesca cruzada contra los averroístas, que le condujo á la creación de su sintética filosofía.

Y si por los errores con que vino mezclado se tiene en menos el contingente filosófico aportado por los árabes, no sucederá lo mismo con aquella parte de la ciencia que está sobre toda discusión y todo sistema. Aun limitándonos á nombres españoles, bórrese de la historia de la Astronomía el de Azarquiel, de la historia de las Matemáticas el de Geber-ben-Aflah, de la historia de la Botánica el de Aben Beithar, de la historia de la Medicina y de la Cirugía los de Abulcassis y Avenzoar, y se verá á qué poco queda reducida la historia de estas ciencias en la Edad Media. Querer poner enfrente de estos monumentos de ciencia positiva y experimental las pobres compilaciones latinas anteriores al siglo XII, último residuo de la penuria científica en que siempre vivieron los romanos, es obstinarse en errar á sabiendas; y cuando á tal propósito se invocan, por ejemplo, las *Etimologías* de San Isidoro, diríase que los que tal hacen quieren burlarse del Santo bendito, que no necesita que se le atribuyan méritos fantásticos para ser, sin disputa, la más grande personalidad intelectual del siglo VII en toda Europa. ¡Pero medrada estaría la ciencia

moderna si en sus primeros pasos no hubiese encontrado más fondo que los extractos que San Isidoro hizo de Varron, de Plinio, de Suetonio ó de Solino, los cuales tampoco fueron propiamente hombres de ciencia, sino compiladores eruditos!

El celo intemperante es siempre mal consejero. Dios hace salir el sol de la ciencia y del arte sobre moros, judíos, gentiles ó cristianos, creyentes ó incrédulos, según place á sus inexcrutables designios; y no es indicio de piedad, sino de orgullo farisaico, pretender para los cristianos por el mero título de tales la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aun con la voluntaria ceguedad del espíritu degenerado que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino. Nunca he podido comprender á los extraños apologistas que, con negar toda clase de ciencia é ingenio á los adversarios de la fe, creen haber obtenido la más cumplida victoria. Válgales, no obstante su buena intención, y á falta de otro elogio, no les faltará aquel, por cierto notable, que el burgense D. Pablo de Santa María hizo del famoso arcediano de Ecija Hernán Martínez, que con sus sermones amotinaba al pueblo de Sevilla contra los judíos: *in litteratura simplex sed laudabilis vitae*. Y no hay duda que la vida laudable vale más que la buena literatura.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

# CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Predominio de la cuestión económica sobre las demás cuestiones en Europa.—Estado de Portugal.—Proyectos de contribución progresiva en Francia.—Reclamaciones de esta potencia á Portugal.—Italia.—El problema económico allí.—Tristezas y malandanzas.—Proposiciones del ministro de Hacienda.—Protestas de la oposición.—Temores de anarquismo.—Estudio de tal sistema y de sus sectarios.—Hechos capitales de éstos en Europa.—Uniformidad del tipo común anarquista en los individuos varios.—Sus diferencias de las demás escuelas socialistas.—Generación de su ideal.—Su teorizador.—Su jefe de acción.—Influjo moscovita.—Observaciones.

## I

**N**o hay que acariciar ilusiones. En todos los pueblos de nuestra Europa y en todos los momentos de nuestros días, no se ofrece más problema que la cuestión económica. Efecto de lo mucho que han subido los presupuestos, por lo caras que nos han costado revoluciones y guerras, todos los gobiernos se hallan apurados, y, por ende, todos metidos en el fastidioso problema de aumentar sus ingresos y disminuir sus gastos. Así, la política diaria y los partidos militantes á una se quedan rezagadísimos por las ventajas que les llevan en la atención general estos apuros económicos tan penosos y necesitados de un urgentísimo remedio. Por lo único que podría mezclarse la cuestión económica con la cuestión política en esta crisis, tan profunda, sería por extenderse la persuasión de que un cambio en la forma de cada Gobierno quizá trajese aparejado un ahorro en la suma de cada presupuesto. Pero las ganancias, que por un cálculo de pro-

babilidades podrían los gobiernos más sencillos granjearnos, ora fuesen reaccionarios, ora progresivos, hállanse compensadísimas con lo costosas que resultan las instituciones nuevas y con los dispendios que trae consigo aparejado todo radical cambio. En Portugal hay muchos creídos de que si echaran el joven rey, echarían la siniestra fortuna. Y no solamente conspiran los partidos republicanos, conspiran los partidos gobernantes. Y así hay monárquico portugués que cree fácil un golpe como el asestado por Alejandro á los radicales de Serbia y un trastrueque rápido de la decoración política en el gobierno como en los teatros. Todos los partidos conspiran á una contra el monarca, con la sola excepción de aquel que gobierna; y mientras los republicanos proponen la panacea de su república, proponen las gentes de corte un régimen de regencia parecido al nuestro y al holandés, con regentes femeninas, sólo que una parte de los así confabulados quiere magistratura tal para la reina consorte y otra parte para la reina madre. Déjense los portugueses de tales soñaciones, y apechugando con el régimen vigente, huyan de sindicatos extranjeros é ingerencias extrañas en sus negocios por medio de una sabia economía.

## II

No se liberta Francia del general embargo, que á todos los pueblos trae la penuria, ó presente, ó amenazadora. Esa radical extirpación de los sesenta y cuatro millones, que constituían su déficit, no ha podido conseguirse por el ministro de Hacienda, si no merced á un remedio quirúrgico tan radical, como la última conversión, cuyas consecuencias traen á los estadistas mayores de allí como enajenados en la contemplación del problema, recrudecido en Francia cual en todas partes. Y para persuadirse de la verdad de esta recrudesencia, no hay sino ponerse á pensar que proponen ya un remedio tan socialista, como

el impuesto progresivo, republicanos de abolengo tan autoritario y conservador cual el diputado Cavaignac, cuyo nombre ilustre, ó no significa nada, ó significa la mayor victoria conseguida sobre los sectarios del socialismo en la corriente centuria. Para sostener y abonar su tesis, el hijo de general, tan republicano y conservador como el difunto general Cavaignac, presenta el ejemplo de Suiza, poco persuasivo en verdad, pues en Suiza pasa que, allí donde tal impuesto, como el progresivo, viene ya de años, se distribuye con equidad y se satisface con resignación; pero donde las escuelas comunistas ó radicales han logrado establecerlo últimamente, adquiere una forma tal de violencia y despojo, que á veces paga por todo el pueblo un solo rico. Mas no hay para qué penetrar en las entrañas del problema: lo esencialísimo es aducir su aparición como en sí misma es, como una prueba de que la economía y el presupuesto embargan los ánimos, no sólo en los pueblos débiles y pobres, en los pueblos poderosos y ricos. Así también se trata por el gobierno y por el Parlamento de apresurar las maniobras diplomáticas, en reclamación del débito que con los tenedores de papel francés tienen contraído el gobierno y el pueblo lusitano, por lo cual necesita Portugal mirarse mucho en lo que hace y precaverse con especialidad á todos los eventos.

### III

Pero, donde mayores proporciones toma y mayor espanto causa el problema económico, es en Italia. Cuando nosotros, desde la triste anudación de sus alianzas, le dijimos cómo se precipitaba en tal ruina, rióse de los augurios, y tomó, alentada por sus inverosímiles triunfos, el vértigo de las grandezas. Bien caro lo paga. En el pueblo reina una inquietud tal, que se ha necesitado la ocupación militar para devolver su paz material á Sicilia, y en el gobierno todas las fuerzas y todas las facultades y todas

las ideas de los ministros se convierten hacia la cuestión económica por el fundado temor de que pueda coronarse obra tan excelsa, como la unidad itálica, con mácula tan triste, como una irreparable bancarrota. El informe de Sonnino acerca del estado económico aquél arranca lágrimas de sangre al empobrecido pueblo, y demuestra que precisa dar de mano á las alianzas y á las colonias y á la política para curarse únicamente del erario. Ciento setenta y siete millones de liras el déficit, quinientos los descubiertos del Tesoro, en descenso las aduanas, en ascenso las quiebras de Bancos y sociedades mercantiles, no queda otro remedio que volver directamente al curso forzoso, indirectamente al impuesto sobre la molienda; requerir mayores aportaciones del renglón de las utilidades al acervo común de los tributos; aumentar los derechos de la sal; hacer una conversión como la francesa que descargue al Estado de gravámenes; quitar las provincias numerosas con las Universidades y las audiencias inútiles, y los dispendios en Guerra y Marina para obtener que tras tantos sacrificios por la independencia, pueda preservarse Italia de caer, no bajo los pies del Austria, como antes, bajo los pies, como Egipto ahora, de un sindicato extranjero. Mucho han gritado las oposiciones al sentir la exposición del cauterio único, que cabe á mal tan crudo ya; pero si meditan un poco llegarán á convencerse de que, sobresaltado el pueblo por la desgracia, puede llegar, dada la insania de su delirio, como se ha visto en Sicilia y Carrara últimamente, á caer en el anarquismo y apelar á los anarquistas.

## IV

Uno de los más curiosos fenómenos que ofrece la historia contemporánea es el bárbaro y criminal carácter últimamente revestido por aspiración, tan duradera en los extravíos atávicos y hereditarios de algunas personas y

aun de algunas gentes excepcionales, como la inclinación á separarse de la sociedad y maldecirla, creyéndola ma- drastra sin corazón y llegando á huir de su seno hasta refu- giarse en ascetismo y en misantropía suicidas. El siglo de oro en que los hombres vivían á su grado, vistiéndose del vellón de las ovejas y alimentándose del fruto de las ca- rrascas; el Joghi de la India, tan enajenado en su medi- tación eterna, que las golondrinas fabrican nidos sobre las espaldas suyas, semejantes á piedras; el ebionita nómada por el desierto inmenso, sin hogar alguno y sin familia, en requerimiento de la venida del Mesías y de sus revela- ciones; el macerado penitente que habitó las cavernas y convivió con las bestias; el ermitaño recluido en esos sa- grarios adonde únicamente llegan ecos de quejas y eva- poraciones de lágrimas; el igorrote á quien tira la mon- taña, representan esos amores á la soledad, contradicto- rios del todo con los instintos de comunicación entre las criaturas, tan poderosos, como la cohesión de los cuerpos orgánicos y como la afinidad de los compuestos químicos y como la atracción de los orbes celestes, para componer y perpetuar la sociedad. Siempre ha existido en algunos el odio á los demás, alimentado por los males y por los inconvenientes que tienen las sociedades mismas en sí, como los tiene todo en el misérrimo planeta nuestro y en el género humano entero. Mas nunca se había visto entre los mayores misántropos de antaño esta inhumana idea y esta cruel inclinación de hogaño á destruir la sociedad en su conjunto, destruyendo por el hierro y el fuego, es de- cir, por la pólvora y por la dinamita, los individuos todos que la componen y que la perpetúan para cumplir fines humanos de progreso universal y realizar las grandes idealidades que Dios nos deja entrever desde aquí en su gloria, cual tipos y arquetipos de la belleza y del bien, realizables dentro de las condiciones restrictas en que nos pone y de los límites angostos en que nos recluye nuestra irremediable contingencia.

## V

Yo no creo que los asesinos varios, cuyos crímenes hoy siembran por doquier el pánico popular, pertenezcan tanto á una secta doctrinal como á una enfermedad colectiva. Estudiando los fenómenos dimanados del instinto de imitación, obsérvase que, así como se someten al gusto de los demás las personas originales é independientes, hasta vestir y comer como le mandan sastres y cocineros de París invisibles y desconocidos, así también se someten á sofismas y superstición es que, á intervalos, producen una epidemia moral, cuyos miasmas corrompen las inteligencias y pervierten los ánimos, epidemia tan efectiva como las materiales que, á intervalos también, emponzoñan aires ó aguas, y nos matan. Las neurosis de Rousseau, patentizadas en aquella elocuencia suya tan estética, poseyó á las mujeres que generaron y parieron á los titanes de la Revolución francesa; y las primeras aplicaciones del magnetismo por Mesmer difundieron una demencia colectiva tan intensa, que se creyó fácil cosa la transparencia de los pensamientos internos en las frentes al fulgurar de tales rayos y los dones de la inmortalidad conseguidos por los contactos de los dedos en las cadenas eléctricas que sacudían los nervios con choques fulminantes, los cuales eran tomados por espasmos y sobreexcitaciones de la vida. Yo no estoy lejos de creer que los ayunos forzosos y las emociones violentas del sitio puesto por los alemanes á París, engendraron aquellos apocalípticos exterminadores de la comunidad revolucionaria, más tarde aparecidos, cuya rabia de perros hidrófobos inmoló rehenes tan santos y benditos como el mártir arzobispo é incendió monumentos tan gloriosos como el palacio de la ciudad. No hay que dudarlo: las epidemias morales, en su significación más vulgar de calamidad ó plaga reinante sobre gran suma de individuos

atacados por sus miasmas, los cuales se ceban en tales víctimas si las encuentran predispuestas y propensas á contraer el mal, nos dan el por qué de la existencia de los anarquistas y de la enfermedad del anarquismo.

## VI

Mirad á cada cual de los más famosos y veréis cómo se halla el prototipo uno en ellos. Son criminales de nacimiento, que se sobreexcitan por borracheras de ideas, tomadas en libros y en discursos buenos ó malos. Como al vino se sobreexcitan los locuaces hasta la garrulidad, ellos á la idea; concluyendo por trastornarlo todo y creer heroísmo el asesinato, martirio la pena consiguiente al crimen, déspotas ó tiranos cuantos gozan de alguna comodidad ó gastan frac. Ravachol sacrifica, malvado, á impulso tan vil como el impulso al robo, un solitario indefenso, y luego, al móvil de la idea, especie de ciclón ó tromba que se le metió en la mollera, destroza y extermina lo que tiene delante. Pallás, otro filósofo práctico, quizá con aptitudes, en sociedad menos organizada de suyo, para negrero ó pirata y bandido en cuadrilla, pero á quien los viajes y las lecturas ilustran un poco, y que se convierte, á la perversión contraída por tal envenenamiento, en vengador de la humanidad, y no encuentra más medio de vengarla que despedir una bomba de dinamita bajo el caballo de Martínez Campos y alardear luego en la capilla y en el patíbulo con valor sobrehumano, mantenido por las lecturas mismas, de grande trágico. El aragonés Salvador Franch, bebe sus ideas en el seno de las escuelas católicas, y adquiere sus costumbres en el regazo de una familia piadosa, y, sin embargo de las ideas cristianas aprendidas en tal enseñanza y de los ejemplos morales vistos en tal vida, perpetra el más horrible entre los atentados cometidos por todos estos infames, el atentado de Barcelona, en que caen destrozados, entre música y ale-

gría y festejos, amén de los burgueses indefensos é inofensivos, que no le han hecho daño ninguno y de quienes quizá haya recibido algún beneficio, jóvenes hermosísimas, las cuales no escuda su inocencia y su candor, envueltas en sus trajes de fiesta ó coronadas de flores, ceñidas de gasas, rientes de alma, en los albores del amor y en la florescencia del ser, sorprendidas por el inesperado estallido, como las mujeres de Pompeya y Herculano, cual si un solo individuo tuviera en su poder las fuerzas devastadoras del Universo y en sus puños explosivos tan terribles como las erupciones del Vesubio. Vedlos á todos y parecen una persona tan solo. Teaurihet, que clava su cuchillo de zapatero en el pecho del ministro serbio en París; Vaillant, que despide su canuto henchido de clavos con pólvora cloratada, deseoso de aniquilar la representación nacional; Henry, el de la explosión recentísima en los salones del Terminus, que hiere por herir y mata por matar; todos adolecen á una del trastorno llevado al seso por las lecturas mal digeridas, capaces de arrebatarse los temperamentos neuróticos ó desordenados hasta unos arrebatos y unas enajenaciones, como las célebres de Tiberio y Calígula y Nerón, pervertidos por la ciencia y por el arte, hasta creer naturales y hacederos los mayores y más horribles crímenes, para que más resalte la identidad del fondo y del espíritu comunes en la diversidad varia de personificaciones. Henry atribuye su perversión y su crueldad á una próxima pariente suya que se burló de un cromo representativo del rey San Luis, cuya efigie le hablaba con misterio en los oídos palabras oraculares ó sibilinas; y Faure, otro jefe de exterminadores, al noviciado sufrido en los jesuítas, cuya enseñanza y doctrina por tal modo viciaron su ánimo que le hicieron pasar desde los ejercicios piadosos en el templo á los juegos de Bolsa en el mercado, y desde los juegos en el mercado á las explosiones de dinamita en el mundo. *Ab uno disce omnes.*

## VII

Pero no puedo sufrir se impute á la civilización y á la libertad modernas un mal coetáneo con todos los tiempos y congénito á todas las sociedades. Las dictaduras, decía el profundo Aristóteles, degeneran en despotismo; las aristocracias en oligarquía; y en demagogia las democracias. Plagas sociales así no han faltado á edad ninguna de la historia. En Grecia existieron cual ahora entre nosotros. Cleón, que representaba la demagogia en Atenas, aquel Cleón zaherido por Aristófanes, se veía en el caso de halagar todos los malos instintos para vivir al calor de todas las malas pasiones. La temeridad considerada valor, la declamación elocuencia, la mesura engaño, el presentimiento certero y la previsión patriótica menguas; cualquier malvado soltaba el freno de todas las maldades, no contenidas por la virtud de Aristides ni por la inteligencia de Pericles, importándole poco despedazar Atenas, si con atarla á la cola de todos los crímenes, se granjeaba para sí mismo famoso renombre con segura medra. Y lo mismo pasó en Roma. La obra democrática y humanitaria de los Gracos no murió porque la hirieran los patricios; murió porque la hirieron los demagogos. Druso, el violento y exageradísimo, soltado por los nobles, exageró demagógicamente las ideas del redentor é incitó contra su propia redención al pueblo. Este se fué con sus enemigos contra sus amigos. La nobleza encontró en la demagogia su natural aliado. El demagogo Druso tomó sobre sí la traidora carga de perder á Graco exagerando promesas y reformas. Como Graco había de cumplir, formulaba lo posible; como Druso no había de cumplir, prometía lo imposible en connivencia con el Senado. Prometió Graco colonias ultramarinas; pues Druso colonias italianas. Mantuvo Graco la repartición entre los plebeyos de las tierras públicas; Druso de todas las tierras así parti-

culares como litúrgicas. El populacho creyó á sus enemigos y dudó de su redentor. Amó á sus verdugos y aborreció á su héroe. La democracia sucumbirá siempre que degenerare por su mal en demagogia. Así la república romana sucumbió cuando el espíritu de la humanidad penetrara en sus senos y trajo ella misma por el extravío de su pueblo al propio cuello la terrible coyunda del imperio. Mas no se crea esto privativo de los pueblos antiguos. Los comunistas en los municipios de la Edad Media que detuvieron la emancipación de los siervos del terruño; los dualistas que armaron guerras como aquellas de los albigenses y dieron al Norte de Francia el predominio sobre la hermosa Provenza y al Papa vencedor las bases de su absolutismo eclesiástico; los ciompis de Florencia que prepararon la monarquía de los Médicis y trajeron la noche con su buho al pie tan admirablente delineada por Miguel Angel; aquellos hussitas que cambiaban en sangre roja el vino de los cálices y hacían los tambores de humanas pieles para obtener la renovación religiosa; los labriegos alemanes, sublevados en apariencia contra los castillos y en realidad contra la Reforma, que amargaron los días de Lutero y sumergieron en tristezas profundas su agonía; los niveladores de Inglaterra poniéndose frente al protector en nombre del comunismo para que la sociedad echase de menos á los Estuardos; el apostolado de Babeuf al término de la primera República francesa y los socialistas de Junio y los comuneros de Marzo al comienzo de la segunda y al comienzo de la tercera, dicen que tales protervias oscurecen y tales protervias manchan todas las épocas y todas las generaciones del mundo en toda la sucesión de los tiempos.

## VIII

Y con efecto, pocas veces se ha dado una teoría tan absurda como el anarquismo y una tan temible gente

como los anarquistas. En todas las escuelas y en todas las enseñanzas del socialismo tradicional existía un orgánico principio de poder semejante al Estado, y como el Estado, fiador de la seguridad universal. Ya sea el sacerdocio y el pontificado industrial de San Simón, ya la falange y el falansterio de Fourier, ya los talleres nacionales de Luis Blanc, ya la organización del trabajo de Leroux, ya el Estado cesáreo de Lasalle, ya el omniarca de los colectivistas, en tales doctrinas hay siempre una organización y un órgano arriba que, destruyendo la propiedad individual y levantando los gremios con las tasas de lo antiguo, errores crasísimos, hace veces de gobierno y organiza fuerzas de resistencia tales, que contra ellas habría de estrellarse por fuerza el desorden, quien, prolongado, retrotrae las sociedades al estado salvaje y las obliga, para sostenerse y conservarse en su natural pujanza y poderío, á erigir, como clave de su mantenimiento y sustentación, la horrible dictadura. Pero si hay en todas las teorías y en todas las escuelas socialistas un factor de organización que gobierna, siquier tenga facultades tan difíciles de practicar y ejercer, como la repartición de los productos del trabajo colectivo y de los intereses del capital común, en el anarquismo y entre los anarquistas no hay nada de esto. Mientras las escuelas socialistas, predecesoras suyas, elevan la fuerza del Estado en sus proyectos y planes hasta el despotismo, esta escuela conduce la libertad individual hasta la negación del Estado, y por consiguiente de la sociedad, que ni ha vivido, ni vive, ni vivirá, sin dirección y sin gobierno, pues cuando no sepa sacarlos de su propia voluntad y establecerlos en el derecho, descenderán la dirección y el gobierno de lo alto, imponiéndose por la conquista y por la fuerza. Creer cosa natural de suyo á la especie humana los desligues de los lazos sociales y la ruina de los organismos del Estado y la supresión de todo tribunal y la carencia de toda ley, equivale á creer posible la retrogradación á las edades de oro y á los ensueños de inocencia y á los jardines paradisiacos puestos por las teogonías y las leyendas

en los orígenes de la especie humana, los cuales ocultan, tras un celaje de fantástica poesía el estado prehistórico, donde se hallaba en los últimos escalones de triste animalidad el hombre, armado de los pedernales que afilara el frote con otras piedras y habitante de las cavernas lacustres con escasa diferencia ó separación del megaterio y del hipopótamo.

## IX

¿Quién dejará de condolerse del mal que adolora y apena con sus horrores al trabajador moderno tan infeliz? Quién, allá en las delicias de una posición cómoda no haya nunca respirado el aire infecto de las buhardillas, donde duermen como cerdos en montones de paja podrida criaturas infelices, envidiando el perro ó el caballo de los palacios vecinos, jamás comprenderá todo el hedor moral mezclado á estos materiales hedores y todas las plagas que tales miasmas condensan en el espíritu de nuestros pueblos. Catorce y quince horas en una fábrica, entre las ruedas estridentes que dan vértigo y las emanaciones malsanas que dan muerte; días y días en las minas, en aquel abismo donde la blanca piel de los sajones se torna negra, y el calor y la suciedad y las tinieblas os hacen desear el infierno, pues parecen encerrados por una eternidad en las entrañas del suelo inhabitable los jornaleros, exhaustos por el derrame sobre las peñas, para romperlas y ablandarlas, de un sudor que les roba poco á poco la vida : todo esto y mucho más, apenas imaginable á causa de su horror, justifica las quejas exhaladas por la desgracia bajo una fatalidad á cuya pesadumbre se reniega del ser y se desea, en raptó de verdadera desesperación, el no ser, por si en la nada se concluye, al par de todo cuanto existe y respira, tamaños horribles males. Pero yo digo que las medicinas inventadas por el socialismo, lejos de curar todo esto tan terrible lo agrava y lo recrudece. Imputádoselo todo á

las humanas sociedades y á los Estados que las personifican y las dirigen, olvidan los socialistas dos orígenes mayores del mal mismo: de un lado la naturaleza íntima del hombre y de otro lado las leyes ineludibles del universo. ¡Cuánto no contribuye á la miseria el vicio, el despilfarrero, la imprevisión, el desmedido lujo, la grosera sensualidad, el juego de azar, y mil otras cosas dependientes de vuestra voluntad y que pudisteis impedir de haberlo así querido! ¿Qué culpa tendrá la sociedad si unos son económicos y otros despilfarradores? Pues así como hay miserias dependientes de vuestro libre albedrío, que nadie puede forzar, hay miserias dependientes de las fatalidades mecánicas, químicas, fisiológicas, que nadie puede impedir. Tan malo como ser pobre, peor cien veces que la pobreza, una enfermedad hereditaria, la ceguera de nacimiento que os impide ver la luz y la imbecilidad de abo- lengo que os impide ver las ideas y la sordera que os impide oír los rumores del universo con los acordes del arte y la fealdad que os hace repulsivos á todos vuestros semejantes y os condena por las vías del mundo á burlas, en las cuales, ya que no podáis extinguir el inextinguible amor propio, de rabia os revolvéis contra toda sociedad y la odiáis. Yo conozco el mal y me duele; mas repito que lo agrava el remedio: las leyes socialistas encaminadas á crearnos un ejército imposible de inválidos del trabajo; las cajas oficiales de socorros que sólo socorren á los empleados y covachuelistas del gobierno; las doctrinas que ha dispuesto el cesarismo alemán formular desde la cátedra y poner en las leyes; los planes y promesas de las escuelas militantes en sus programas electorales al proletariado de entregar á su disposición el presupuesto, cuando á la postre no hacen sino aumentarlo con tributos, que paga el proletariado mismo; los empeños de una gran parte del clero en que la caridad cristiana debe constar en leyes coercitivas, cuando no llegue á imponerla por la conciencia interior á la voluntad activa; el empeño de tanto publicista, sin excluir los conservadores, en que los Estados democráticos necesitan dar á las democracias, no

el derecho de todos los tiempos, el pan de cada día; los aumentos cada vez mayores de las confesiones comunistas con símbolos henchidos de errores inexplicables; y como natural resultado dialéctico y *substratum* quintaesenciado de todo esto el anarquismo y los anarquistas.

## X

¿Cómo surgieron la idea y el procedimiento anarquistas en Europa? ¿Quién fué su verbo y de quién recibió el empuje de su acción? A la postre, todo aquello que vemos y tocamos en el universo, proviene de la luz y del calor; todo aquello que vemos y tocamos en la política, proviene del pensamiento y de la idea. Como Dios, motor inmóvil, impulsa el movimiento de los orbes; la idea, por su parte, impulsa el movimiento de los hechos. Así, estudiado el movimiento de las ideas anarquistas, estudiamos en último término el movimiento social contemporáneo. Las teorías anarquistas entran en la denominación común al socialismo. Hay que dividir las ideas socialistas contemporáneas en estas dos fases: fase, que tomaron desde la gran Revolución francesa en el siglo último, hasta la gran revolución de Febrero en mitad del siglo corriente; fase, que han tomado desde la mitad del siglo hasta nuestros días. El socialismo precedente al de ahora surge con una forma de Estado superior en fuerza y autoridad á la forma del Estado parlamentario vigente; así como con propensiones reaccionarias, no diré á las castas privilegiadas, porque su doctrina capital es la igualdad, pero sí diré á los gremios organizados en estirpes y clases como antes de la revolución. Alguien ha dicho que Platón y Aristóteles representan toda la ciencia humana en sus dos fases, que miran á lo ideal una, y á lo real otra; pues debe añadirse que representan las dos políticas eternas, la dogmática y la experimental. El pensamiento de Platón pesa todavía sobre las escuelas socialistas, que coinciden á una

con los comienzos del siglo. Aquél su gobierno de los mejores se organiza por fuerza en una clase directora inteligente, la cual constituye, para desempeñar su dirección, un verdadero sacerdocio. Así las castas platónicas; así el clero teocrático; así el pontificado industrial; así el colegio positivista consagrado al culto de la humanidad enamorado de las jerarquías eclesiásticas medioevales. Cuando las doctrinas de San Simón, Fourier, Leroux iban formulándose allá en las alturas del pensamiento abstracto, creíanlas todas destinadas á dirigir y gobernar el primer estado surgido de esas erupciones revolucionarias, tan frecuentes en esta edad, que ha merecido el dictado de edad de las revoluciones. Pero vino la revolución de Febrero; y la política, en vez de tomar hacia el socialismo autoritario, tomó hacia la democracia liberal. El aborto de los talleres nacionales, en mal hora ideados por Blanc y Albert, juntamente con las jornadas de Junio, en que por un fantasma impalpable se inmoló al proletariado, mataron las viejas escuelas socialistas. Pero lo que nunca morirá es la perdurable aspiración del espíritu humano al perfeccionamiento absoluto social. Y aquí entran las dos políticas también, la experimental, atenta sólo á la mejora, y la dogmática, empeñada en la perfección. Pues bien; los teorizantes adheridos á este ideal utópico imaginaron haberse por completo engañado el socialismo antiguo por sus teorías referentes á Estado, á organización, á orden, á disciplina; y propusieron el desgobierno, la desorganización, el desorden, la indisciplina; es decir, la triste anarquía, la plaga horrible que hoy nos azota y nos apena. Proudhon se llamó ese genio del mal en quien todos estos principios se encarnaron. Así unos le creyeron forma revestida por el diablo en política, como puede revestirla en poesía. Por el demonio de Calderón ante Justina, y el demonio de Milton ante Eva, y el demonio de Goethe ante Margarita, lo tomaban las gentes al verlo ante nuestra sociedad contemporánea. El elocuentísimo Donoso llegó á proclamarlo Antecristo, cual á Nerón los perseguidos primeros cristianos. Parecía un arcángel es-

terminador sonando el estridente clarín que á los vivos mata y á los muertos resucita. Su divisa era: *destruam, et aedificabo*; es decir, buscar las reconstrucciones por la destrucción. Así pretende arrancar Dios del cielo y la religión del alma y el Estado de las sociedades humanas y el gobierno de toda colectividad y la emulación y la competencia de todo trabajo y el interés de los capitales y del suelo mismo la propiedad individual. Por esas antinomias, que Kant estudiara con tanta penetración, y Hegel pusiera en su célebre identidad de los contrarios, el socialismo antiguo se descompuso en una triste atomización de individuos como nunca pudo soñarla el más exagerado ó violento individualismo. Ante tales resultados precisa reconocer que si los orbes se rigen por fuerzas componentes de la mecánica celeste, y los espíritus por leyes morales distributivas del premio y del castigo, las sociedades se rigen por una dialéctica tan real é implacable como la misma Providencia.

## XI

Pues como Proudhon fuera el Verbo de las ideas anarquistas, Bakounine fué su acción. Yo no conocí al francés Proudhon personalmente, pero al ruso Bakounine lo he visto y he oído varias veces en reuniones y congresos helvéticos, aunque sin tratarle como traté á Hertzen, por lo mucho que sus ideas y su historia distaban de la historia y de las ideas mías, democráticas y liberales. El fenómeno ya observado en todos los anarquistas, la demencia horrible que se contrae á la embriaguez causada por evaporaciones de ideas, no bien definidas y concretas, lo personificaba él en toda su verdad, arquetipo de un sofisma viviente. Nacido cuando nuestro siglo sólo contaba diez y seis años, entró en la mocedad por aquellos días, en que privaban las ideas exageradísimas de la extrema izquierda

hegeliana, y entró en la madurez y plenitud de su vida por aquellos días en que privaban los procedimientos revolucionarios connaturales al voraz incendio de Febrero. Muy dado á la lectura y á las controversias, cogió los libros de filosofía que le cayeran en las manos, devoró primero y resumió luego las ideas en esos libros contenidas, y sólo acertó á recoger y asimilarse las negaciones terribles y los errores extravagantes. Aquel curso eterno de la idea sin principio y sin fin y sin objeto, moviéndose por moverse, á la manera del principio de Heráclito, el movimiento perpetuo; aquella invocación á la nada, hecha en los epílogos de sus volúmenes anti-teológicos por los neo-hegelianos ateos; aquella nirvana, que comenzaba entonces á despuntar proponiendo al Universo todo el aniquilamiento y á la humanidad entera el suicidio, penetraron como una peste intelectual en su mollera, y le dieron una neurosis que le tiranizó hasta la muerte. Cual todos los dementes, hallábase dotado al igual de calurosas pasiones, crecidas en la continua combustión del pensamiento que animaba la lectura, y de fuerzas hercúleas crecidas en los ejercicios del ejército, á cuya oficialidad perteneció de mozo. Y con estos errores en el cerebro, y con estos afectos en el corazón, y con estas fuerzas en los músculos, combatió como un titán en los tempestuosos días de la revolución del 48, siendo derrotado por las tropas prusianas, tras heroica lucha, concluida por triste rota, cuyos resultados le infligieron larga reclusión en los horribles calabozos austriacos, donde le cayeron en el alma sombras sin número, hasta que, reclamado y requerido por el emperador Nicolás á la pena y al castigo en Rusia, lo condujeron deportado hasta Siberia, de donde pudo escaparse con felicidad, y después de haber dado al mundo la vuelta, yéndose desde China y el Japón al Nuevo Mundo, y tornando desde los Estados Unidos al viejo continente nuestro, declaró la guerra de exterminio, no á todos los gobiernos, á todos los Estados, con especialidad á los Estados democráticos; y no á los Estados únicamente, á la sociedad entera, mereciendo su exterminador sistema el

nombre hallado con tanta felicidad por Turgueneff, para calificar las teorías anarquistas, el nombre de nihilismo, y mereciendo también su persona, extraña como un vestigio, el apellido congruente con sus teorías, el apellido de nihilista. No conozco nada tan enlazado como los ideales de Proudhon y los actos de Bakounine: el relámpago y el trueno. Proudhon, en el volumen llamado *Ideas revolucionarias*, aconsejaba un abandono completo de los intereses á sus relaciones naturales, impedidas por todos los gobiernos sin excepción alguna, y ponía en crueles alternativas al pueblo francés diciéndole fragorosamente que optara entre el cesarismo y la anarquía. Y en otro volumen, titulado *La Creación del orden*, decía que, para resolver el problema social y mejorar la condición del trabajador y la naturaleza del trabajo, no había sino prescindir de todo gobierno por haber muerto á los golpes de la filosofía el poder eclesiástico y á los golpes de la revolución el poder civil. Pues todas estas ideas tomaron carne y se hicieron hombre, al mismo tiempo que se difundían en los aires por la pluma fulminante del filósofo Proudhon, en la persona enorme del moscovita Bakounine. Lo primero que presentaba de anarquista era la herencia de complexión fisiológica ó psicológica llamada hoy atavismo, por la cual creía condensación su alma y hechura su cuerpo del esclavon más antiguo y secular, del cosaco, nómada como todas las tribus apercibidas á fines progresivos, libre como el viento boreal en las estepas heladas, y tan individualista de suyo, al modo de los germanos genuinos, que juzga incomprensible quisicosa el Estado y convive con los suyos poniendo en acervo común la propiedad y el trabajo. Así tuvo aptitud maravillosa para usar la lengua de todas las naciones con el fin de combatirlas mejor y para fácilmente apropiarse la naturaleza de todos los Estados con el fin de más á sus anchas minarlos. No existen dos factores tan opuestos en el mundo, como un revolucionario de tal naturaleza moscovita y un republicano clásico europeo. Yo no he visto persona ninguna que sumase, cual Bakounine, al caos anarquista

en la inteligencia con el poder despótico en la voluntad. Mandaba con imperio para destruir todo mando con violencia. Tenía tal desmedida estatura, que se levantaba su cabeza en los congresos populares sobre las demás cabezas, como diz que se levantaban las cabezas de los cimbrios en los campos pútridos sobre los legionarios y los trofeos romanos. Por sus luengas barbas parecía la imagen del patriarcado bíblico, y por sus pequeñuelos ojos, los mongoles de aquellos, conocidos con los nombres de Atila y Tamerlan, que llevaban los hunnos y los tártaros al asalto de Occidente. Y si, por lo alto y majestuosísimo era un patriarca, por lo nervioso y susceptible un esclavón. Cuando su mirada despedía relámpagos de cólera, sus labios dibujaban sonrisas de desdén, ignorando uno, al verlo, si aborrecía menos que despreciaba en lo interior de su espíritu á la mísera humanidad; y si en el anarquista se hallaba un déspota, en el ateo un Papa. Como nadie imponía los caprichos propios con la fuerza que este hombre, nadie las ideas con su autoridad. Seguía numerosísima turba de hipnotizados, á quienes fascinaba como la serpiente al pajarillo y como el magnetizador á la serpiente. No quería oír hablar de familia, disolvíala en el municipio; ni de gobierno, disolvíalo en la sociedad; ni de Dios, disolvíalo en la Naturaleza; el mundo se trocaba en anónima compañía mercantil á sus ojos; la ley en relación lógica y natural entre los intereses; el Estado en mera gerencia; la propiedad en comunismo entre voluntario y forzoso; la religión y la metafísica en hondas enfermedades congénitas á la debilidad irremediable del espíritu de nuestros contemporáneos: había, pues, que destruir todo eso. Y para destruirlo, no se contentaba con el error teórico y abstracto; quería, como un Genserico, apelar al hierro y al fuego. El horrible látigo de la tiranía se le metió en los huesos y era tirano. El esbirro, que lo celaba tanto tiempo, le hizo á él también esbirro. Habíase contagiado en el contacto de la guerra con los czares, y absorbiendo el despotismo por sus combates continuos con él, metía á sus partidarios en cintura, hasta la

disciplina ejemplar y la organización de un ejército. Experimentaba horror tal á todo progreso pacífico y ordenado, que no le perdonó al czar Alejandro II la emancipación de los siervos y estuvo metido en todas las conjuraciones encaminadas á matarlo; no le perdonó al pueblo francés la república del 70 é hizo lo posible para destruirla en los escandalosos motines de Lyon y en la comunidad revolucionaria de París; no le perdonó á España su gloriosa transformación de Setiembre y alentó los cantones con todas sus fuerzas y mandó á Cartagena sus legionarios anarquistas; no le perdonó á Italia su independencia y aún laten los rastros de sus conjuras en los horrores de Sicilia; no le perdonó al continente nuestro su libertad, y todos los criminales que cometen un crimen á nombre de la terrible anarquía, son espectros y reapariciones de su alma, cual todos los explosivos que revientan y estallan bajo nuestras plantas, están cargados de sus protervas ideas.

## XII

La teoría del anarquismo es obra de Proudhon, y el apostolado y el ejército de esa teoría es obra de Bakounine. A las sectas rusas, y solamente á las sectas rusas, debemos ese regalo. Y no podía por menos que despedir tales miasmas una semejante mancha de ponzoñoso despotismo en Europa. Por mucha bondad que le reconozcamos al czar Alejandro III, y yo la reconozco, no puede desconocerse que dirige un pueblo conquistador opuesto del todo á los pueblos industriales. Los pueblos conquistadores, huelgán; los pueblos industriales, trabajan. Los pueblos conquistadores, gastan; los pueblos industriales, ahorran. Los pueblos conquistadores, destruyen; los pueblos industriales, crean. Comparad las especies industriales con las especies carniceras; comparad leones y tigres con abejas y hormigas y mariposas. Mientras el león y el ti-

gre parecen hermosísimos, aquél con su guedeja de oro, y éste con sus manchas pintadísimas, apenas parecen perceptibles el bombix y la abeja; sin embargo, el león, el tigre, la hiena, el águila, sólo sirven para combatir, mientras el insecto imperceptible os da la seda que os orna, la miel que os regala y la cera que os ilumina y esclarece. Para comprender mejor esta verdad, no hay como comparar los dos extremos de la civilización cristiana. En el Norte de nuestro continente los panslavos y en el Norte de América los anglo-sajones. Pues bien; los Estados Unidos arrancan el rayo de las alturas celestes y lo transmiten á la mano del hombre para demostrar su dominio sobre la Naturaleza; presienten y adivinan el genio de Wat, ignorado así por Inglaterra como por Napoleón, y traen la caldera de vapor que ha trastornado la industria; con la feliz audacia del inventor Evens ponen la primera locomotora en pie; con la mano de Morse tienden el cable y el telégrafo; con la luz del revelador Edison disipan las tinieblas; mientras los panslavos acechan Alemania por Varsovia, Viena por Galitzia, las dos Bulgarias por Besarabia, Constantinopla por Crimea, por Armenia los valles del Jordán, por los valles del Jordán Egipto, por el Turquestan y el Afghanistan, por la Bactriana, donde Alejandro celebró sus bodas y Semíramis tuvo sus ensueños, por la Tartaria el desagüe de ríos, como el Eúfrates, en los golfos pérsicos, y el Ganges, en los mares índicos, soñando así tener bajo sus pies Alejandría, Bizancio, Cachemira, Jerusalén, aunque para tenerlas, necesiten declarar al universo la guerra y valerse de la conquista universal.

Pues bien; el imperio, que por un lado nos detiene y para en el estado de guerra perdurable, por otro lado nos envía el anarquismo, negrísima telaraña de sus cavernas, y nos suelta los anarquistas, aves nocturnas de sus sombras. ¿Dónde se cuenta el número de creencias inverosímiles y de sectarios endiablados que hay en Rusia? Los gnósticos, los trémulos, aquellos que se despojan de su sexo por mutilaciones voluntarias, aquellos otros casi magos que adoran al demonio, los que piden á voces la

muerte y desean la nada patentizan cómo la parálisis del raciocinio y del pensamiento genera visiones inverosímiles y fantasías absurdas. Así, no debe maravillarnos que haya crecido entre sus sectas una secta enemiga de toda verdad, de toda estética y de todo bien. En semejantes sectas, los poetas nihilistas proclaman preferible un mal queso á un buen libro. En ellas se califica de trapero choco á Macaulay, aconsejando el triste olvido de la historia y el amancebamiento con la sensualidad. En ellas se muestra como un despojo codiciable al proletariado el Occidente. En ellas se torna por el delirio en favor de la novedad al convento antiguo y se convierten los sectarios en comunidades ambulantes. En ellas las mujeres exceden á los hombres en furor y se arman del puñal de Carlota Corday. En ellas se hace saltar el comedor imperial y se despedaza al emperador que había emancipado los siervos. En ellas el primer escritor moscovita contemporáneo llega delirante á presentarnos como el Cristianismo verdadero una sociedad sin gobierno coercitivo ninguno, sin leyes positivas, sin tribunales, sin medios de perseguir al criminal que no merece pena sino piedad, como si el anarquismo se respirara por todos en los aires. Yo creo al ruso fundamentalmente bueno, lo creo idealista, lo creo humanitario, lo creo caritativo, lo creo religioso y moral; pero creo también que un Estado arbitrario y despótico, aunque personifique y ejerza ese despotismo un czar de la bondad inagotable y de la clarísima inteligencia que distinguen al czar Alejandro, amigo de la paz y del pueblo, contra la voluntad y el propósito de todos, se torna en cenagal, que despide las sombras del error sobre los entendimientos y sobre las voluntades los miasmas del mal. Yo no hago á Rusia y á los rusos, no hago á los czares y á sus ministros responsables de lo que allí pasa; imputo el origen de todo á un despotismo, que acaso resulte fatal en la evolución de aquella sociedad, pero que á todas luces también resulta perverso y corruptor. El ha engendrado ese apocalipsis que anarquismo se llama y esos exterminadores que se llaman anarquistas. En tiempo

de Nerón surgió también un apocalipsis, como resultado y consecuencia natural de la tiranía neroniana. Para el nihilismo los rusos podrán y deberán renovar el ministerio designado en los apocalipsis judío y cristiano á los ángeles exterminadores de la proterva Roma y de la inmunda Babilonia. Aunque nuestros tiempos no son tiempo de visiones místicas; aunque ninguno de estos renovadores contemporáneos habla desde Patmos ni ve los siete candeleros de oro; el varón envuelto en blanca túnica, semejante á la nieve, de ojos semejantes al fuego, llevando en las manos guirnalda de estrellas; los tronos, á cuyas plantas brilla un océano de cristal y en cuyas cimas un arco iris de mil varios matices; los ángeles que retenían á los cuatro puntos cardinales el respiradero de los vientos; y las maldiciones que, mezcladas con el estridor de la trompeta del Juicio y las ráfagas del huracán universal, caían, como lluvia de fuego, sobre la impura Babilonia, sobre aquella ciudad que, corrompida y corruptora, abrevó al mundo en la copa de sus orgías, y lo envenenó con el viejo vino de sus vicios; aunque no veían este grande apocalipsis religioso, veían verdadero apocalipsis social. Y he ahí el origen y la explicación de todo cuanto nos pasa con el anarquismo y los anarquistas. Así, creyendo yo todo esto consecuencia natural del despotismo, y á todos éstos generación legítima del despotismo también, ¡ah! los creo incapaces de vivir en el medio ambiente nuestro, inadaptables á nuestra luminosa libertad, incompatibles con la democracia progresiva, y por lo mismo no quiero que un cobarde pánico nos despoje de aquello que ha de concluir con la utopía y con los utopistas, de nuestros sacratísimos derechos. Nada de terror y nada de reacción; jamás tan ineludible y necesaria como ahora la santa libertad.

EMILIO CASTELAR.

## IMPRESIONES LITERARIAS

---

**E**n todo el transcurso de nuestra literatura, desde sus comienzos hasta muy entrado el siglo XIX, apenas si se encuentra, no una composición entera, pero ni siquiera un fragmento de poesía íntima y personal. El subjetivismo, no siendo el religioso y el puramente erótico, es fruto exclusivo del tiempo presente. Nuestros antepasados casi nunca nos hablan de sus desdichas privadas á excepción de las amorosas, más fingidas que reales, y rara, rarísima vez nos hacen verter lágrimas. Nos conmueven, sí, hondamente como Rodrigo Caro, mostrándonos *los campos de soledad*, en donde fué Itálica, ó como Calderón, presentándonos el gran desengaño de la vida, ó como Cervantes, haciéndonos ver el continuo vencimiento del ideal, ó como Quevedo, burlándose de las maldades de los hombres; pero las ternuras del corazón, los pudores del sentimiento, los delicados matices de nuestros sueños, el dolor íntimo que tiene por teatro el estrecho recinto de nuestro hogar ó los misteriosos abismos de la conciencia, todo eso que es hoy fuente de inspiración para el poeta, campo de estudio para el psicólogo y tesoro inagotable para el novelista, falta casi por completo en nuestros escritores de los siglos pasados. Garcilaso en sus églogas, y en alguna de las suyas Lope, por ejemplo, la titulada *Amarilis*, expresan con viveza y sinceridad los tormentos del

amor desgraciado; Fr. Luis de León nos comunica la serena tranquilidad de su espíritu ó nos deja entrever las venturas celestiales por él soñadas; San Juan de la Cruz parece como que nos guía hasta aquel centro profundo en donde «se oye la respiración de Dios»; Rioja nos pone delante de los ojos las vanidades de la vida como hojas marchitas de flores deshojadas, y el autor de la *Epístola moral á Fabio* encierra en sus famosos tercetos graves y profundas reflexiones; pero es lo cierto que ninguno nos hace llorar. Quizá sea Jorge Manrique el único de los antiguos poetas que nos llega al corazón. Por regla general, las epístolas elegíacas, las églogas lacrimosas y los patéticos idilios de otro tiempo son pura palabrería y fría retórica. La causa principal de esta frialdad es, sin duda, lo insignificante y pequeño que el hombre se consideraba en presencia de los grandes ideales que iluminaban su conciencia. Cuando todo se sacrifica en aras de la patria, los quebrantos particulares sólo arrancan á los labios del que los sufre el fiero grito de «No importa». Cuando se tiene fe verdadera, el dolor de los dolores, la pérdida del hijo amado deja de ser una gran desgracia: la muerte es entonces una separación momentánea... hasta sería una especie de impiedad la aflicción excesiva. Sólo siendo esto así se explica la insensibilidad que se advierte en nuestra literatura anterior al siglo XIX. A veces la ausencia de toda ternura llega á lo inconcebible como se advierte en aquel D. Francisco Benegasi, que, habiéndole el rey regalado un carruaje y muértosele en el mismo día una hija, escribía los siguientes versos:

«Murió la niña. Importante  
será enterrarla esta noche,  
porque si sabe que hay coche  
resucitará al instante.»

Esto, como dice D. Leopoldo Cueto, no necesita comentarios.

En nuestra época, por el contrario, damos importancia excesiva á nuestro yo; esta evolución literaria responde perfectamente á la evolución que se ha verificado en las conciencias. Desde principios de siglo se echa de ver la importancia que va adquiriendo el individualismo que en arte se traduce por el subjetivismo, y cuya exageración esa lo que Stendhal llamó *egotismo* y recientemente es objeto de los estudios y de las sátiras acerbas de Max Nordau. Ya Moratín en su elegía á las Musas y en su idilio *A la ausencia*, Lista en su *Himno al desgraciado*, Martínez de la Rosa en su epístola con motivo de la muerte de la duquesa de Frías, anunciaban, quizá á causa de su trato con las literaturas extranjeras, lo que al cabo de pocos años había de ser la lírica española. A partir de estos precursores del subjetivismo, en casi todos los poetas domina el tono elegíaco. Espronceda, según él mismo dice,

«se entretiene en arrancar del pecho  
el propio corazón pedazos hecho.»

Tassara todo lo ve al través de negro pesimismo; Pastor Díaz es fúnebre; Larmig considera al hombre como *el doliente rey de la desgracia*; las *Rimas* de Becker son suspiros y sollozos; Núñez de Arce ha escrito sus mejores composiciones con lágrimas del corazón; Campoamor se retrata á sí mismo en aquel pobre gaitero de Gijón que *sopla y llora* poniendo cara de risa; Aguilera nos despedaza el alma hablándonos de su hija; Querol llena de llanto nuestros ojos recordando la Noche Buena de su infancia. Estos clamores que levanta la poesía de nuestro siglo nacen, no precisamente de que los dolores sean ahora mayores de lo

que lo fueron en otras edades, sino de la falta de consuelo. Hoy, como Tassara decía:

«No hay más que el himno del dolor humano  
y el sempiterno adiós á la esperanza.»

Entre estas *voces de dolor y cantos de gemido*, ninguno más íntimo, más personal y más sincero que los contenidos en el libro de Balart. Las poesías que llevan por título *Dolores* acaban de salir de las prensas y corren ya de mano en mano en numerosos ejemplares; los periódicos más importantes les han consagrado sendos artículos; en todas partes, y principalmente en los centros literarios, son motivo de conversación, y, caso extraordinario, objeto de unánimes alabanzas. Hasta los poetas las elogian, desmintiendo por esta vez aquellos versos tan verdaderos de cierto antiguo entremés:

—«Dígame, ¿el ser poeta  
en qué consiste?  
—En hablar mal de todos  
cuantos escriben.»

Esta rara unanimidad tiene sólido y legítimo fundamento. Balart posee el don sólo concedido á los grandes poetas, de concentrar en sus versos el sentimiento colectivo; siente como todos sentimos, padece como todos padecemos, se ve asaltado por las mismas dudas que á todos nos cercan y entrevé los vislumbres de esperanza que todos creemos percibir al través de las brumas que oscurecen el horizonte de nuestra conciencia. La famosa teoría de la cristalización que Stendhal desarrolla hablando del amor, es aplicable en algún modo á los grandes poetas. El ramo que se introduce en los parajes en que abundan ciertas sales va recogiendo leves partículas que poco á poco lo cubren de tal suerte, que las ramas desaparecen bajo las

cristalizaciones. Entonces el ramo, sin dejar de serlo, contiene todos los elementos que antes existían á su alrededor disgregados y dispersos. En el libro de Balart aparecen como cristalizados en el dolor del poeta los dolores, las angustias y dudas que germinan en la presente sociedad.

El dolor ha dicho Víctor Hugo es nube y varía de forma: vapor de lágrimas constituye su esencia, pero cambia al compás de los tiempos. El dolor de Dante no es el dolor de Byron, como las penas del siglo xiv difieren de las penas del siglo xix. Sentimos, como dice el poeta, lo mismo que sentía Job, pero de modo distinto y quizá más intenso, porque

«A más crudas desgracias, penas más crudas  
y á mayores problemas mayores dudas.»

Balart ha encontrado una de las fórmulas del dolor presente, y el alma atribulada puede, al repetir los versos de *Dolores*, expresar sus propias personales quejas. El hermoso libro es, empleando una frase que no me pertenece, un devocionario, y sus composiciones verdaderas plegarias, como las oraciones, dan forma á los pensamientos, las cuales sin llegar á concretarse flotan en las profundidades de nuestro ser.

El libro de Balart constituye una verdadera elegía á la que da unidad un sentimiento capital diversificado en múltiples cambiantes. Todas las fibras del alma vibran allí cada cual con su sonido propio. El sollozo desesperado que sigue al momento de la eterna separación y el melancólico recuerdo que evocan en el espíritu abatido la vista de los lugares teatro en otro tiempo, de inefables venturas, la contemplación de las prendas *dulces y alegres cuando Dios quería*, convertidas en fúnebres reliquias, los impul-

sos de ciega desesperación y el amargo deleite de consolarse con el dolor mismo, los insomnios de largas noches solitarias y aquel deseo de morir de llanto de que habla el poeta florentino, la ansia de creer y los mortales desfallecimientos, cuantas formas puede tomar la tristeza, cuantos matices puede ofrecer el sentimiento, encuéntranse en las páginas de *Dolores*. ¡Cuán hermosamente está expresado en el prólogo la solidaridad del dolor humano, qué tiernamente desgarrador es aquel recuerdo contenido en el preludio!

«Tu cuerpo cubri de flores  
y te ceñí por corona  
(postrer don de mis amores)  
el velo de tu Patrona  
la Virgen de los Dolores.»

¡Cuán sincero aquel lamento

«¡No puedo más, Señor! Niebla sombría  
me impide verla y verte.  
Manda un rayo de luz á mi agonía  
y venga en él la muerte.»!

En la poesía titulada *Resignación* llega el poeta al punto más alto del sentimiento. Todo es allí sincero, conmovedor, hermosísimo, desde los versos con que la composición empieza

«Llevo en un relicario colgado al cuello  
tu retrato y un rizo de tu cabello.»

hasta la súplica dirigida á Dios,

«Si ha de perderse un alma, toma la mía.»

Esa composición ha brotado así como está escrita del alma del poeta. No es posible imaginarle borrando palabras y sustituyendo conceptos á conceptos; aquellos pa-

reados de los cuales el uno parece como el eco del anterior, que hacen sentir no sé qué ondulación misteriosa del ir y venir de las olas del pensamiento, todo eso no puede ser hijo del artificio, todo eso ha sido dictado sin vacilaciones por la voz divina que oyen los poetas en el momento sagrado de la inspiración.

Otra de *mis* composiciones predilectas es la titulada *Reliquias*: el sencillo armario que guarda los vestidos del ser querido, el rosario, el viejo libro de oraciones regalo de boda, las flores marchitas, recuerdos de tiempos felices, y aquellos cabellos *impregnados del sudor de la agonía*, son como la historia muda de la vida conyugal, y hacen adivinar al lector el tierno idilio que comienza ante la reja orlada de flores, que luego es santificado por la bendición del sacerdote, y que continúa después en el hogar tranquilo, con sus largas veladas pasadas al amor de la lumbre, y con la santa comunión de las mismas penas y de las mismas alegrías, de los mismos recuerdos y de idénticas esperanzas. Al ser enamorado, á quien la muerte le arranca á la compañera de su vida, el mundo debe parecerle pasaje sombrío y desolado: Balart expresa este sentimiento de manera verdaderamente inspirada en su último canto *Restitución*.

«Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,  
transparentes neblinas, espesas brumas;  
valles, montes, abismos, tormentas, mares,  
auras, brisas, aromas, nidos y altares;  
vosotros, en el fondo del alma mía,  
despertáis siempre un eco de poesía;  
y es que siempre á vosotros encuentro unido  
el recuerdo doliente del bien perdido.»

Pero el sentimiento por la muerte del ser amado no sume á Balart en el abismo de la desesperación; el poeta no blasfema, no reniega de la mano que le hiere, antes la

besa y la bendice. *Entra en sí mismo* y descubre con clarividencias asombrosas los pliegues todos de su propio pensamiento. *Ultra* es algo así como la escala misteriosa por donde el alma del pensador se eleva hasta Dios desde las tristezas de la vida. Vese allí el pensamiento atormentado en presencia del misterio profundo que por todas partes le rodea.

«En pos de las tinieblas de la muerte  
surge el livido albor de un nuevo día.  
¡Eterno, inexcusable cataclismo!  
Tras un abismo un monte,  
tras un monte un abismo,  
y un horizonte en pos de otro horizonte,  
y otro y otro después, siempre lo mismo.

.....  
La nebulosa, apenas percibida  
de millones de soles, niebla densa,  
es menuda molécula perdida  
del negro espacio en la extensión inmensa;  
y la azucena, que entreabrió á la aurora  
la copa tembladora  
de sus pétalos cándidos y tersos,  
lleva por gala, entre el follaje umbrío,  
millones de millones de universos  
en cada limpia gota de rocío.»

Pero en medio de la confusión que en el ánimo atónito produce la evolución incansable de la materia, el terrible *venir á ser*, nunca interrumpido,

«ve el poeta la luz de la esperanza  
como quien viera  
en la alta noche despuntar el día.»

Y en el colmo de su fervor prorrumpe con la seguridad que da la fe:

«Existe Dios; existe y en Él creo,  
no es mentida ilusión de mi deseo;  
cuanto más iracundo  
cierro los ojos á la luz del mundo,  
mejor su luz en mi conciencia veo;

los que juzgan inútil su existencia,  
 por más que en la impiedad ciegos se gocen  
 para fundar su ciencia,  
 sujeto á ley el mundo reconocen.  
 ¡Ley sin legislador! ¡Sueño! ¡Demencia!»

Contemplando á Dios, nuevas dudas asaltan el alma  
 del poeta.

«Si es Dios creador y bueno y soberano,  
 ¿de dónde nace el mal?»

Mas esta duda tarda poco en desvanecerse.

«El dolor nos advierte  
 que encima de esa bóveda estrellada  
 hay un Dios justo y fuerte,  
 árbitro de la vida y de la muerte,  
 Señor del universo y de la nada.»

Desde este momento la hermosa composición se convierte en himno, cuyas estrofas recuerdan, por lo fervientes, las del divino Aldana y las de San Juan de la Cruz. La duda ha desaparecido: aquel día *que despuntaba en la alta noche* baña con torrentes de luz la conciencia del poeta. Los temores se desvanecen, y exclama arrebatado por grande y sincera inspiración:

«¡Oh! Cuando el alma hiere  
 la luz que en tu mirada centellea,  
 no hay un átomo en mí que en Ti no crea,  
 y ciego con los vividos destellos  
 que ofuscan mi turbada fantasía,  
 á expresarte mi amor no alcanzaria  
 si lenguas se tornaran mis cabellos.»

Sería menester reproducir aquí todo el libro si hubieran de darse á conocer las innumerables bellezas que contiene, las imágenes, las delicadezas, los rasgos deslumbradores que brillan en los luminosos versos, expresado todo ello en forma eminentemente castiza, en la cual se siente,

al mismo tiempo que la individualidad del poeta, el espíritu de nuestra raza y el genio de nuestra lengua. Nada hay allí que trascienda á extranjero: Balart ha sabido ponerse á cubierto de esa invasión de modernismo que convierte al artista en una especie de *gomoso* de la literatura. Al leer sus versos vienen á la memoria los nombres de fray Luis, de Aldana, de San Juan de la Cruz. No es menester estar muy versado en la lectura de nuestros grandes poetas del siglo de oro para conocer, por ejemplo, la filiación de estos versos:

«Aquí el alma se eleva y se contrista...  
¡Quién pudiera volver hasta esa esfera  
de luz y de armonía!...  
Ya con su nieve Enero,  
ya con sus hojas pálidas Octubre.»

¡Y qué decir de las hermosas décimas tituladas *Ansiedad*, en donde la trabazón de los pensamientos, el corte de la cláusula y hasta cierto conceptismo muy propio de nuestros hábitos de pensar, recuerdan, por decirlo así, tono tan clásico que quizá no tenga igual en nuestra novísima literatura!

En resumen, *Dolores* es un libro que honra al siglo en que vivimos, un eslabón más de la cadena de oro que une nuestro presente á nuestro pasado literario y que prueba que no se han secado aún en nuestra patria las fuentes de la perfecta belleza.

\*  
\* \*

«A mí la vida me parece amable, y Dios bueno, y sus obras perfectas; el arte me proporciona goces, la naturaleza me vivifica, creo en la amistad (no atravesándose el interés), y no tengo malo el estómago.» Doña Emilia Par-

do Bazán, cuyas son las anteriores líneas, aparece retratada de cuerpo entero en ellas. Limpias están sus obras de neurosis, epilepsias y extravagancias enfermizas. Son sanas, y en todas ellas rebosa el buen sentido y la serenidad de quien ve las cosas tales y como son. La llaneza de sus narraciones encanta; es quizá el escritor que *cuenta* mejor en España, y sus descripciones distan igualmente del colorismo ridículo que de la aridez monótona. La ilustre escritora tiene además el don de observar atentamente la realidad. Al través de la exterioridad, ve con la aproximación posible lo que las cosas son en sí y sabe dar á cuantos asuntos trata esa difícil amenidad que es el secreto de los grandes escritores. Cuanto refiere, por insignificante que sea, resulta sabroso, y valiéndome de un adagio vulgar, diré que, sabe hacer rizos donde no hay pelo».

Buena prueba de lo que acabo de decir son los *Cuentos nuevos*, todos ó casi todos conocidos del público, entre los cuales hay algunos de tan escaso asunto, que sólo por el *condimento* nos parecen apetitosos. Estas breves narraciones, escritas con deliberado propósito periodístico, encierran variedad pasmosa: trágicos relatos como el titulado *Santiago el mudo* y *Sobremesa*, tiernos idilios como el de *Vida nueva*, no exentos de su gota de hiel, historias patéticas como *La Niña mártir*, cuentos fantásticos como los de Navidad, artículos tendenciosos como el de *Los Cuatro socialistas*, cuadros tan encantadores como *El Baile del Querubín*, probarían, si no ofreciese en otras obras ejemplos mayores, cuán flexible es el entendimiento de la autora de *Bucólica*. Al través de todos ellos brota el jugo del pensamiento; en todos se advierten juiciosas observaciones, conceptos profundos, imágenes de esas que iluminan el estilo y que equivalen á una larga disertación. Léase, por ejemplo, *La Calavera*, *La Flor de la salud*, el *Cuento*

*primitivo* y *Piña*, y se advertirá, no obstante, lo zumbón de la forma y los donaires de que todos esos escritos están esmaltados, de más sustancia filosófica que contienen las narraciones *simbólicas* de tantos escritores como aspiran, no siempre con fortuna, á ser profundos y sentenciosos.

En una cosa solamente encuentro injusta á la autora de *Cuentos nuevos*: en sus protestas contra la condición actual de la mujer. Nadie menos que la Sra. Pardo Bazán tiene motivos de queja. La ilustre autora de tantas obras maestras ocupa con aplauso unánime uno de los primeros puestos de la literatura española, y su sexo no ha sido obstáculo para que la opinión, supremo juez, le otorgue sin regateos títulos que varones de privilegiado entendimiento no han podido conseguir. Por lo menos habrá de conceder la Sra. Pardo Bazán, que en literatura, como en el Estado, no rige en España la ley sálica.

\*  
\* \*

*Fidelia*, novela de costumbres venezolanas, pertenece al género naturalista, ya pasado de moda. Su autor, Gonzalo Picón Febres, intenta mezclar los procedimientos de Zola y Pereda. El novelista venezolano se complace en descubrir lo sucio, lo repugnante, lo asqueroso; algunas páginas de *Fidelia* levantan el estómago. Casi todos los tipos son soeces y mal hablados, y hasta la misma protagonista, hija de una prostituta muerta á causa de sus vicios, á pesar de sus instintos de honradez, habla ni más ni menos que un carretero.

En cuanto al estilo y lenguaje, la obra del Sr. Picón Febres ofrece enormes dificultades de interpretación. Sobre estar escrita de la manera enrevesada con que hablan por regla general los escritores americanos, el autor, siguien-

do en esto á nuestro Pereda, pone en boca de sus héroes modismos y palabras que no es posible entender sin el auxilio de un vocabulario especial.

Esto no obstante, hay en *Fidelia* buena suma de observación, conocimiento de las pasiones y arte para conducir la acción y mantener vivo el interés.

\*  
\* \*

D. Ceferino Suárez Bravo no se propone en su novela *¡Soledad!*, ni demostrar ninguna tesis, ni estudiar, ni menos resolver problema social alguno. Su libro tiene por objeto exclusivo deleitar al lector con una narración dramática interesante y honesta. *¡Soledad!* puede ponerse en manos de la más ruborosa doncella sin temor á que pueda producirle el menor sonrojo ninguna de las páginas que componen la novela. Amores puros, sentimientos cabalerosos, escenas en que nada hay repugnante ni atrevido siquiera, forman el tejido de la acción que corre fácil y desembarazada merced á lo bien ideado del plan, á lo agradable del estilo y á lo correcto del lenguaje.

*¡Soledad!* pertenece al género de novelas que cambió Feuillet y más tarde ha seguido cultivando Jorge Ohnet, con gran aceptación por parte del público. En el orden moral, la del Sr. Suárez Bravo lleva no pocas ventajas á las de los escritores franceses.

\*  
\* \*

En las *notas y noticias* que el Sr. Fernández Shaw puso al frente de *Los Poemas* de Coppée, traducidos en verso castellano, se lee lo siguiente: «Francisco Coppée obtuvo su mayor triunfo dramático con el drama en cinco

actos y en verso, titulado *Severo Torelli*, que se estrenó en el Odeon la noche del 21 de Noviembre de 1883...; este drama es uno de los más hermosos que se han escrito en todo tiempo.» Siendo esta la opinión del Sr. Fernández Shaw acerca de la obra francesa, no es de extrañar ni el amor con que la ha arreglado á nuestra escena, ni el esmero ó más bien primor con que ha puesto en versos castellanos los versos inspirados del poeta extranjero. En lo que toca, pues, al traductor y arreglador del drama, nada tan justo como los aplausos con que el público ha premiado su labor y los elogios que la prensa le ha tributado. Fernández Shaw ha sabido conservar en el arreglo las más interesantes y conmovedoras situaciones del drama y todo el aroma que contiene la poesía del autor de *Le Reliquaire*.

Ahora, lo que no me parecen tan justos son los elogios del Sr. Fernández Shaw al drama de Coppée. Cuando en él habla el poeta, cuando se contenta con evocar la vida de las ciudades italianas en los primeros días del Renacimiento, cuando nos presenta las alborotadas multitudes revueltas contra sus tiranos, cuando nos hace sentir la turbación y violencia de aquellos tiempos, las pasiones frenéticas, las conjuraciones tenebrosas, las sangrientas batallas y los monstruosos atropellos, el poeta triunfa y el público ve con todo el calor que da la poesía á los objetos, algo de los resplandores de ese momento único en la historia que se llama Renacimiento. Pero cuando el dramaturgo aparece, cuando nos hacemos cargo de la acción del drama, el encanto desaparece porque en ella falta toda lógica. El primer acto, que es, por decirlo así, la pintura de Pisa, es el mejor de la obra. Se siente allí algo como el clamor de un pueblo que trata de sacudir sus cadenas, el ansia de libertad, el deseo de venganza y el ambiente de opresión en que la ciudad gime nos impresionan

profundamente, y la impresión llega á su colmo en la grandiosa escena final del primer acto en que los conjurados juran la muerte del tirano extendiendo las manos hacia el sacerdote que trae en las suyas á Dios sacramentado.

En el segundo acto empieza propiamente la acción. Por caso inexplicable y no sé si decir milagroso, la madre de Torelli sabe que su hijo lo es también del tirano. ¿Cómo ha podido averiguarlo la desgraciada señora? Misterio es éste que no cabe en comprensión humana el conocerlo. El autor lo dice por boca de la madre y hay que creerlo como lo cree el hijo, que desde el momento de la terrible revelación comienza á vacilar entre los deberes que le impone su juramento y la ley natural que le grita parricida.

Dos actos y medio pasa el joven en estas mortales congojas sin saber qué partido tomar, hasta que al fin se decide á cumplir su solemne promesa. Para ello, y valiéndose de la complicidad de cierto fraile, penetra en la capilla de Santa Catalina, adonde el tirano tiene costumbre de rezar. Cuando más descuidado está Spínola, sale el hijo de detrás de un pilar, y allí se vuelven á repetir las vacilaciones de Torelli, hasta que éste, en un arrebató de cólera, se lanza puñal en mano contra su padre; pero la madre, que ha entrado en el templo sin saber cómo, se abalanza sobre el tirano, le da una puñalada y ella se da otra, con lo cual acaba el drama.

Y dirá el lector. «Pues si la madre de Torelli tenía alientos para matar al tirano, ¿para qué arrostra la vergüenza de declarar á su hijo la vergüenza de su origen? ¿No hubiera sido mejor que conociendo la promesa de su hijo le hubiese ganado por la mano y hubiese asesinado á Spínola? Todo esto hubiera sido, en efecto, lo lógico; pero de haber sucedido así las cosas no habría ni la escena de la

confesión de la madre, ni las preocupaciones de Severo Torelli, ni la escena de la capilla, ni drama.

Por otra parte, el interés dramático se destruye con la inopinada aparición de la madre en el último acto y la manera cómo resuelve el conflicto. Este encuéntrase planteado en los siguientes terminos: ¿Matará Torelli á su padre ó no le matará? Cualquier accidente imprevisto que no sea perfectamente lógico, por fuerza ha de producir una decepción en el público. La puñalada de la madre no desata, corta violentamente el nudo de la acción. Claro es que aquello pudo suceder; pero también hubiera podido ocurrir que la noche antes se hubiera muerto Spínola de un ataque cerebral. La dificultad del desenlace dramático precisamente estaba en que ha de ser imprevisto, pero al propio tiempo completamente lógico. El de Severo Torelli es verdaderamente inesperado, pero absolutamente falso dentro de la lógica dramática.

Por estas razones creo, como antes decía, que los elogios del Sr. Fernández Shaw al drama de Coppée son bastante exagerados. En el género á que pertenece Severo Torelli, el Sr. Echegaray ha llegado á alturas que no soñó el dramaturgo francés. Ante *En el seno de la Muerte*, *En el puño de la espada*, *La Esposa del vengador*, *La muerte en los labios*, la obra francesa resulta pobre y falta de verdadero vigor dramático. El drama tiene bellezas poéticas de primer orden, hermosas descripciones, cuadros, conceptos é imágenes en que brilla la verdadera inspiración, todo ello conservado por el Sr. Fernández Shaw, que es también un verdadero poeta, pero falta el verdadero nervio dramático. *Severo Torellí* es más bien un poema dramático que un drama propiamente dicho.

FRANCISCO F. VILLEGAS

# EL ESPAÑOL BLANCO WHITE

---

## CONCLUSIÓN

Por manera que él había declarado como las verdades de mayor certidumbre : 1.º, que el Creador de este universo debe ser limitado en bondad ó en poder; 2.º, que para ser Dios, tenía que ser infinito. Favor y milagro era que en tales circunstancias no prosiguiese sus razonamientos, y que no se extinguiesen hasta el vislumbre de luz que le quedaba.

67. Pero, además, cuando aún seguía admitiendo la revelación, argüía que no podía ser esencial á la religión cristiana la Divinidad de Jesucristo, toda vez que la discutían sus mismos prosélitos. Después llegó á afirmar plena y categóricamente que todos los que admitían una revelación determinada, de cualquier especie, eran bibliólatras, idólatras, sumidos en tinieblas y esclavos de grosera superstición; y que el cristianismo estribaba en la renuncia á toda fe positiva. Pero aquella parte ilustrada de la humanidad que acepta tan singular idea se halla dividida en lo referente al problema de la existencia de Dios. Notemos el pensamiento de él sobre el caso:

«Muchos filósofos y casi todos los sacerdotes afirman positivamente que la inteligencia humana descubre la existencia de Dios por una ley de su propia naturaleza. Yo he examinado atentamente ese aserto, y estoy convencido, al contrario, de que hay pocos hombres que crean en el verdadero Dios, en el Dios espiritual. Esta creencia es una de las conquistas más altas de nuestro desarrollo intelectual.»

68. Pero entonces, ¿cómo puede ser necesario, según sus principios, para la especie humana aquello que no es asequible sino para muy pocos hombres, aquello que, aunque pueda comunicarse fácilmente, después de descubierto, hasta á los niños, como él afirma, no pudo descubrirse en su origen sino

á favor del más alto desarrollo intelectual, y debió permanecer ignorado, por lo mismo, hasta el día en que se llegó á la meta de ese desarrollo? De modo que, por confesión propia, el argumento cuya fuerza comprendía, aunque errando su aplicación, deponía en contra del único dogma subsistente en que él se apoyaba; y siempre que se esforzó en demostrar su principio de que lo que es discutido debe juzgarse indiferente, debió ver escapársele el último tablón de su destrozada nave.

69. ¿Cabe concebir paradoja más insostenible que afirmar, por una parte, que ningún testimonio puede probar la existencia de un milagro, y decir al mismo tiempo que, por una percepción íntima de nuestro propio espíritu, necesitamos creer en la existencia de un Ser de un poder incontrastable infinito? Si el poder es infinito, ¿no será suficiente para la consumación de un milagro? ¿No está en lo cierto San Agustín cuando sostiene que el establecimiento y conservación de las leyes ordinarias de la naturaleza demanda un ejercicio de poder más portentoso que la mayor de esas desviaciones que se designan con el nombre de milagros? El poder que es suficiente para nuestra creación, y suficiente (porque esto no lo niega él) para hacer milagros, ¿no bastará para transmitir sus actos á las percepciones de sus propias criaturas?

70. Es, pues, de presumir que, si hubiese dispuesto de algunos años más de actividad intelectual, hubiese reducido á polvo los fragmentos de fe que aún resistían en la época de su muerte. Entonces el ejemplo que ha dejado tras de sí, escrito por merced de la Providencia para nuestra enseñanza, hubiese sido más elocuente aún, pero también hubiera sido más dolorosa su pintura. Y eso que la pintura, tal cual es, tiene sobrada virtud para instruir y para excitar una compasión simpática. En cuanto á lo último, ¿hay nada que impresionase tanto como ver á un hombre á quien había cabido en suerte un lote más que común de los mejores dones terrenales, y que se había dedicado al servicio inmediato de Dios, caer en el ateísmo, y no levantarse de su caída sino para volver á perder su asiento una y otra vez, sacudido por el viento de todas las doctrinas, persiguiendo, uno tras otro, una serie de fantasmas vanos, más sombrío cada cual que el prece-

dente, y acabando su vida en una soledad y en una oscuridad espiritual sólo mitigada por una simple estrella de pálida y vacilante luz? Y todo ello en medio de la triste ilusión de haber sido un descubridor de la verdad, un elegido entre los hombres para esa obra de desnudez y desamparo; y de creerlo, merced á la acumulación de sus errores, hasta el punto de adquirir un tono de autoridad creciente con los años que empleaba en tejer las redes que lo envolvían. Horror, y no compasión, es el sentimiento propio que, parece, debería excitar las más de las veces el espectáculo de ese terrible proceso que va arrancando la fe del alma. Pero como en el caso presente nada nos autoriza á atribuir tan funestos efectos á una perversión deliberada ó habitual de la voluntad, y como él mismo revela los profundos sinsabores de su vida, aunque sin poder comprender su causa, los sentimientos que este examen debe dejar en nuestro espíritu, son evidentemente los de una honda y humilde conmiseración.

71. En cuanto á la enseñanza que se desprende del caso, esa podemos recibirla, con mucha pena sin duda, pero con poco peligro. Cuando advertimos lo frecuente que es que la incredulidad se asocie á todo género de licencias y se presente bajo los aspectos más seductores, sentimos cierto respeto hacia la honradez de aquellos adversarios de la fe cristiana que no disfrazan la amargura de los frutos recogidos de la envenenada simiente de sus falsas imaginaciones; sentimos cierta gratitud hacia los que nos presentan casos como el de Shelley, y el no muy desemejante que nos ocupa, esos casos en que las memorias mismas entregadas por los interesados ó sus amigos al juicio público dan testimonio fehaciente de la impotencia de las doctrinas anticristianas, para proporcionar asiento firme á la inteligencia y fortaleza al ánimo en medio de las penas y cuidados de la vida. En *Melancolía*, Shelley escribe á propósito de sí mismo, estos hermosos versos:

*«Alas! I have nor hope, nor health,  
Nor peace within, nor calm around (1).»*

---

(1) No tengo ¡ay! esperanza, ni salud, ni paz dentro de mi, ni calma en derredor.—(N. DEL T.)

E indica en *Alastor* que lo que más esperaba era:

*«Not sobs nor groans,  
The passionate tumult of a clinging hope,  
But pale despair and cold tranquillity (1).»*

72. Blanco White, á diferencia de Shelley, tenía la fortuna de adherirse en pensamiento, y más aún, con el corazón, á la idea de un Dios personal ó casi personal, á quien podía mirar con amor y reverencia, aplicándole, siquiera fuese con restricciones, el más sublime sentimiento del alma cristiana:

*«In la Sua volantade è nostra pace (2).»*

Sin embargo, hasta donde podemos juzgar nosotros, el único elemento de consuelo positivo que animó sus últimos días era la idea de que existía algo «noble», algo «excelso en la naturaleza humana, que aguardaba serenamente la hora de la disolución». Pero ni tenía alegría más acá de la tumba, ni ninguna esperanza firme en el más allá. Porque, en cuanto á lo primero, dice que vivir era un suplicio, que lo asustaba la idea de mejorar de salud, que sólo el convencimiento de la criminalidad del acto lo apartaba del suicidio. En cuanto á lo segundo, verdad es que sus sentimientos luchaban aún contra el escepticismo devorador de su inteligencia, y que, así como primitivamente procuró convencerse á sí mismo de la doctrina de la Trinidad, también procuraba convencerse á lo último de que seguiría existiendo de algún modo después de la muerte: «Dios — dice — no puede haber formado sus criaturas intelectuales para que se deshagan como burbujas sin volver á ser.» Pero otros, no menos avanzados en la pérdida de las creencias, habían hecho igualmente esfuerzos vigorosos por permanecer asidos á alguna noción de inmortalidad. Así, Shelley ha escrito con soberana energía:

*«Nought we Know dies. Shall that, alone which Knows,  
Be as a sword consumed before the sheath  
By sightless lightning (3)? »*

---

(1) «No sollozos, ni gemidos, apasionado tumulto de una ansiosa esperanza, sino pálida desesperación y fría tranquilidad.»—(N. DEL T.)

(2) *Paradiso*, cap. IV.

(3) Sabemos que nada muere. ¿Y sólo el que conoce será como una

73. No obstante, por otros pasajes de su biografía, es patente que Blanco no creía en su inmortalidad personal. Es una idea que ridiculiza en su lecho de sufrimiento: «P. P., el sacristán, debe ser el mismo, idéntico individuo, eternamente; de igual deseo participan todos sus prójimos, aunque contra ese deseo existen dificultades que parecerán insuperables á todo hombre reflexivo.» Y notemos de pasada que éste es uno de los muchísimos casos en que da por evidentes para las personas de ilustración las opiniones más asombrosas, sin preocuparse de exponer sus fundamentos. Así, declara que «no hay ningún principio filosófico en cuya virtud pueda afirmarse la inmortalidad del Sr. A. y de la señora B». Eso por lo que atañe á sus esperanzas; y en cuanto á su deseo, dice (en Abril de 1839): «La mayoría de mis pensamientos son presentimientos tristes, que no puedo desechar enteramente, sino que, al contrario, tengo que dejar pasar por mi espíritu como nubes sombrías.»

Añadamos que ya en 1837 consignaba con tremenda claridad una idea que no puede ser terrible sino cuando se separa de la de un Poder protector y amoroso: «Siento como si una existencia eterna fuese ya una carga insoportable impuesta á mi alma.» Y en 1840 dice nuevamente: «Me oprime la idea de la existencia eterna, así fuese una de sus condiciones la ausencia de todo mal.»

74. Verdad es, como ya hemos dicho, que conservaba su resignación, y una resignación que no era la del orgullo estoico. Tenía también sentimientos de índole cristiana. Pero más instructivo es, por lo mismo, su ejemplo, cuando vemos que hasta la resignación había perdido el influjo que no deja de ejercer nunca sobre el cristiano: no podía arrancar la espina de la muerte, ni confiar en la victoria de la tumba; no podía engendrar esperanza. De suerte que, si poco tenemos que temer de la influencia póstuma del Sr. Blanco, por lo que hace al valor de sus argumentos, cuando se examinan detenida y serenamente, no hay que recelar mucho más sobre la atracción que pueda ejercer su aflictiva y conmovedora histo-

—  
espada consumida antes que la vaina por un relámpago invisible?—  
(N. DEL T.)

ria sobre nuestras pasiones ó nuestros más bajos instintos. Puede halagar, sin duda, á un orgullo ciego; pero no es pequeño el correctivo que imponen la opresión y la desdicha intelectual que recuerda.

75. A nosotros, en resumen, nos impresionan profundamente el valor y la importancia de las lecciones que encierra esta historia de un espíritu escéptico. No hemos expuesto más que algunas de las incongruencias de su filosofía; pero, tales y como aparecen en el original, si no en nuestras páginas, son un testimonio poderoso que corrobora indirectamente el valor de la fe, demostrando el influjo destructor del descreimiento. Bien puede aumentar nuestra humildad el espectáculo de la caída de un hombre á quien muchos de nosotros estaremos dispuestos á reconocernos moralmente inferiores; y parece como si de todas las páginas se destacasen las letras de aquel texto de oro: «No seas altivo, sino teme.» Bien puede fortificar nuestra adhesión á la verdad divina el espectáculo del poder desolador y aniquilador con que la incredulidad consume el espíritu de su víctima, y del completo naufragio en que sucumbe la felicidad juntamente con la fe. Pero el valioso testimonio que, aunque negativa é involuntariamente ofrece el Sr. Blanco, no es sólo un testimonio en favor de la noción general del cristianismo contra los que la niegan, sino en favor del cristianismo íntegro é incólume contra la noción generalizada y debilitada que corre acerca de él: en favor de ese cristianismo en que la Escritura y la Iglesia, la suprema ley y el testigo y depositario de la ley, aplican á una enfermedad inveterada del linaje de Adán, su divino é infalible remedio. He ahí una cosa que, en lo tocante al tiempo que pasó en Inglaterra, prueba claramente su biografía, si antes pudo estar en duda: él no faltó jamás á la fe de la iglesia anglicana, porque nunca la tuvo. Se unió, es verdad, y no negamos que sinceramente, á su comunión, y suscribió sus formularios; pero jamás se penetró de la idea que representan esos formularios, aunque no aparezca tan clara en la conducta de sus prosélitos: la idea de un Cristianismo católico reformado.

W. GLADSTONE.

## OBRAS NUEVAS

---

- Abela (E.)—Análisis de vinos; reglas prácticas más generales para el reconocimiento comercial de los vinos.—2,50 pesetas.
- Memorial histórico español: tomo 26. En 4.º, xvi-340 páginas.—3,50 pesetas. Contiene: Estado de Portugal en el año de 1800, por don José Cornide.
- Amallo (P. de).—Letario. Leyenda autofilosófica del siglo xi. En 4.º, 443 páginas.—5 pesetas.
- Anuario militar de España, 1893 y 1894. En 4.º, 904 páginas.—6 pesetas.
- Berned (J. A.)—Mosén Quitolis; novela aragonesa, prólogo de Luis Mazzantini. En 8.º, 235 páginas.—2 pesetas.
- Boletín de la propiedad intelectual, publicado por el Ministerio de Fomento. Tomo III. En 4.º, 725 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo xxiv. Cuaderno 1.º, Enero de 1894. En 4.º (páginas 1 á 96).—1,25 pesetas.—Sumario: I. Via romana de Chinchilla á Zaragoza, por Francisco Coello.—II. Inscripciones romanas y hebreas, por Fidel Fita.—III. Suarez em Coimbra, por Antonio Garcia Ribeiro de Vasconcellos.—IV. Noticias de un manuscrito arábigo adquirido por la Academia, por Manuel Fernández y Gonzalez.—V. Noticias del día de la muerte y del lugar del enterramiento de Cristóbal Colón en Valladolid, por Cesáreo Fernández Duro.—Adquisiciones de la Academia durante el segundo semestre del año 1893.—Variedades. Extractos de los diarios de los Verdesotos de Valladolid.—Noticias.
- Coderch Manau (S.)—El consejo de familia en España. En 8.º mayor. 256 páginas.—5 pesetas.
- Colección legislativa de España. (Continuación de la Colección de decretos). Primer semestre de 1891. Tomo 146. En 4.º, 1.126 páginas.—6,25 pesetas.
- Corcuera (L. de.)—La revolución de 1892 en Venezuela, y sus hombres. Volumen 1. Retratos y apuntes biográficos. En 8.º, 79 páginas.—1 peseta.
- Cuentos escogidos, por Moutón (Merinos), Catulo Mendés, Banville, Richepin, Chchdrine, Merimée, Zola, Sainte-Beuve, Coppée y Daudet. En 8.º, 293 páginas.—3 pesetas.—Tomo 116 de la « Colección de libros escogidos».
- Durán y Lerchundi (J.)—La Toma de Granada y caballeros que concurren á ella. En 4.º, 2 tomos, 527 y 791 páginas.—15 pesetas.
- España Moderna (La).—Revista de España. Enero 1894. En 4.º, 206 páginas.—3 pesetas.—Sumario: Adán y Eva (novela), por Emilia Pardo Bazán.—Los explosivos, por José Echegaray.—D. José Maria Quadrado, su vida y sus escritos, por M. Menéndez y Pelayo.—Noticias curiosas, particularidades y anécdotas relativas al Quijote, por José Maria Asensio.—La conquista de Melilla, por

- Eduardo Ibarra.—El anarquismo y la defensa social, por César Silió.—El español Blanco White, por W. Gladstone.—Crónica internacional, por Emilio Castelar.—Impresiones literarias, por F. F. Villegas.—Obras nuevas.
- Estanyol y Colom (J.)—Instituciones de Derecho canónico, tomo I. En 4.º mayor, xxii-603 páginas.—10 pesetas.
- Falcato (L.) y Freixa (E.)—A luchar y... ¡¡adelante!! En 8.º, 207 páginas.—2 pesetas.
- Farmacopea: formulario de medicamentos nuevos, por F. Marin y Sancho, M. Melgosa y Olaechea, J. Poza Roselló, J. Sánchez y Sánchez. En 4.º, xvi-935 páginas.—15 pesetas.
- Fernández Vallín (A.)—Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y contestación de D. Miguel Merino. En 4.º mayor, 337 páginas y retrato del autor.—Tema: Cultura científica de España en el siglo xvi.—No se ha puesto á la venta.
- Fraguas (J.)—Tratado racional de gimnástica, tomo I. En 4.º, 512 páginas y 800 fotograbados intercalados en el texto.—5 pesetas.
- Guía general de ferrocarriles. En 8.º, vii-266 páginas, un mapa y 26 páginas de anuncios.—0,50 pesetas.
- Guía oficial para los viajeros de los ferrocarriles de España, Francia y Portugal. En 8.º, 24-12-x-143 páginas, un mapa y 104 páginas de anuncios.—0,50 pesetas.
- Hermida y Alvarez (G.)—Nuevo material de artillería. En 4.º, xvi-370 páginas y un atlas de 20 láminas.—15 pesetas.
- Horacio.—Odas de Horacio, traducidas y con un estudio preliminar de Osvaldo Magnasio. En 8.º, 181 páginas y retrato del traductor.—3 pesetas.
- Indicador oficial de los caminos de hierro, publicado bajo la dirección de D. Enrique Latorre. Enero de 1894. En 8.º, xv-194 páginas, un mapa y anuncios.—0,50 pesetas.
- Laureana (duquesa).—Para ser elegante.—3 pesetas.
- López Peláez (A.)—Sermón predicado en la Real Capilla el 8 de Diciembre de 1893. En 8.º, 22 páginas.—Tema: María, antes de su inmaculada Concepción.
- Mancebón (P.)—Vida de la V. M. Sor Juana Guillén. En 4.º, xvi-340 páginas y un retrato de la Santa.—3 pesetas.
- Manual del adorador nocturno del Santísimo Sacramento del Altar. En 8.º, 448 páginas, 8 hojas sin numerar y un grabado. En tela.—2,50 pesetas.
- Manual para las clases de tropa, tomo I. En 8.º, xii-548 páginas.—2,50 pesetas.
- Mariano (Fr.)—Amor que salva. En 8.º, 339 páginas y varias láminas. 2 pesetas.
- Márquez y Pérez (M.)—Nuestras relaciones comerciales con las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas. En 4.º, 56 páginas.
- Martinez Barrionuevo (M.)—Guerras pasadas. En 8.º, 248 páginas.—3 pesetas.
- Martinez Diaz (E.)—Los incendios. En 12.º, 61 páginas.—1 peseta.
- Merry y Colom (F.)—Mi embajada extraordinaria á Marruecos en 1863. En 8.º, 141 páginas y 3 láminas.—2,50 pesetas.
- Muñoz Cuéllar (M.)—Almanaque militar para 1894. Año III. En 8.º, xviii-110 páginas.—1 peseta.
- Nadal de Mariezcurrena (A.)—Manual del fabricante de alcoholes. En 4.º, 585 páginas.—13 pesetas.
- Nonell (J.)—El V. P. José Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento. Tomo I. En 4.º, 413 páginas y un grabado en acero del Venerable.—3 pesetas.
- Observatorio de Madrid.—Treinta años de observaciones meteorológicas. En 4.º apaisado. xxv-207 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Ormaechea (J.)—Origen de la infec-

- ción general de la difteria. En 4.º, 128 páginas.—4 pesetas.
- Peñaranda (C.)—Poesías selectas. En 8.º, 164 páginas. Encartonado. 3 pesetas.
- Pérez Galdós (B.)—Torquemada en la cruz. En 8.º, 288 páginas.—3 pesetas.
- Picón Febres (G.)—Fidelia (novela de costumbres vanezolanas). En 8.º, 479 páginas.—5 pesetas.
- Piñerúa y Alvarez (E.) Química general ó filosófica. En 4.º, 201 páginas.—10 pesetas.
- Reclus (E.)—Nueva geografía universal. En 4.º Cuadernos 274 á 294. Cada cuaderno 1 peseta.
- Revista internacional: Director J. Lázaro. Año I. Enero de 1894. Núm. I. En 4.º, 208 páginas á dos columnas.—3 pesetas.—Sumario: Las diabólicas (novela), por J. Barbey d'Aurevilly.—El ayuno (cuento), por Emilio Zola.—Christel (cuento), por C. A. de Sainte-Beuve.—El pan bendito (cuento), por Francisco Coppée.—Una condesa (cuento), por Alfonso Daudet.—Recuerdos de mi infancia, por el conde León Tolstoy.—La providencia (soneto), por Filicaja, traducción de Angel Lasso de la Vega.—Enrique Heine, por Mateo Arnold.—Gerardo de Nerval, por Teófilo Gautier.—La dama del mar (drama en cinco actos), por Enrique Ibsen.—E. Littré y el positivismo, por E. Caro, de la Academia Francesa.
- Rojas (F. de P.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, y contestación de D. José Echeagaray. En 4.º, 44 páginas. Tema: Algunas reflexiones sobre la unidad de las fuerzas físicas.
- Romeo y Belloc (B.)—Patria con honra. En 4.º, 48 páginas y el retrato del autor.—1,50 pesetas.
- Salillas, Azcárate y Sánchez Moguel.—Doña Concepción Arenal en la ciencia jurídica, sociológica y en la literatura. En 8.º, 67, 85 y 53 páginas.—2 pesetas.
- Sánchez y Somoano (J.)—Costumbres yankees. En 12.º, 208 páginas.—2 pesetas.
- Santias (A.) y Lera (D.)—Almanaque-guía para los empleados de la Compañía arrendataria de tabacos. En 8.º mayor, 192 páginas.—1 peseta.
- Soravilla (J.)—¡Cómpluto! (Alcalá de Henares). En 4.º, 96 páginas.—2 pesetas en provincias.
- Sorralto (A. de).—Valbuenismos y Valbuenadas. En 4.º, 47 páginas. 1 peseta.
- Suárez Bravo (C.)—¡Soledad! En 8.º, 525 páginas.—4 pesetas.
- Taine (H.)—Viaje á Italia: Venecia, Ravena y Padua. En 8.º, 289 páginas.—3 pesetas.
- Tolstoy (C. L.)—Fisiología de la guerra. En 8.º, 316 páginas.—3 pesetas.—Tomo 115 de la «Colección de libros escogidos».
- Ughetti (G. B.)—La fiebre. En 4.º, XII-230 páginas.—5 pesetas.
- «Unión Ibero-Americana». Revista mensual. Enero de 1894. En 4.º, 62 páginas.—1 peseta.
- Verne (J.)—Aventuras de un niño irlandés. Tres cuadernos. En 4.º Cada cuaderno 1 peseta.



## ÍNDICE

---

|                                                                                                                 | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>España en la Biblia</i> , por Fr. R. Martínez Vigil.....                                                     | 5            |
| <i>Cabeza y corazón</i> (dolora), por Ramón de Campoamor.....                                                   | 27           |
| <i>La Educación del Rey</i> , por Adolfo Posada.....                                                            | 29           |
| <i>Lo Verde</i> , por el Doctor Thebussem.....                                                                  | 43           |
| <i>Las cinco cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcafurado</i> , por el Licenciado Pero Pérez..... | 61           |
| <i>Adán y Eva</i> , novela (continuación), por Emilia Pardo Bazán.....                                          | 95           |
| <i>Revista crítica</i> , por M. Menéndez y Pelayo.....                                                          | 129          |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....                                                         | 158          |
| <i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....                                                         | 181          |
| <i>El Español Blanco White</i> (conclusión), por W. Gladstone.....                                              | 197          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                       | 203          |



# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA FILOSOFÍA É HISTORIA

- La Nueva Ciencia Jurídica*, por varios autores, dos grandes volúmenes con grabados, 15 pesetas.  
*La Génesis y la evolución del Derecho civil*, por D'Aguanno, 15 pesetas.  
*La Criminología*, por Garofalo, 10 pesetas.  
*Indemnización á las víctimas del delito*, por Garofalo, 4 pesetas.  
*Derecho administrativo*, por Meyer y Posada, dos volúmenes, 10 pesetas.  
*Derecho político filosófico*, por Gumplowicz, 10 pesetas.  
*La Justicia*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Moral*, por Spencer, 7 pesetas.  
*La Beneficencia*, por Spencer, 6 pesetas.  
*Las Instituciones eclesiásticas*, por Spencer, 6 pesetas.  
*Derecho internacional público*, por Neumann, 6 pesetas.  
*Derecho internacional privado*, por Asser y Rivier, 6 pesetas.  
*Origen de la familia, de la propiedad y del Estado*, por Federico Engels, 6 pesetas.  
*Novísimo concepto del Derecho*, por Alfredo Fouillée, 7 pesetas.  
*Crítica penal. Estudio de Filosofía jurídica*, por Carnevale, 5 pesetas.  
*Las Transformaciones del Derecho*, por Tarde, 6 pesetas.  
*El Duelo y el delito político*, por Tarde, 3 pesetas.  
*La Criminalidad comparada*, por Tarde, 3 pesetas.  
*Estudios penales y sociales*, por Tarde, 3 pesetas.  
*Antropología y psiquiatría*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*El Hipnotismo*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal*, por Lombroso, 3 pesetas.  
*Antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.  
*Nuevos estudios de antropología criminal*, por Ferry, 3 pesetas.  
*El Visitador del preso*, por C. Arenal, 3 pesetas.  
*El Derecho de gracia*, por C. Arenal, 3 pesetas.  
*El Delito colectivo*, por C. Arenal, 1,50 pesetas.  
*Estudios jurídicos*, por Macaulay, dos tomos, 6 pesetas.  
*La Pena de muerte*, por Carnevale, 3 ptas.  
*La Casa de los muertos (La cárcel)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*La Novela del presidio (La vida penal)*, por Dostoyusky, 3 pesetas.  
*El Suicidio y la civilización*, por Caro, 3 pesetas.  
*Mi infancia y mi juventud*, por Renán, 3 pesetas.  
*Memorias íntimas*, por Renán, dos tomos, 6 pesetas.  
*Mis memorias*, por Stuart Mill, 3 pesetas.  
*El Pesimismo en el siglo XIX*: Leopardi, Schopenhauer, Hartman, por Caro, 3 pesetas.  
*Filosofía del arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*La Pintura en los Países Bajos*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Arte en Grecia*, por Taine, 3 pesetas.  
*El Ideal en el arte*, por Taine, 3 pesetas.  
*Viaje á Italia*, por Taine, seis tomos, 18 pts.  
*Historia de América*, por Campe, dos tomos, 6 pesetas.  
*Pinzón*, por Asensio, 3 pesetas.  
*Estudios escogidos*, por Schopenhauer, 3 pts.  
*La Conquista del pan*, por Kropotkin, 3 pts.  
*La Vida dichosa*, por Lubbock, 3 pesetas.  
*Placeres viciosos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*El Dinero y el trabajo*, por Tolstoy, 3 pts.  
*El Trabajo*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Mi confesión*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Los Hambrientos*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*¿Qué hacer?*, por Tolstoy, 3 pesetas.  
*Lo que debe hacerse*, por Tolstoy, 3 pesetas.

## OBRAS DE INMINENTE PUBLICACIÓN

- Tratado de las pruebas*, por Ricci.  
*Economía política*, por Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.  
*Hacienda pública*, por Adolfo A. Buylla.  
*Derecho internacional*, por Martens.  
*Derecho penal*, por Merkel.  
*La Lucha de razas*, por Gumplowicz.  
*Instituciones sociales*, por Spencer.  
*Instituciones políticas*, por Spencer.  
*El Derecho antiguo*, por Sumner-Maine.  
*Historia del Derecho*, por Sumner-Maine.  
*Historia de las instituciones primitivas*, por Sumner-Maine.  
*Derecho de la Guerra*, por Sumner-Maine.  
*La Ciencia social contemporánea*, por A. Fouillée.  
*La Educación y la herencia*, por Guyau.  
*Sentido económico de la historia*, por Thorold Rogers.  
*Filosofía del Derecho privado*, por Luis Miraglia.  
*La Legítima defensa*, por Fioretti.  
*La Escuela criminalista positiva*, por Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.  
*Teoría de los cambios extranjeros*, por Goschen.  
*Derecho Mercantil*.  
*Derecho Canónico*.

## PERSONAJES ILUSTRES

- |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                        |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Jorge Sand, por Zola, 1 pta.</li> <li>2. Víctor Hugo, por ídem., íd.</li> <li>3. Balzac, por íd., íd.</li> <li>4. Alfonso Daudet, por íd., íd.</li> <li>5. Sardou, por íd., íd.</li> <li>6. Dumas (hijo), por íd., íd.</li> <li>7. G. Flaubert., por íd., íd.</li> <li>8. Chateaubriand, por íd., íd.</li> <li>9. Goncourt, por íd., íd.</li> <li>10. Musset, por íd., íd.</li> <li>11. El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 pts.</li> <li>12. Nññez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta.</li> <li>13. Ventura de la Vega, por Valera, íd.</li> <li>14. Teófilo Gautier, por Zola, íd.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>15. Hartzenbusch, por Guerra, ídem.</li> <li>16. Cánovas, por Campoamor, ídem.</li> <li>17. Alarcón, por E. P. Bazán, íd.</li> <li>18. Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.</li> <li>19. Stendhad, por Zola, íd.</li> <li>20. M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.</li> <li>21. Ayala, por J. O. Picón, íd.</li> <li>22. Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.</li> <li>23. Trueba, por Becerro de Ben- goa, íd.</li> <li>24. Lord Macaulay, por Glads- tone, íd.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>25. Sainte-Beuve, por Zola, íd.</li> <li>26. Concepción Arenal, por Pe- dro Dorado, íd.</li> <li>27. Heine, por Teófilo Gautier, ídem.</li> <li>28. Ibsen, por L. Passarge, íd.</li> <li>29. Taine, por Bourget, 50 cén- timos.</li> <li>30. Bretón, por Molins, 1 pta.</li> <li>31. Campoamor, por E. Pardo Bazán, íd.</li> <li>32. Fernán-Caballero, por Asen- sio, íd.</li> <li>33. E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.</li> <li>34. Mouton (Mérimos), por Ber- geret, íd.</li> </ol> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

## COLECCION DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

- |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.</li> <li>2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.</li> <li>3. Tolstoy, Marido y mujer.</li> <li>4. Wagner, Recuerdos de mi vida.</li> <li>5. Tolstoy, Dos generaciones.</li> <li>6. Goncourt, Querida.</li> <li>7. Tolstoy, El Ahorcado.</li> <li>8. Turgeneff, Humo.</li> <li>9. Zola, Las Veladas de Mé- dan.</li> <li>10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.</li> <li>11. Goncourt, Renata Mau- perin.</li> <li>12. Barbey, El dandismo.</li> <li>13 y 14. Daudet, Jack.</li> <li>15. Tolstoy, En el Cáucaso.</li> <li>16. Turguenef, Nido de hidal- gos.</li> <li>17. Zola, Estudios literarios.</li> <li>18. Cherbuliez, Miss Rovel.</li> <li>19. Renán, Mi infancia y mi juventud.</li> <li>20. Tolstoy, La Muerte.</li> <li>21. Goncourt, Germinia La- certeux.</li> <li>22. Daudet, La Evangelista.</li> <li>23. Zola, La Novela exprimen- tal.</li> <li>24. Flaubert, Un corazón sen- cillo.</li> <li>25. Turguenef, El Judío.</li> <li>26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.</li> <li>27. Stuart Mill, Mis memorias.</li> <li>28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.</li> <li>30. Zola, Mis odios.</li> <li>31. Dostoyuski, La Casa de los muertos.</li> <li>32. Zola, Nuevos estudios lite- rarios.</li> <li>33. Dostoyuski, La Novela del presidio.</li> <li>34. Tolstoy, El Sitio de Sebas- topol.</li> <li>35. Zola, Estudios críticos.</li> <li>36 y 37. Campe, Historia de América.</li> <li>38. Daudet, El Sitio de París.</li> <li>39. Asensio, Pinzón.</li> <li>40. Cherbuliez, Amores frági- les.</li> <li>41. Heine, Memorias.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>42. Ferri, Antropología cri- minal.</li> <li>43. Ibsen, Casa de muñeca.</li> <li>44. Goncourt, La Elisa.</li> <li>45. Lombroso, Antropología y psiquiatría.</li> <li>46. Daudet, Novelas del lunes.</li> <li>47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.</li> <li>48. Tolstoy, Los Cosacos.</li> <li>49. Sainte-Beuve, Tres mu- jeres.</li> <li>50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.</li> <li>52. Tolstoy, Iván el Imbécil.</li> <li>53. Ibsen, Los Aparecidos.</li> <li>54. Balzac, Eugenia Grandet.</li> <li>55. Ramillete de cuentos.</li> <li>56 y 57. Renán, Memorias ín- timas.</li> <li>58. Caro, El Pesimismo en el siglo xix.</li> <li>59. Daudet, Cartas de mi mo- lino.</li> <li>60. Turguenef, Un Desespe- rado.</li> <li>61. Goncourt, La Faustín.</li> <li>62. Balzac, Papá Goriot.</li> <li>63. Tolstoy, El Canto del cisne.</li> <li>64. Coppée, Un idilio.</li> <li>65. Caro, El Suicidio y la civi- lización.</li> <li>66. Taine, Filosofía del arte.</li> <li>67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.</li> <li>69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fá- bulas.</li> <li>70. Sofía Gay, Salones céle- bres.</li> <li>71. Tolstoy, El Camino de la vida.</li> <li>72. Lombroso, El Hipnotismo.</li> <li>73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.</li> <li>74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.</li> <li>75. Tolstoy, Palceres viciosos.</li> <li>76. Balzac, Ursula Mirouet.</li> <li>77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.</li> <li>78. Shopenhauer, Estudios es- cogidos.</li> <li>79. Campoamor, Dolores y hu- moradas.</li> <li>80. Turguenef, Primer amor.</li> <li>81. Tolstoy, El Trabajo.</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>82. Tesoro de cuentos.</li> <li>83. César Lombroso, Aplica- ciones judiciales y médicas.</li> <li>84. Sardou, La Perla negra.</li> <li>85. Tolstoy, Mi confesión.</li> <li>86 y 87. Zola, El Doctor Pas- cual.</li> <li>88. Kropotkin, La Conquista del pan.</li> <li>89. Turguenef, Aguas prima- verales.</li> <li>90. Tolstoy, Los Hambrientos.</li> <li>91. Cherbuliez, Paula Meré.</li> <li>92. Ferrán, Obras completas.</li> <li>93. Cherbuliez, Meta Holdenis.</li> <li>94. Tolstoy, ¿Qué hacer?</li> <li>95. Idem, Lo que debe hacerse.</li> <li>96. Taine, El Arte en Grecia.</li> <li>97. Turguenef, Demetrio Ru- din.</li> <li>98. Gautier, Las Bombas pru- sianas.</li> <li>99. Lubbock, La Vida dichosa.</li> <li>100. Daudet, Tartarín en los Alpes.</li> <li>101. Taine, El Ideal en el arte.</li> <li>102. Caro, Costumbres litera- rias.</li> <li>103. Taine, Nápoles.</li> <li>104 y 105. Idem, Roma.</li> <li>106. Idem, Florencia.</li> <li>107. Idem, Venecia.</li> <li>108. Idem, Milán.</li> <li>109. Tarde, Estudios penales y sociales.</li> <li>110. Barbey d'Aurevilly, Ven- ganza de una mujer.</li> <li>111. Balzac, César Birotteau.</li> <li>112. Idem, La Quiebra de Cé- sar Birotteau.</li> <li>113. Tolstoy, Mi infancia.</li> <li>114. Idem, Mi juventud.</li> <li>115. Id., Fisiología de la guerra.</li> <li>116. Varios autores, Cuentos escogidos.</li> <li>117. Tolstoy, La Escuela de Yas- naia Poliana.</li> <li>118. P. Merimée, Colomba.</li> <li>119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.</li> <li>120. Barbey, Las Diabólicas.</li> <li>121. Gautier, Nerval y Baude- laire.</li> <li>122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.</li> </ol> |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|